



**A.R. Morena**

**MI**

**DIVÁN**

# **MI DIVÁN**

**A.R. MORENA**

## UNA VIDA MUY PROFESIONAL

La tapa del portátil hace un clic suave al cerrarse. Acabo de despedirme de mi paciente sin recibir ninguna respuesta de vuelta. Ella esta mal, muy mal.

Expiro de un fuerte resoplido todo el aire que retengo en mis pulmones, el cual amenaza con quemarme por dentro, mientras me recuesto en el respaldo de mi recién estrenado sillón de trabajo. Así me quedo un buen rato, intentado filtrar parte del desasosiego que me produce la frustración por el bajón que ha dado este caso mientras miro desde el ventanal como los coches circulan, dejando su aporte de dióxido de carbono en la “boina” de la ciudad.

La medicina, en todos sus campos, ha avanzado tanto que se pueden hacer verdaderos milagros que hasta hace solo unas décadas eran inimaginables. Uno se puede librar de virus, bacterias y hasta de algunos canceres. Pero hay algo de lo que era muy difícil librarse y, eso no es otra cosa, que de uno mismo. Las generaciones contemporáneas estamos bombardeados por imágenes de cómo debemos ser, que ropa nos debemos poner, de qué manera nos tenemos que comportar y miles de ordenes subliminales que nos introducen a presión desde muy pequeños, por cada uno de nuestros sentidos.

Normalmente los humanos, con nuestro increíble poder de adaptación, somos capaces de cambiar nuestro rol y ajustándonos a las normas imperantes en el medio social en el que nos movemos, adaptándonos a él sin mayor problema.

El inconveniente es cuando el nivel de exigencia de uno mismo es tan grande, que siente que no es lo suficientemente bueno para la sociedad y esto le causa trastornos mentales, que van unidos a graves problemas de salud, como los trastornos de la alimentación. Y, esa es la materia en la que yo estoy especializada, como así reza en la placa que acabo de colgar en la puerta de mi nuevo apartamento.

**Dra. Carolina Matas Rojas**

**Gabinete psicológico**

**Especialista en trastornos de la alimentación.**

La nueva consulta está en pleno centro de Madrid. Ubicada en la segunda habitación del apartamento, que también hace las veces de vivienda, pues el capricho ya me ha salido lo suficientemente caro como para no poder costearme nada más. Vivo y trabajo en la planta veinticinco de uno de los más antiguos rascacielos de Madrid.

Llevo ejerciendo la psicología más de una década y media. Primero contratada como becaria en el departamento de recursos humanos de una empresa privada, puesto que me aportó mi primera experiencia en el mercado

laboral y, para ser sincera, poco más.

El ayudar a un empresario a despedir a su personal en nombre de la ciencia, no era algo por lo que yo me pudiera sentir orgullosa y, desde luego, no es precisamente por lo que me he pasado cinco años en la universidad hincando codos.

Después de un año, decidí despedirme a mí misma en nombre de mi salud mental y comenzar por mi cuenta atendiendo, sobre todo, a personas con desórdenes alimenticios. De esto hace más de quince años que, junto al año de becaria, era el tiempo que hacía que me había licenciado en la Universidad Complutense de Madrid.

Los comienzos como autónoma no fueron fáciles. Mi primer despacho había sido un cuchitril en una clínica dental, la cual me cobraba un porcentaje de mi minuta por el alquiler.

Bien, pero no para siempre.

Por suerte mi cartera de clientes subió exponencialmente con la publicación de mi libro “Alimentarse y Vivir” el cual ha superado tanto mis expectativas, como las de la editorial, que fuera de todo pronóstico, confió en mí y lo publicó. Permitiéndome, no solo cambiar de ubicación, si no hacerlo a lo grande.

El libro no es un manual de autoayuda, ni mucho menos, son experiencias

anónimas contadas en pequeños micro-relatos. La verdad es que ha gustado mucho en el gremio y las críticas están siendo muy favorables. Además, es habitual que me llamen para alguna que otra conferencia sobre el tema. Así que, por suerte y de momento, el tema económico no es uno de mis mayores problemas.

Echo un último vistazo a las que, para mí, son unas de las mejores vistas de Madrid y me levanto con la intención de salir a tomar un café a la calle. Mi agenda me da un margen de una hora para poder descansar antes de que el siguiente paciente llegue a mi consulta.

Lo del café es solo una excusa barata, lo que necesito era bajar a la calle y despejarme antes de afrontar el siguiente reto de la mañana. Porque para mí, todos y cada uno de mis pacientes son un reto. Necesitan mi ayuda y yo me voy a dejar la piel por el camino hasta conseguir lo que ellos han venido a buscar.

Después de conseguir subir a uno de los ascensores híper-solicitados del edificio, mi mente no puede dejar de pensar en la sesión que acabo de terminar. Ha sido especialmente dura. La paciente está postrada en la cama de un hospital, luchando por no morir de inanición. Esa es la única razón por la que las sesiones de terapia han pasado de presenciales, a ser por videoconferencia.

La chica no ha cumplido la mayoría de edad y lucha por que la anorexia no acabe con su corta vida. Es un caso tan crítico, que yo como terapeuta, siempre necesito un rato para recuperarme.

Bajo del ascensor y salgo a la calle mucho mejor. Todavía no tengo una explicación lógica para describir lo que aquellos funcionales aparatos, que únicamente han sido inventados para no dejarte los pulmones en las escaleras, a mí me sirven para comenzar de nuevo. Es como un “Control Alt Suprimir” en mi cerebro, que consigue lo que a otros les proporciona la almohada o, en casos extremos, un Lexatin.

Ojalá los ascensores hicieran el mismo efecto en algunos de mis pacientes, pienso mientras una masa de gente frenética me adelantaba de camino a la calle.

Siento como el aire frío de principios de diciembre golpea mi cara, mientras bajo los escalones que separaban las puertas del hall con la calle. De pie en la acera, cierro los ojos un momento, mientras dejo que el poco calor de los rayos de sol del mediodía, me templen la piel y, de paso, el ánimo.

Una ráfaga de aire acaricia mis mejillas, dejando un indescriptible aroma que invade mis fosas nasales y se dirige directamente a la base de mi hipotálamo, provocando que aquel pequeño grupo de neuronas que dirigen cierto instinto primario, se vuelvan locas. Abro rápidamente los ojos buscando con la

mirada la procedencia de aquello, pero un enorme grupo de gente sale de nuevo del edificio, obligándome a moverme y borrando del ambiente aquel olor.

Ese olor es algo que ya he sentido en otra de ocasión y el cual me tiene completamente intrigada. Lo he olido un domingo por la mañana temprano en el ascensor cuando bajaba hacia la calle. Los días festivos son una de las pocas ocasiones en que puedes hacer el trayecto desde mi apartamento hasta la planta baja sola en el ascensor, pues en ese edificio, la mayoría de los pisos están ocupados por oficinas y el domingo por la mañana esta todo bastante desierto.

Aquel día el ascensor había llegado en unos segundos desde el piso superior al mío y estaba totalmente impregnado con aquel olor. Esa mañana me había pasado como una hora oliendo perfumes en el Corte Inglés de Sol, en un patético intento de encontrar algo parecido.

El resto de la jornada de aquel jueves es lo que se esperaba de ella, totalmente rutinaria. Me meto en la cama después de preparar el trabajo del día siguiente, durmiéndome mientras mi cerebro me vuelve a recordar aquel olor.

Ya es viernes.

Mí día de voluntariado en la asociación con la que colaboro altruistamente junto con una de mis antiguas compañeras de carrera y también mejor amiga.

Digo altruistamente a nivel económico, porque es una de las actividades que me hacen sentir bien y, si consideramos lo que en nuestra sociedad cuesta sentirse bien, pues para mí está totalmente recompensado.

Cuando salgo a la calle desde el metro del Puente de Vallecas, Laura ya me espera en la acera frente al Bar Brillante donde solemos desayunar antes de subir andando los pocos metros que nos separan de la junta municipal del distrito.

El ayuntamiento de la ciudad nos cede durante toda la jornada del viernes, dos despachos de aquel antiguo edificio, para que atendamos a las mujeres que nos derivan las trabajadoras sociales a través de la asociación. Sobre todo, en mi caso, mujeres jóvenes con problemas de anorexia o bulimia, las cuales no cuentan con los medios económicos suficientes para pagarse una terapia privada.

Laura es especialista en adicciones y drogodependencia y atiende ese otro tipo de casos, que por desgracia, también es bastante común.

- Llegas tarde petarda – me dice mientras me da los dos besos de rigor – hoy no nos da tiempo a desayunar.
- Perdona – digo mientras me subo hasta el cuello la cremallera de la cazadora – todavía no controlo el tiempo desde Plaza España hasta aquí.

- Ayyyyy doña pija – dice para reírse de mí - ¿para qué te vas tan lejos?

Laura vive en un edificio justo al otro lado de la M-30, en la avda. Ciudad de Barcelona y tarda cinco minutos andando.

- Yo tardo cinco minutos y con tacones – dice acompañándolo con un gesto de chulería muy típico en ella, un chasquido de su lengua contra el paladar.
- Ya veo – digo riéndome – hoy vas subida en el andamio.
- Hija – dice mientras me coge del brazo para cruzar – no todas tenemos tu estatura.

Yo casi nunca llevo tacones, mi 1,75 me hace parecer una torre al lado de mis amigas y si encima me coloco unos tacones... mejor no.

Entramos en el edificio y nos acercamos al conserje que ya tiene las llaves de las salas en las manos.

- Buenos días doctoras – saluda mientras nos guiña un ojo.

Las dos contestamos amablemente y nos dirigimos a la primera planta.

- ¿Carol? – susurra Laura en mi oído.
- ¿Qué? – ese tono es una premonición. Ya empezamos.
- Es guapo el conserje – dice – ¿te has fijado en cómo te mira?
- ¿Laura? – digo en el mismo tono.

- ¿Sí? – contesta con una sonrisa en su boca.
- Tiene mujer y tres hijos – contesto condescendiente.
- Pues es una pena – suelta mirando hacia atrás.

Por fin llegamos a los despachos y Laura se descuelga de mi brazo para abrir la puerta. Esta da a una pequeña sala de espera, de la que salen otras dos puertas en las que cada una de nosotras pasa su consulta. Me meto en la que pone Dra. Matas Rojas en un folio cogido con celo a la vieja madera y Laura hace lo propio en el que reza Dra. Ferraz Ventura.

La mañana transcurre rápida, pues las consultas están llenas a rebosar y no tenemos ni un minuto para un café de máquina. A las dos de la tarde nos vamos a comer un menú del día a uno de los restaurantes de la zona. El camarero nos saluda amistosamente, pues casi todos los viernes comemos en el mismo sitio.

- Esta noche salimos – dice Laura a modo de afirmación.
- Uff... estoy cansada – contesto mientras me devano el cerebro buscando la excusa de turno.
- Me lo prometiste la semana pasada – dice mirándome con el ceño fruncido.

Es verdad. Mierda.

- Dios que pereza – digo resoplando.

- Ya tengo plan, así que te jodes – dice con su boquita de piñón.

Laura, en lo profesional, es la persona más correcta que te puedes imaginar, pero cuando sale de su despacho se convierte en una loca, malhablada y barriobajera petarda. Pero la verdad es que es muy divertida. Ella es así y yo la quiero tal cual.

- Está bien – digo rindiéndome - ¿Dónde vamos?
- A... sorpresa – dice dando palmas.
- ¿Dónde? – pregunto con un nudo en la garganta que me advierte del peligro.

A las cinco de la tarde terminamos el trabajo y nos despedimos en la boca del metro hasta dentro de cuatro horas en mi apartamento. Ella no se ha podido aguantar y al final me ha contado el plan.

## UNA SALIDA NOCTURNA

La Jam Session a la que han invitado a Laura uno de los músicos participantes, se va a celebrar en un local de moda que está muy cerca de mi domicilio. Según ella es una fiesta privada a la que acudirían personajes conocidos y músicos de “La Movida Madrileña” que se subirían al escenario para cantar, a su manera, temas del pop-rock de los 80 y 90.

A mí la música de aquella época no me disgusta, incluso muchos de los temas me gustan, pero lo de “personajes conocidos” me rechina un poco sin poder evitarlo. Pero me ha sido imposible salir de la encerrona de Laurita. Me tomaré una copa y buscaré cualquier excusa para salir pitando.

Son las 20:45 cuando el vigilante de seguridad del edificio me avisa de que una señorita que se identificaba como “Laurita Dinamita” (la madre que la parió), pregunta por mí. Le doy el permiso de rigor para que la permita subir y, dejando la puerta entornada, me vuelvo al cuarto de baño de mi dormitorio a seguir con el trabajo de conseguir peinar mi rebelde mata de pelo súper rizado, sin caer en la tentación de recogermelo en una tirante y, sobre todo, cómoda cola de caballo.

Otra promesa hecha a mi pesada amiga y de la cual me estoy arrepintiéndome

desde hace más de media hora.

- ¡Holaaaaa! – Laura recorre el pasillo de mi apartamento taconeando hasta mi dormitorio.

- Hola – contesto furibunda.

- ¿Cómo vas? – pregunta abriendo la puerta del baño.

- Estoy a punto de romper mi promesa – me quejo, mientras suelto el secador en su soporte.

- Ah no, de eso nada – dice con los ojos como platos – le he prometido a Jordi que íbamos y nos ha reservado un sitio genial.

- No, esa no – la corrijo mientras vuelvo a mojar mi pelo – me refiero a lo de llevar el pelo suelto.

- Anda déjame a mí – dije mientras me obliga a sentarme en la taza del wáter – ¡pero mira que eres torpe! ¿Tienes un difusor?

- Ahí - apunto sin ganas al armario de debajo del lavabo.

- Si yo tuviera esos tirabuzones, no me lo recogía ni de coña – relata mientras me obliga a echar la cabeza hacia delante, dejando que mi pelo cuelgue hasta arrastrar por el suelo - ¿tienes espuma o algo similar?

Vuelvo a señalar al mismo sitio y ella coge el bote de espuma, agitándolo y presionándolo, hasta hacer una enorme bola blanca en la palma de su mano.

La extiende por mi melena antes de comenzar con el difusor.

Después de un buen rato con el ruido del secador de fondo, mezclado con una perorata de Laura de la cual no me entero de nada, siento como apaga el aparato.

- Sube la cabeza de un golpe – ordena.

Yo, que a esas alturas de la película estoy medio dormida, hago lo que me manda. La imagen que me devuelve el espejo provoca una carcajada desde lo más profundo de mi garganta.

- Parece que me he peleado con toda una colonia de gatos – suelto entre risas.

- ¡Calla coño! – Dice mientras comienza a manosearme – todavía no he terminado.

Hay que reconocer, que después de que me ha colocado la melena y de no poder frenarla para que se haga con el neceser que lleva en el bolso y me maquille, parezco otra.

Estoy... mona.

- ¡Menudo pivón! – dice admirando su obra.

El tema de la ropa es otro. Aunque tengo bastante, pues el hecho de vivir donde vivo me hace ser un poquito consumista, la verdad es que casi siempre

me pongo con lo que siento más cómoda.

- ¡Por Dios Carol! – Dice Laura toda llena de razón – haz el favor de estrenar los vaqueros pitillo negro.

Y sin esperar contestación, comienza a rebuscar en mi armario y a sacar todo lo que la parece. La mayoría de las prendas todavía con las etiquetas puestas.

- ¡Eres una perra! – Me insulta con la cabeza metida en uno de mis cajones – no me puedo creer que tengas esta ropa y vallas tan...

- ¿Cómo? – digo levantando una ceja.

- Tan... cómoda – responde después de pensárselo un rato.

- No me gusta llamar la atención – replico.

- Vamos a ver – dice extendiendo su elección textil sobre la cama – con esa pedazo de melena castaña y rizada, tus ojos verdes de gata de dibujos animados, ese pedazo de cuerpo y tu altura, lo menos que haces es no llamar la atención querida.

- Te he prometido que voy– digo rogando que no siga con el tema - no hace falta que me dores la píldora.

Me miro en el espejo de cuerpo entero del armario con los pantalones negros pitillo puestos, una blusa-body de Zara de raso color rosa palo, estampada con flores orientales y muy escotada para mí gusto, motivo por el que,

aunque me la había comprado muy convencida, no me la he puesto nunca.

- Cálzate – me ordena Laura.

Me acerco al zapatero a por unas botas negras, cuando ella me adelanta como una exhalación y coge unos zapatos negros de altísimo tacón que me he comprado en Mari Paz en el Black Friday del año anterior y que, por supuesto, están sin estrenar.

- Estos – dice.

- Laura voy a parecer una jirafa – me quejo con el tono de una adolescente.

- Mejor – insiste.

No sé qué me pasa este día, pero estoy de lo más pasota y mi querida amiga se está aprovechando de mi estado de ánimo.

- ¡Joder Carolina! – Dice exageradamente haciendo aspavientos con los brazos– estás para rebañarte con pan.

- ¡Vete por ahí! – digo sonrojándome.

Cuando salimos por la puerta son ya casi las 22:30 de la noche y hace un frío de mil demonios. Andamos por la Gran Vía cogidas del brazo, embutidas en nuestros abrigos y bufandas. Laura se ríe de la imagen que dábamos. Somos, según ella “el punto y la i”.

Laura, aunque mida veinte centímetros menos que yo, no es de las que pasan desapercibidas. Rubia platino, con el pelo liso hasta media espalda, ojos azules, labios gruesos y un cuerpo de escándalo, le hacen atraer todas las miradas y yo se lo agradezco, me cuesta mucho lidiar con ciertas situaciones. Luego está el tema de su pecho, el cual se ha operado hace un par de años y que le hace lucir un escote espectacular. Esa noche se ha enfundado en un estrecho vestido negro que le llega a la altura de las rodillas y que le queda como un guante.

Esta guapísima.

Enseñamos las invitaciones a uno de los dos porteros de la puerta del local y este nos deja pasar sin decir nada. Vamos directas al ropero para dejar nuestros abrigos y eso me recuerda a costumbres de otra época. Es la típica discoteca de la década de los ochenta, llena de luces y colorines por todos lados. Laura me coge de la mano, tirando de mí a la fuerza y sacándome de donde me había quedado mirando hacia todos lados. Me arrastra hasta la barra para pedir la consumición que va incluida en la invitación

- ¿Qué quieres? – me grita por encima de la música, mientras se contonea al ritmo.

- Brugal con limón – total, va a ser una.

Llama al camarero con los mismos gritos y este, increíblemente, viene

enseguida para servirnos las dos copas con una atractiva sonrisa de oreja a oreja llena de hoyuelos.

- La próxima la pides tú – me dice al oído – le has molado.

Le dedico una mirada que lo dice todo y ella comienza a reírse.

Según está sirviéndonos el camarero, alguien se acerca y coge a Laura por detrás levantándola en vilo. Ella suelta un grito de sorpresa y se da la vuelta sonriente para abrazar a un hombre que yo ubico en la cuarentena. Reconozco para mis adentros que es bastante atractivo. Muy del estilo de Laura.

- ¡Habéis venido! – dice mientras se abrazaban.

- Ya te lo dije – chilla ella.

- Ella es... - comienza él.

- ...Carol – termina Laura.

Se acerca a mí para darme dos besos y yo tengo que flexionar las rodillas un poco para estar a la altura del saludo.

- Uff, escóndela bien o no la van a dejar ni respirar – sentencia mientras me mira de arriba abajo.

Yo no sé cómo reaccionar a eso, pero mi cuerpo decide que mi cara se ponga como un tomate y que desee meterme en el rincón más escondido del local. Por supuesto, Laura se descojona de la risa.

Cabrona.

Después de la extraña presentación con Jordi, que así se llama el tipo, nos sienta en una mesa en primera fila justo frente al escenario.

Estupendamente escondida, pienso con sarcasmo.

Bebemos nuestras copas y hablamos mientras, de vez en cuando, aparece Jordi con alguien y nos lo presenta. En cuestión de media hora, la mesa en la que en un principio estamos solamente las dos, se convierte en una reunión de al menos diez personas. Jordi que se había sentado a la fuerza entre las dos y que tiene el brazo echado sobre los hombros de Laura, se gira hacia mí.

- ¿Así que tú también eres loquera? – dice mirándome fijamente a los ojos.
- Bueno...- contesto algo molesta - mis pacientes no son locos, pero no creo que sea el momento de hacerte una aclaración a ese feo comentario.
- No te enfades preciosa – dice riéndose – todo el mundo tenemos un punto de locura ¿no crees?
- Bueno... - no voy a entrar en ese tema.
- Laurita me salvó la vida – dice mientras la besa en la mejilla – estaba en las ultimas.
- Me alegro mucho por ti – contesto sinceramente – ella es muy

buen profesional.

- ¿Tú también tratas a drogodependientes? – pregunta.
- No – digo – mi especialidad es otra.

Entramos en una conversación cómoda, al menos para mí, sobre mi carrera profesional la cual se corta cuando las luces del local se apagan dejando únicamente un foco fijo en el escenario que ilumina a la dueña del sitio. Ella va dentro de un vestido rojo estrechísimo, el cual le marca sus anchas caderas pero que le queda estupendamente y comienza a presentar el espectáculo de esa noche.

La voz femenina sale desde unos labios tan rojos como el vestido y llega a mis oídos en una cadencia que me es conocida. La mujer era una conocida actriz, cantante y presentadora. Un icono de la movida que ha sabido mantenerse en la brecha con sus variopintas formas de expresión artística. Después de realizar las amistosas presentaciones de todos los músicos que llenan esa noche el local, comienza el espectáculo.

Siento gratamente como la música me sume en el pasado, son muchos de los temas que escuchaba en mi adolescencia y juventud y que, sin darme cuenta, me sorprende tarareando animadamente junto a Laura, que se mueve sentada a mi lado al ritmo de la música y lo acompaña cantando a gritos.

Menos mal que su voz no se escucha bajo el tremendo volumen de los

altavoces del local.

Nuestra mesa es un hervidero de músicos y cantantes. Se levantan y se sientan según les va tocando actuar. Cuando me doy cuenta, estoy tomándome la segunda consumición y han pasado dos horas de las que no me he dado ni cuenta. El escenario se queda vacío en lo que anuncian como un pequeño descanso.

- Voy al baño – le digo al oído a Laura mientras me levanto haciendo malabares por encima de las piernas de Jordi, que me hace sentirme desnuda con su mirada.

- Te acompaño - Laura salta detrás de mí y me empuja hacia el pasillo.

Atravesamos la pista hacia los aseos y, en cuanto entramos en ellos, Laura sale corriendo hacia uno con la puerta abierta, empujándome en el proceso.

- No podía más – dice mientras yo espero a que salga, pues no hay ninguno más libre.

- Tanto beber... – comienzo a hablar.

- Oye – me corta – te has fijado como te mira Jordi.

- No – miento.

- Como si te estuviera imaginando sobre una parrilla – dice – en pelotas – especifica.

- Pues lo lleva claro – digo medio refunfuñando – no tengo ningún interés.

- ¡¡Anda!! - dice dándome un codazo – a nadie le amarga un dulce.

- ¡¡Que no!! – Sentencio – a mí no me van estos rollos de bar de copas.

Vamos de nuevo hacia nuestro sitio, pero por el camino Laura se queda en la pista bailando con un chico que la coge de la mano y se la lleva sin más. Yo sigo mi camino sin mirar atrás, no quiero verme en la situación de tener que negarme a lo que mi loca amiga se apunta sin ningún pudor.

La mesa se ha quedado totalmente despejada. Me siento sola y descubro delante de nuestras sillas que hay dos copas llenas en sustitución de las anteriores.

Uff, esta me va a sobrar. Pienso mientras le doy el primer sorbo.

La música que está poniendo el DJ se corta y los focos del escenario se vuelven a encender. Veo a Jordi a la batería y a varios de nuestros acompañantes de mesa preparados con diferentes instrumentos en sus manos. Me llama la atención la altura del pie del micrófono, e inclino la cabeza recorriéndolo hasta llegar al soporte donde se apoya un micro de estilo retro. Me apoyo, todavía con el vaso en la mano, sobre el respaldo de mi silla. Estoy comenzando a sentir el efecto del alcohol. Dejo la copa de nuevo en la mesa. Mejor será que me lo tome con calma.

Los músicos comienzan a tocar una melodía que me resulta muy conocida desde el primer momento. La música embarga mis sentidos y me pasa desapercibido el momento en que Laura se vuelve a sentar a mi lado junto con el chico con el que ha estado bailando como una loca desde que regresamos del servicio. Ya se encarga ella con un codazo de hacerse notar.

- Que pasa – me grita al oído – te has quedado empanada.
- ¿Qué? – Digo sin mirarla – me encanta esta canción.
- Mira – vuelve a gritar – acaba de llegar el cantante, Jordi estaba de los nervios. Le ha mandado un mensaje diciendo que no sabía si llegaría a tiempo.

Me quedo embobada mirando al hombre que se acababa de subir de un salto al escenario. Metido dentro de un traje chaqueta negro, una camisa blanca con los botones del cuello desabrochados y unos zapatos negros de punta. Coge el micrófono con chulería, mientras mira al público desde lo que a mí me parecen dos metros de altura. El pelo, perfectamente cortado, lo lleva más largo por la parte de delante y peinado de punta.

En el momento en que su voz grave comienza a cantar la conocida letra, siento un cosquilleo por toda mi piel, que se intensifica en cierta parte de mi anatomía femenina cuando, con los ojos entornados, fija su mirada en mí.

Yo le mantengo la mirada desde mi sitio y él, lejos de amedrentarse, sigue sin

mirar a ningún otro sitio. Cojo nerviosa mi copa mientras cruzo las piernas en un inútil intento de borrar esa sensación en mi entrepierna.

Esa reacción no es propia de mí y me pongo nerviosa.

Nunca me había sentido atraída por ese tipo de hombres, con ese punto canalla. Siempre me había decantado por hombres más serios y con un alto nivel cultural. O, al menos, eso había pensado de mí hasta ese momento. Lo racionalizo por mi exceso de nivel de alcohol en sangre, aunque no le quito ojo mientras doy otro trago a mi copa.

Mi única pareja adulta hasta el momento ha sido un profesor de la facultad. Adolfo Menéndez había impartido Psicología del Pensamiento en mi segundo curso de carrera, en el cual habíamos comenzado una relación. Esa había sido al principio una relación fundamentada básicamente en la atracción sexual de él hacia mí y, en la atracción de ideal de pareja para toda la vida, de mí hacia él. La historia, en contra de todas las expectativas, había durado dieciocho años, diez de ellos en convivencia.

Pero, por lo visto, sus motivaciones hacía mi cambiaron en un momento dado y el último año Fredo, que así le llamaba yo cariñosamente, me sustituyó después de estarme engañando durante el último año de nuestra relación.

De esto hace únicamente seis meses. Cuatro de ellos he estado viviendo de prestado en la segunda habitación del piso de Laura, pues ella no ha

consentido cobrarme un euro.

Vuelvo a centrarme en el aquí y ahora, con un sonoro suspiro que gracias al volumen de la música pasa desapercibido.

Recuerdo haber visto alguna vez la imagen de este cantante en los medios de comunicación, pero nunca me he sentido atraída especialmente por ella. Ahora, desde los escasos tres metros que me separan de él, me siento totalmente cautivada.

- Cierra la boca – la voz de Laura otra vez en mi oído – se te va a caer la baba.

- Yo... - balbuceo mientras me recompongo mirando hacia ella.

Laura se parte de risa

Saco el móvil del bolso y me pongo a mirarlo. No tengo ningún interés, pero es por hacer algo que no sea mirar al escenario embobada. Reviso el correo, miro el Facebook, el WhatsApp. Pero un cambio en el ritmo de la música me hace volver a mirar al escenario. Me sorprende sabiéndome la letra de la balada que está cantando y la tarareo en mi mente.

Él sigue con su mirada fija en mí y una ráfaga de aire, procedente de los ventiladores que han colocado detrás del escenario, empuja un aroma muy conocido a mis fosas nasales, provocando una reacción en mi cuerpo a la cual no estoy acostumbrada. En ese momento recorren mi mente unas sórdidas

imágenes de ese hombre y yo en la cabina del baño y aprieto las pierna mucho más fuerte. Cojo mi bebida y le doy un largo trago dejando el contenido del vaso por la mitad. Me retuerzo en el asiento nerviosa y me doy cuenta que Laura me observa muy seria.

¿Pero qué coño me pasa?

El miedo me embarga cuando me auto-diagnostico alucinaciones olfativas. No es posible que ese olor que tanto me altera últimamente, este llegando a mí de nuevo y con tanta claridad en un entorno que no tiene nada que ver con el que me pasa habitualmente. El ascensor de mi edificio es una cosa, pues puede ser el ambientador o el perfume de alguien que sube habitualmente, lo de la calle no estoy tan segura, pero lo de una discoteca que está a un kilómetro de la zona ya no es normal.

Dejo la copa en la mesa y me levanto rápidamente.

- Me voy – digo a Laura con voz temblorosa.
- Pero... - me mira preocupada.
- Necesito salir de aquí – paso dando un salto por encima de sus piernas.
- Déjame despedirme de Jordi – dice mientras se levanta detrás de mí.

Salgo corriendo a la calle sin escucharla. Cuando siento el frío me doy cuenta

de que mi abrigo está en el ropero y que la ficha la tiene ella.

Mierda.

En unos segundos Laura sale corriendo con los dos abrigos en la mano. La miro con cara de culpa y cojo mi abrigo que ella me tiende con cara de no entender nada.

- Parece que has visto un fantasma – me dice mientras me evalúa con la mirada.
- Puede que no vayas tan desencaminada – contesto.
- Anda vámonos – me tranquiliza cogiéndome del brazo – esta noche ya se ha acabado.

## **UNA MAÑANA DE RESACA Y NUEVA PIEDRA EN EL CAMINO**

A la mañana siguiente me despierto con la luz que entra a raudales desde la ventana de mi habitación. La noche anterior me había acostado sin bajar la persiana y ahora el sol me taladra las pupilas y me hace gemir. Meto la cabeza debajo de la colcha y me centro en lo que pasó la noche anterior, post tercera copa.

Aquel hombre me ha impactado tanto, que me ha subido la libido a niveles descontrolados y eso ha provocado que aquel olor volviera a engañar a mí mente.

Conclusión: demasiada bebida.

Llevo demasiado tiempo sin sexo y mi naturaleza estaba diciendo “aquí estoy yo”. Alfredo y yo, pese a que nuestra relación era apacible y tranquila, funcionábamos bastante bien en la cama y nuestra vida sexual era plena, al menos para mí. Para él estaba claro que no había sido suficiente.

A las pruebas me remito.

Ha tenido para mí y para unas cuantas más. Un suspiro sale fuertemente de mi garganta, dejando ese pensamiento encerrado en el lugar de mi mente en el que lleva ya seis meses.

Me quito la colcha de encima, obligando a mis ojos a que se acostumbren a la claridad y pienso en lo que pasó la noche anterior cuando salí de huida del local. Laura me había acompañado andando y en silencio hasta la puerta de mi edificio y después se había cogido un taxi para ir a su casa sin hacerme una sola pregunta. Había dado al play a su modo profesional, dejándome mi espacio. Aunque soy sobradamente consciente de que eso no va a durar para siempre y de que la debo una explicación.

Cojo el móvil de la mesilla y le mando un mensaje.

- “Buenos días” – escribo.
- “Hola” – contesta enseguida – “¿Estás más tranquila?”
- “Sí. Perdóname, no sé qué me pasó” – contesto.
- “¿Compro un pizza y comemos en tu apartamento?” – propone.

Miro la hora. Son la una del mediodía. La verdad, es que no me apetece pasar el sábado sola, dándole vueltas a lo que me pasa. Acepto y quedamos en una hora en mi apartamento. Me levanto y me meto en la ducha.

A las dos en punto ya estamos sentadas en la mesa baja de la sala de estar, comiéndonos una pizza carbonara y bebiéndonos dos Coca Colas Zero, mientras miramos la televisión.

Yo voy dando pequeños bocados a mi porción, mientras soy consciente de Laura devanándose la cabeza para sacar el tema del que ha venido a hablar.

- Carol... - comienza.
- Dime – soy una perra y no se lo pongo fácil.
- ¿Quieres hablar sobre lo de ayer? – pregunta en un tono profesional.
- Umm – doy otro pequeño mordisco a mi pizza y bebo Coca Cola mientras busco una excusa coherente para salir del atolladero – me agobié.
- Te agobiaste – repite para ella misma.
- No estoy acostumbrada a beber tanto – lo intento.

Me mira a los ojos y sé que no me cree o al menos no del todo. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para que se trague semejante mentira y, lo peor, es que yo soy consciente de que lo sabe pero no puedo dejar de hacerlo. No sé cómo decirle lo que de verdad me pasa y que no se me caiga la cara de vergüenza.

- ¿Has hablado últimamente con Alfredo? – pregunta.
- No – contesto rápidamente.
- ¿Crees que has superado la ruptura? – sigue.
- Totalmente – miento – si no lo sacas tú a relucir ni me estaba acordando de él – vuelvo a mentir.

Aunque al principio había sido mucho peor, la ruptura con el que ha sido mi

pareja durante tantos años y, sobre todo, el motivo de la ruptura, ha sido un palo que me ha costado mucho superar. Aunque no soy una persona de exteriorizar mis sentimientos, la procesión va por dentro y las primeras noches han sido más de llorar que de dormir. Ahora, aunque lo tengo asumido, de ninguna manera lo tengo superado y más, cuando tu ex te está mandando todos los días mensajes de texto, intentando pedirte disculpas y presionándote para “hablar”. Cosa a la que hasta ese momento he podido negarme.

Si soy sincera conmigo misma le echo de menos.

Mucho.

El móvil de Laura suena dentro de su bolso y ella se levanta para coger la llamada. Respiro agradecida de que su punto de mira se desvíe hacia otro lado, pues no tengo ganas de seguir con el tema de conversación.

- ¡Buenos días! – dice con una voz cantarina al teléfono y después se calla y me mira interrogante – pues no lo sé. Luego te llamo y te contesto. Adiós Jordi.

Levanto la mirada del programa de televisión que no estoy viendo y la miro interrogante.

- Tienes chispitas en los ojos – le digo sonriendo y completamente agradecida de que la conversación se dirija hacia ella.

- No – dice muy digna, pero poniéndose roja – es un amigo y un antiguo paciente.
- Ya – me rio.
- Nos han invitado a una presentación de un libro esta noche – suelta de carrerilla.
- Me duele la cabeza – un NO en toda regla.
- Pero si falta mucho hasta las nueve – dice con tono de ruego – te tomas un paracetamol y te hechas la siesta.
- No me apetece salir – insisto.
- Pero si es un rollo tranquilo – insiste ella – anda hazlo por mí, me da corte ir sola.

La miro con esa cara de cordero a medio degollar y me es imposible seguir negándome.

- Está bien – cedo – pero me vengo pronto.

Laura me hace un gesto de asentimiento y coge de nuevo su teléfono para llamar a su amigo Jordi y confirmar nuestra asistencia.

La tarde nos la pasamos tiradas en el sofá, dormitando mientras la película de “La Primera” pasa por delante de nosotras sin pena ni gloria. De lo único que me entero, es de qué se trata de un dramazo, que ayuda a conciliar el sueño para que el paracetamol que me he tomado con el café haga mejor su trabajo

acabando con mi jaqueca.

Llegamos a la librería del Hotel Kafka a las nueve y media de la noche. Vamos casi corriendo hasta el número 104 de la calle Hortaleza de Madrid. Me sorprende cuando veo en la fachada una placa, informando que allí estuvo la editorial e imprenta de D. Benito Pérez Galdós.

Vaya, un lugar interesante.

Después de dar nuestros nombres en la puerta y que un empleado nos busque en un IPod nos permiten entrar. Laura me informa de que el evento es solo para invitados y yo asiento sin hacerle demasiado caso, pues estoy completamente abstraída.

Entramos en una sala abarrotada, veo por el rabillo del ojo como Laura se dirige saludando con la mano hacía un rincón en el que varias personas están sentadas en un tresillo antiguo. Mientras yo me pierdo por el entorno.

Un camarero pasa por mi lado y me ofrece una copa de vino blanco. La cojo por inercia, dejándola intacta en mi mano mientras sigo con mi exploración.

El lugar es a la vez librería y café. Está dividido por diferentes estancias, con las paredes repletas de estanterías abarrotadas de libros, todo salpicado de múltiples sillas, sillones y sofás que te invitan a coger un volumen y sentarte cómodamente a leer, aislándote por un tiempo indefinido de todo lo que te rodea.

Deambulo leyendo los lomos de los libros con la copa de vino en la mano. Voy tarareando la canción que hay en el sonido ambiente, la letra sale de algún sitio profundo de mi mente en el que no sabía que guardaba esa información. Las estanterías de libros se acaban de repente y continua una pared en la que hay varias fotografías.

Estás llaman mi atención.

Son portadas de discos antiguos de vinilo y reconozco perfectamente al cantante que sale en todas ellas. El estómago se me estremece y doy instintivamente un trago a mi copa, mientras observo las imágenes sin poder retirar la vista de ellas.

Una mano toca mi espalda haciéndome dar un respingo, que por poco provoca un accidente con mi copa.

- Carol – dice Laura detrás de mí – vamos a sentarnos que va a empezar la presentación.
- Si, si – digo mientras vuelvo a beber.
- ¿Estás bien? – Laura me observa con ojos clínicos.
- Si – digo recomponiéndome – estaba despistada y me has asustado.
- Aja – dice sin creerse una palabra – anda vamos.

Nos sentamos en la última fila de varias que han sido colocadas delante de un

pequeño escenario. Varios de los músicos, incluido Jordi, con los que estuvimos la noche anterior están allí sentados y me saludan con una sonrisa.

La intensidad de las luces baja y unos focos iluminan el pequeño escenario en el que solo hay dos banquetas altas junto a una mesa también alta. Esta soporta un par de libros y dos vasos con un líquido ambarino en el que flotan varios hielos. El bodegón lo completan dos pies con sus respectivos micros.

Una mujer sale al escenario y comienza a hablar. Es, según sus palabras, la editora del libro que se presenta esa noche y que se trata de un anecdotario, escrito de forma cronológica, de las giras del protagonista. Los textos están acompañados de numerosas fotografías que impulsan a los textos, haciendo cada historia mucho más real. También incluye un vinilo, con todos los éxitos que ha ido acumulando en sus numerosos años de carrera artística.

Después de soltarnos toda la perorata comercial, la mujer anuncia al verdadero protagonista y este sale de detrás del escenario, junto a otro de los músicos que también conozco y que va cargado con una guitarra acústica. Soy consciente del músico, porque el escenario es lo suficientemente pequeño como para que mi campo visual lo abarque por completo, pero la inmutable realidad, es que la imponente imagen de él lo llena todo y me bloquea completamente.

En ese momento no soy consciente de nada a mí alrededor, excepto de lo que

tengo enfrente. Ni siquiera me doy cuenta de la cara de Laura, observándome con las cejas levantadas y una sonrisa lobuna en la boca. Ya se encargará ella de iluminarme en cuanto tenga oportunidad.

Las notas roqueras de la guitarra llegan a mis oídos. Clavo mis ojos en su cara extremadamente masculina y descubro que él los tiene igualmente clavados en mí. Su voz rasgada tan personal sale por su garganta, con esa cadencia chulesca que le caracteriza. Yo, presa de la enajenación mental que me viene caracterizando en esos días, me fijo en su nuez que sube y baja por su largo cuello y me sorprendo pensando en que se sentirá recorriendo esa piel con mi lengua.

Definitivamente necesito terapia.

Cruzo las piernas de nuevo instintivamente, mientras seco el sudor de mis manos sobre los pantalones vaqueros. De repente me siento abrumada por la intensidad de su mirada y desvío la mía hacia el que está a su lado, fijándome sin ningún interés en como sus dedos rasgan la guitarra sacando las notas que acompañan a la canción.

Sigo sin prestar atención a la imagen del músico que, si he de ser sincera, no me interesa para nada y mi mente viaja hacia otro lado, a uno que si está captando mi interés, aunque solo sea por lo incompresible que resulta para mí mente.

Pienso en mi óptima relación con Alfredo, tan cómoda, simple y placentera. Los años con él han fluido como una balsa de aceite. Un tranquilo estanque, en el que el contenido se posa plácida y pesadamente sobre su continente y, solo se mece un poco, si algo lo suficientemente potente lo atraviesa, haciendo que se dibujen una espesas ondas que duran un suspiro y que te hacen pensar que en esa relación hay la suficiente pasión como para continuar con ella antes de volver a su estado habitual de apacibilidad. No es que nuestra relación hubiese sido de la temperatura de un iceberg, como ya he dicho antes hemos tenido nuestros momentos de pasión, sobre todo los primeros años. Pero nunca ha sido algo tan loco y fogoso que te hiciese perder la razón, empujándote a que cuentes las horas para volver a casa y lanzarte sobre tu pareja hasta perder el sentido.

La música termina, mientras los aplausos a mí alrededor me arrancan de un fuerte tirón de mis propios pensamientos. Ahora comienza el turno de los periodistas que están sentados en las primeras filas y que se pasan el micrófono entre ellos, para pronunciar las preguntas que traen preparadas en sus libretas.

Laura me da un toque en el brazo.

- Vamos a tomar algo – me susurra al oído.

En ese momento soy consciente de que, tanto Laura como Jordi, están

levantados mirándome fijamente, mientras esperan a que yo salga para poder hacerlo ellos.

¿Tan ensimismada estoy para no darme cuenta de lo que sucede a mi alrededor?

Salgo rápidamente mirando hacia el frente, en un frustrado intento de que los colores de mis mejillas bajen antes de tener que encarar a nadie.

Nos dirigimos hacia la zona de la cafetería y cojo una copa de vino blanco de la primera bandeja que pasa por mi lado. Miro hacía Laura que mantiene una conversación con Jordi, de la cual no me parece que yo tenga cabida, así que me retiro elegantemente y deambulo despacio hasta acabar frente a las numerosas fotografías de los vinilos que he estado observando antes de la presentación.

Me llama la atención lo antiguas que son algunas. Ha tenido una de las carreras musicales más largas y productivas del panorama nacional.

Estoy allí plantada con mi copa en la mano, leyendo las reseñas que hay bajo cada caratula, explicando los detalles de cada uno de los trabajos, cuando siento que alguien me pone algo en las manos. Laura ha comprado dos ejemplares del libro.

- ¿Vamos a que nos los firme? – pregunta.
- Pues...

Miro hacia donde se estaba desarrollando la firma y veo que hay una larga fila esperando.

- Ahora hay demasiada gente.

No sé porque, pero me sentiría ridícula allí esperando. Nunca he tenido alma de fan.

- Bueno – dice – yo voy a estar dando una vuelta por aquí con Jordi – si necesitas algo, búscame.

- Vale y gracias – digo haciendo un gesto con el libro.

Me quedo con un sentimiento de cabra en un garaje cuando termino de leer las reseñas de las paredes. Me siento en una butaca que, sorprendentemente con la cantidad de gente que atesta el local, se ha quedado vacía en un rincón entre dos enormes estanterías llenas de libros. Comienzo a hojear el ejemplar de mis manos. Debe de ser caro, pienso sintiéndome culpable por no haberle dado el dinero a Laura. La edición es de muy buena calidad y con muchas fotografías.

Leo el comienzo y sonrío ante las odiseas allí narradas sobre sus primeros conciertos. A partir de ahí me engancha a su lectura y me olvido de todo lo que me rodea, introduciéndome en las historias reales que allí se cuentan.

El olor, ese maldito olor que me vuelve loca regresa a mi cerebro, haciendo que mi corazón se acelere y me entre una sensación de pánico por lo que

significa. Levanto la mirada buscando a Laura. Necesito salir de allí en ese preciso momento. Necesito respirar el aire de la calle a ver si se disipa la alucinación.

No la veo. Joder, joder.

Me levanto de un salto con la idea fija de salir a tomar el aire, me giro hacia el respaldo de la butaca donde descansa mi abrigo y me quedo paralizada cual estatua de cera. Allí, a menos de un metro de mí, está el protagonista de la noche apoyado en el rincón en el que se unen las dos estanterías.

Me observa desde su impresionante altura en silencio, con los ojos entrecerrados mientras da un sorbo a su copa, provocando que el tintineo de los hielos entre por mis oídos como si fueran las campanillas que anuncian mi definitiva locura. Me giro sin decir nada y me dirijo hacia la calle casi corriendo. El aire invernal del centro de Madrid entra en mis pulmones con todos los olores propios de una gran ciudad, borrando el que me altera de esa manera tan psicótica.

Me apoyo en un coche mientras saco el teléfono móvil de mi bolso. Le escribo un mensaje a Laura anunciándole que me voy a casa, e insisto en que ella se quede.

No me apetece en ese momento que nadie me analice como yo, mejor que nadie, sé que va a hacer ella.

Camino por la calle Hortaleza esperando ver pasar un taxi, cuando una profunda voz a mi espalda me paraliza.

- Te olvidas algo – las palabras que salen de su boca con esa cadencia me recorren entera poniéndome la piel de gallina.

Sí, mi cordura. Pienso para mí misma.

Una de sus manos me tiende algo. Cuando por fin consigo centrar mi vista en lo que me ofrece, reconozco el libro que había estado hojeando. Me lo había dejado en la butaca cuando lo solté para ponerme el abrigo. Lo cojo mecánicamente.

- Gracias – digo escuetamente.
- Espero que no te importe que te lo haya dedicado – me dice.
- No – por favor palabras salid de donde coño estéis escondidas – gracias – Uff.
- ¿Tienes prisa? – pregunta mientras mete sus manos en los bolsillos del pantalón del traje negro, que es tan suyo como su corte de pelo con tupé.
- Pues... - digo – no me encuentro muy bien. Necesitaba respirar aire fresco.
- ¿Sola? – pregunta a modo de propuesta.
- Me iba a casa – contesto, sin saber que hago yo allí hablando con

un desconocido, el cual me altera a unos niveles que necesito analizar con detenimiento.

- Puedo acompañarte – propone con una naturalidad que me agrada más que me sorprende.

Mi silencio no es algo consciente ni provocado. Simplemente me acaba de dejar sin palabras. Que le contestas a un tipo que te altera de manera tan profunda que te provoca alucinaciones, pero al cual no conoces de nada. Mi autoprotección me dicta una negativa rotunda. Pero hay otra parte de mi ser que me empuja a dejarme llevar, a que las cosas rueden por inercia y que me lleven a donde ellas quieran.

Mi nombre en un grito salido de la boca de Laura, que baja corriendo por calle, me saca de mi estupor. Va con Jordi a su lado cogido de su mano. Los hombres se miran cómplices y Laura me encara preocupada.

- ¿Dónde crees que vas? – me dice entre jadeos por la carrera.
- A casa - respondo – te lo he puesto en el mensaje.
- Pero hemos venido juntas – me regaña – y nos vamos juntas.
- ¿Por qué no nos vamos todos juntos a tomar algo? – propone Jordi.
- ¿Alguien nos va a presentar? – dice el protagonista de la noche sin dejar de mirarme.
- A si – Jordi nos mira divertido – Carol, Lo...

- José María – termina él cortando la pronunciación de su apodo.
- Encantada – digo ridículamente.

José María da un paso hacia mí y con una masculina mano me coge de la cintura, acercándose a él y dándome un beso en la mejilla, solo un beso, mientras enreda uno de los dedos de su otra mano en uno de mis rebeldes rizos, que se ha debido escapar de la coleta que me hice hace ya unas horas.

El olor se hace mucho más intenso, creo que he perdido el juicio definitivamente.

- Ahora si – dice sin retirar su mano de mi cintura – ¿me concederías el placer de acompañarme esta noche?

Placer, noche...

Ahora los tres me miran directamente a mí. Mientras yo clavo mis ojos en Laura, que me mira como una niña a su madre delante de un quiosco de chuches.

- Está bien... - cedo.

## **LA NOCHE, ESA MÚSICA, UN AUTOANÁLISIS Y... EL OLOR**

Casi no he terminado de hablar, cuando mi vista periférica percibe a Jordi que está levantando un brazo para parar un taxi.

Los cuatro subimos en el vehículo, me siento detrás junto a una ventanilla al lado de Laura que va en medio y Jordi en la otra ventanilla. El enorme cuerpo de mi acompañante está en el asiento de delante junto al conductor, que no hace más que alabarle y decirle a los numerosos conciertos de él que ha asistido.

Él asiente educadamente, pero no deja de mirarme por el espejo retrovisor, lo cual me está poniendo entre nerviosa y otros muchos sentimientos que me dan miedo reconocer en esos momentos.

Estoy acostumbrada a dar determinados consejos por mi profesión, los cuales son tan lógicos que hay veces que, si el paciente no los atiende, me siento tan frustrada que me dan ganas de gritar.

Cosa que, por supuesto, no me permito hacer.

Ahora, mientras miro las luces de la ciudad pasar por mi ventanilla, soy consciente de qué es muy fácil aconsejar a los demás sobre lo que se debe hacer y lo que no, pero que es extremadamente difícil llevar a cabo dichos

actos cuando eres tú el que estas en el lado contrario.

El taxista nos deja en la puerta de un local por el que yo he pasado innumerables veces durante mis paseos matutinos, pero en el que nunca he llegado a entrar. El Plaza Jazz Club, estaba muy cerca de mi domicilio, en la calle Martin de los Heros en el barrio de Chueca. Mi lado cobarde piensa en los beneficios de la cercanía. Así puedo escaparme libremente andando hasta mi casa, en cuanto sienta la necesidad.

Entramos en un local que me parece acogedor aunque algo sobrio. Nos sentamos en una de las mesas desde la que se puede observar el escenario. Sobre él, una mujer canta una triste melodía sentada junto a un guitarrista. Los dejes flamencos en su voz me cautivan y no quito mis ojos de ella hasta que termina el tema. El público, al que me uno encantada, la aplaude mientras ella se levanta y anuncia un descanso.

El camarero sirve en nuestra mesa el contenido de una botella de vino blanco en las cuatro copas que ha colocado delante de cada uno de nosotros y deja allí la botella, que no he sido consciente de cuando ha sido pedida.

¡Vaya, pues sí que estoy perjudicada últimamente!

Observo mí alrededor, en un intento por ubicarme sensorialmente con el tiempo y el lugar. Compruebo que Laura habla animadamente con Jordi. Busco con la mirada a mi acompañante, pero este no está. Oteo el local y

descubro su enorme cuerpo salir por el pasillo que lleva a los baños mientras se dirige a nuestra mesa, sus ojos están clavados en mí y yo le mantengo la mirada mientras se acerca. Algo, o mejor dicho alguien, interrumpe la conexión.

José María es interceptado por la mujer que hace un momento estaba sobre el escenario y que le saluda muy amistosamente, quizás demasiado. Me da la impresión de que son viejos amigos y me sorprende con la sensación de un nudo en el estómago.

Después de hablar entre ellos unos minutos cerca de la barra, minutos que a mí se me hacen eternos y mi mente cuadriculada no entiende la razón lógica de ello, por lo menos la razón lógica de que me moleste a mí. Se acerca con ella a la mesa y mis ojos no pueden obviar las manos de los dos cogidas, mientras sus dedos están entrelazados.

Me sienta mal.

¿Por qué?

Ni idea, pero es un hecho.

- Bueno – dice José María cuando llega a nuestra altura – Quiero presentaros a Celia, una de las mejores voces nacionales del Jazz.
- Hola guapa - Jordi se levanta inmediatamente y la saluda con familiaridad – cuanto tiempo.

- Ella es una amiga de Jordi – dice José María presentando a Laura.
- Laura – dice rápidamente Jordi, saliendo al rescate, pues es obvio que José María no se acuerda de su nombre.
- Y ella es Carolina – las siglas de mi nombre completo salen suavemente de sus labios mientras me estudia con la mirada. Aunque le fui presentada como Carol, él me ha presentado por mi nombre completo.
- Encantada – digo educadamente, mientras me levanto y le doy la mano, soy poco besucona – es un placer.
- El placer es mío – dice ella amablemente – los amigos de mi “Loco” siempre son bienvenidos.

*“Su Loco”...*

La mirada de ella me dice muchas cosas. Pero mi lado racional las borra de un plumazo, dándome una fuerte colleja de paso.

- Bueno, creo que me tengo que ir preparando de nuevo – dice centrándose en él – si te apetece nos tomamos algo después.
- Otro día – contesta él – mientras esquiva elegantemente sus labios que van directos a los de él, dándole un beso en la mejilla.

Vale Carol. Respira hondo y repliega las uñas, que no le conoces de nada.

En un enorme esfuerzo me centro en Laura que me mira curiosa. Levanto una

ceja imitando el gesto que está luciendo en ese momento y ella suelta una carcajada mientras Jordi nos mira sin saber de qué vamos. Nuestro dialogo oculto es cortado, cuando José María se sienta a mi lado y coge su copa instándolos a brindar.

- Porque esta noche sea el comienzo de una larga amistad – dice mientras me mira directamente a mí.

Todos brindamos por ello, antes de que las luces del escenario se vuelvan a encender y la sensual voz de Celia comience a sonar por todo el local. No me pasa por alto que la cantante de jazz mira directamente a mi acompañante, cuando la letra de sus canciones hablan de momentos íntimos. Eso me hace sentir mal, aunque mi autocontrol consigue dejarme sentada en mi asiento en vez de salir huyendo como es mi costumbre últimamente.

Necesito relajarme, la sensación de descontrol empieza a asustarme. Me evado de la música mientras me autoanalizo mentalmente. Un ejercicio que recomiendo con asiduidad a mis pacientes, pero que evito para mí misma. No entiendo muy bien porque siento que lo necesito en ese momento, pero las cuestiones van surgiendo en mi cabeza con orden esquemático.

Autoestima: Profesionalmente bien. Personalmente regular, a nadie le sale gratuito ser engañada por su pareja.

Estados de ánimo: Profesionalmente aceptable. Personalmente desganada.

Mi personalidad: En palabras de Laura soy una “Pensadora Analítica”. Soy reservada y tranquila a la vez que curiosa. Necesito llegar al fondo de las cosas, sin importar cuanto tiempo sea necesario, ni el trabajo que esto suponga. Nunca he necesitado demasiadas cosas para ser feliz. Detesto las contradicciones y lo ilógico.

Bueno y aquí está uno de mis problemas. Toda mi vida se había convertido en una contradicción.

Estaba bien con Alfredo, o al menos eso pensaba yo en mi feliz ignorancia. Pero me engaño con otra más joven, dejándome a mí, egoístamente, la decisión de seguir “dejarlo pasar” según sus propias palabras o romper una relación de más de quince años.

Está claro que esa puerta, aunque ha sido “entornada”, no ha sido cerrada y todavía hay palabras en mi garganta que no han salido para poder dar un portazo y que el aire del exterior no entre por las rendijas dejándome helada. Sé que, tarde o temprano, seré capaz de hacerlo, pero hasta el momento no me he sentido capacitada para ello. He hablado con él varias veces por teléfono, todas ellas ha sido Alfredo el que ha llamado con la excusa de las cosas materiales que todavía quedan en el apartamento de alquiler que compartimos y que ahora está únicamente a su nombre, pero siempre ha aprovechado para intentar llevarme de nuevo a su terreno pidiéndome hablar

en persona. Cosa a la que yo me he negado y que él no ha intentado presentándose en mi despacho de Vallecas, que es el único sitio que conoce en el que me puede localizar en mi vida actual.

Cuando en algún momento de debilidad, le he comentado alguna de las llamadas a Laura, esta me ha dicho que si quisiera me encontraría.

Tiene razón.

Continúo con el autoanálisis.

Mis casos: siempre han sido un enigma, a los que tarde o temprano siempre he encontrado la solución. Ahora tengo entre manos un caso que no sé cómo va a terminar. Mi paciente sigue en el hospital y eso a mí me está afectando muchísimo.

Mis gustos: No me gusta salir por la noche y mucho menos beber más de la cuenta, necesito el control completo de mis actos. Esa misma mañana me he tenido que tomar un analgésico debido a la resaca de la noche anterior.

Vale, mejor dejémoslo ahí. Ya me ha quedado lo suficientemente claro que no estoy en uno de mis mejores momentos y mis reacciones no son las que son habituales en mí. Así que decido darme cancha y dejarme llevar un poquito. Mi vida ha dado un giro y quiero explorar a donde me lleva.

Eso es. Me voy a dar un poco de cancha.

En fin... por lo menos prometo intentarlo.

Miro hacia mí alrededor y observo extrañada en el lugar en el que me encuentro. Estoy en un local que no conozco, con dos tipos que no conozco de nada. La parte izquierda de mi cerebro me dice que salga de allí en cuanto tenga la oportunidad y que me esconda en mi estructurada vida, esa que me mantiene serena y que es totalmente predecible.

Hago un tremendo esfuerzo para intentar borrar la sensación.

Miro la cara de Laura, esta extasiada mirando hacia el escenario, es su gesto se vislumbra el placer que le produce la música. En su mano derecha sostiene su copa de vino, mientras que con la izquierda entrelaza sus dedos con los de Jordi. No puedo evitar mirar mis manos que reposan sudorosas sobre mis vaqueros. Sin saber de dónde ha salido el impulso, miro hacia las de José María, que lleva el ritmo de la música dándose pequeños golpecitos sobre sus piernas.

Recorro su cuerpo desde ese lugar en dirección ascendente. Es tan grande que me hace sentir pequeña a su lado, sensación que no he sentido nunca debido a mi altura, pero él me sobrepasa por unos buenos veinticinco centímetros.

Me gusta esa sensación.

Me sorprende a mí misma, es la noche de las auto-sorpresas, midiendo mentalmente la anchura de sus hombros dentro de su chaqueta de traje negra.

Recorro su masculina garganta y, el recuerdo de su nuez moviéndose arriba y abajo cuando cantaba en el escenario esa misma tarde, me calienta las mejillas por lo que pensé en ese momento. Su mandíbula cuadrada y masculina, cubierta con una barba de dos días enmarca unos labios grandes y, aunque no demasiado gruesos, se me antojan sexis. La nariz recta y de un tamaño acorde a su cara, le aporta una enorme personalidad al rostro. Sigo subiendo y me paralizó al ver como sus ojos marrones me observan entrecerrados.

La expresión con la que me mira me hace ruborizarme más de lo que ya estaba por mis propios pensamientos. Me invade la vergüenza cuando intuyo que le puede estar pasando por la cabeza. Debe de pensar que soy una desequilibrada con el escrutinio que le estoy haciendo sin conocerle de nada.

Se levanta sin dejar de mirarme, yo le sigo con la mirada clavada en sus ojos, juro que no lo hago aposta, pero creo que mis ojos se han enganchado a los suyos y no puedo liberarme. Temo que va a dar por terminada la velada y se va a ir dejándome allí con mi locura. Pero lo que hace, dejándome totalmente noqueada, es quitarse la americana dejándola colocada en la silla y volverse a sentar sin dejar de mirarme. Mis ojos viajan a sus manos cuando comienza a desabrocharse los puños de su camisa negra, doblándoles hasta debajo de sus codos y permitiéndome analizar la piel de los fuertes antebrazos que quedan al aire cubiertos con una fina capa de bello negro. Sus muñecas están

adornadas con varias pulseras de acero y cuero negro. Su cara se acerca lentamente hasta mí y me quedo paralizada sin saber qué hacer.

- ¿Así mejor? – susurra en mi oído con voz gutural.
- Lo siento... yo... - intento recomponerme mientras me disculpo.
- No te disculpes – dice mientras se acerca tanto a mí, que su pierna esta ya pegada a la mía – me gusta.

Oh Dios. El olor es ahora tan profundo que creo que me voy a marear. Cojo con tanta fuerza mi copa, que derramo la mitad del líquido por mis pantalones.

- Mierda – digo mientras me levanto - ¿Te he manchado? – miro los perfectos pantalones negros de él con tanta vergüenza, que creo que voy a explotar.
- No sé. Pero nada podría importarme menos en este momento – dice tan cerca de mi oído, que siento como su nariz recorre la sensible piel de detrás de mí oreja.

Mi garganta suelta un suave gemido por su cuenta, mientras me acerco más a él buscando su contacto. Mi cuerpo se afloja de una manera tan irracional, que la copa que sostengo en mi mano se me escapa, estampándose en el suelo y rompiendo el momento con el alboroto.

¡Joder todo el mundo me mira!

Bajo la mano en un intento de recoger algo, pero lo único que consigo es un dolor punzante en la palma. La levanto rápidamente y la visión de la herida que me acabo de hacer por estúpida, me provoca una lipotimia. Es lo que normalmente me ocurre con la visión de una herida propia, sobre todo de esas características. Todo comienza a dar vueltas a mí alrededor.

Vaya numerito.

Ese es el último pensamiento lógico que recuerdo antes de que se vuelva todo negro.

## **UNA VISITA A URGENCIAS, MI VECINO DE ARRIBA Y...**

### **RESOLVIENDO EL ENIGMA DEL OLOR.**

Cuando mi cerebro dispone que vuelva a ser un ser consciente abro los ojos. Me descubro tumbada en una hamaca, rodeada de cajas de refrescos y botellas de licor. Laura me está dando pequeños golpes en la cara mientras me llama repetitivamente por mi nombre.

- Joder Carol – dice aliviada – llevas cinco minutos inconsciente.
- ¿Qué? – estoy confusa – ¿Qué ha pasado?

La puerta del almacén se abre de golpe, veo entrar a Jordi seguido de dos personas vestidas con uniforme azul y amarillo, mientras cargan con dos enorme maletines. Mis ojos, que ya parecen centrarse, consiguen leer en sus cazadoras SAMUR. Un médico y un enfermero de los servicios de urgencias se han desplazado hasta allí para atenderme.

El sentimiento de vergüenza me invade por lo exagerada que se me antoja la situación.

- Creo que esto no es necesario – consigo vocalizar en un hilo de voz.
- Eso lo decidiré yo – me dice algo borde la mujer que lleva

“MÉDICO” en su cazadora.

Me callo.

Se acercan rápidamente a mí y comienzan a evaluarme. En ese momento siento frío en la mano. El enfermero ha retirado una toalla, la cual hasta ese momento no era consciente de llevar envuelta en mi mano.

Levanto la cabeza pero Laura me la vuelve a bajar, mientras me lo dice todo con la mirada. Siento como trabajan en mi mano.

- La trasladamos al hospital – dice la doctora a su compañero – necesita una placa para descartar que los tendones no estén afectados antes de suturar.

El enfermero asiente y, después de lavarme la herida con suero, me realiza un aparatoso vendaje.

Salgo del local en camilla, bajo la mirada curiosa de todos los clientes que aún siguen allí. Yo busco desde la camilla el enorme cuerpo del que había sido mi acompañante hasta ese momento y en seguida lo encuentro. Está en la barra, con la chaqueta de su traje puesta de nuevo en su sitio y hablando con la cantante. Giro la cabeza rápidamente hacia otro lado, antes de que me vea mirarle patéticamente y cierro los ojos en un intento de evadirme de todo lo que me rodea.

Mierda de noche. Eso me pasa por no dejarme aconsejar por mi lado racional.

La ambulancia me lleva al servicio de urgencias del hospital Clínico. Allí permanezco en un box varias horas mientras me hacen pruebas. Por fin, la traumatóloga de urgencias entra con todos los resultados en la mano, mientras me mira sonriente.

- Hemos tenido suerte – dice mirando por encima de sus gafas de pasta – no hay daños en los tendones.
- ¿Me puedo ir? – pregunto algo ansiosa, necesito dar por finiquitada la noche.
- En cuanto baje el cirujano plástico y le suture – dice mirándome fijamente – es una herida grande.
- ¿Cómo de grande? – he estado evitando mirar la zona durante toda la noche, no tengo ganas de volver a marearme.
- Le recorre en perpendicular toda la palma de la mano – me dice muy seria.
- Está bien – contesto con un tono de voz algo más suave – perdone pero estoy algo confusa.
- Es normal – vuelve a sonreír – a cualquiera le confunde terminar la noche de un sábado en urgencias.

La doctora se va, dejándome de nuevo sola a la espera de que terminen conmigo y poder salir de allí. Necesito encerrarme en mi madriguera para lamer mis heridas a gusto y en privado.

Después de una hora el doctor termina su trabajo y yo se lo agradezco enormemente. Después de que la enfermera se convenga de que no me voy a marear, consigo que me den el alta. Escucho las recomendaciones, recojo el informe y me dirijo hacia la salida con un aparatoso vendaje que llega hasta medio brazo. Según abro la puerta que separa la zona exclusiva para los pacientes de la sala de espera, veo a Laura con cara de preocupación sentada en una de las asépticas sillas. Está junto a Jordi y, según me ve, da un salto y se dirige hacia mi seguida de su único acompañante.

Vaya, tenía la esperanza de que fueran tres. Realmente estoy imbécil últimamente.

- Joder tía que susto me has dado – dice Laura abrazándose a mí.
- ¿Te encuentras mejor? – pregunta Jordi preocupado, mientras se guarda el móvil en el bolsillo después de escribir en él.
- Si, gracias por todo chicos y perdonadme por estropearos la noche – digo con sinceridad – no os preocupéis por mí, estoy bien, cogeré un taxi a casa y mañana será otro día.
- Si piensas que te voy a dejar sola, es que se te ha ido definitivamente la cabeza – dice Laura robándome de la mano el informe y leyéndolo sin pedir permiso.
- Venga Carol – Jordi me ayuda a colocarme mi abrigo, que hasta ese momento no me doy cuenta que lleva colgado del brazo –

permítenos llevarte para quedarnos tranquilos.

- Necesitamos parar en una farmacia de guardia – Laura va andando mientras sigue leyendo el informe – el lunes te acompaño al centro de salud para la cura.

Salimos a la calle y me quedo en la acera esperando a que Jordi pare un taxi. En cuanto veo que levanta la mano me dirijo hacia la calzada, pero el coche que se para en segunda fila no es blanco, ni tiene una franja roja en la puerta. Es un Mini Cooper azul metalizado y blanco, del que sale el enorme cuerpo de José María con cara de preocupación.

Mis ojos viajan del coche a él y no puedo evitar una sonrisa.

¿Un Mini?

Ese es el último coche que me esperaba para él.

Vale. Por lo menos es de cinco puertas.

El lee mi expresión y me devuelve la sonrisa con una ceja levantada, mientras abre la puerta del copiloto invitándome a entrar. Me siento en el sitio que se me ofrece mientras Laura y Jordi lo hacen en el asiento de detrás.

Durante el trayecto me distraigo mirando por la ventanilla, a esas horas de la madrugada la calle Princesa de Madrid está bastante despejada y me relaja mirar hacia las aceras prácticamente desiertas. No sé si será por la cantidad de analgésicos que llevo en el cuerpo, pero no tengo la necesidad de analizar

todo lo que ha ocurrido esa noche.

Ya llegará mañana por la mañana con sus circunstancias.

Ahora sencillamente disfruto del paseo al lado de ese hombre que, por cierto, huele de maravilla.

Me rio para mis adentros ante el descubrimiento. El olor que me está volviendo loca es idéntico al que desprende mi atractivo acompañante. Aunque la incógnita de porque lo he olido en diferentes lugares todavía no la he desentrañado, estoy segura que tendrá una explicación lógica, o así lo espero.

Igual está de moda la marca del perfume en cuestión y la llevan algunos de los innumerables ejecutivos que trabajan en el edificio donde vivo. Lo que no entiendo, es porque no he conseguido localizarle las veces que me he plantado en el mostrador de perfumes de El Corte Ingles y me he anestesiado las pituitarias oliendo todos los que allí se exponían.

En fin, por lo menos no es una alucinación. O eso creo en este feliz y medicado momento que estoy disfrutando en estos momentos.

Enseguida llegamos a Plaza España y José María para en doble fila junto a la boca del Metro del mismo nombre y que se encuentra al otro extremo de la puerta de mi edificio. Se baja del coche junto con Laura y Jordi, mientras yo hago una retorcida maniobra para poder abrir la puerta con la mano sana.

José María me mira y me indica que me espere. Yo obedezco, esperando que dé la vuelta al vehículo y me abra la puerta por fuera.

Y ahí me quedo, esperando, mientras los tres conversan en la acera.

Laura está hablando con mi acompañante mientras gesticula señalándole con el dedo. Aun con la diferencia de altura que hay entre los dos, ella maneja perfectamente la situación, mientras él asiente como un corderito y la mano en el pecho como si le estuviese prometiendo algo de una manera muy antigua.

Ahora Laura me mira con el ceño fruncido y yo la sonrío sin tener ni idea de que va el tema. Sin hacer ni caso a lo que le está diciendo José María se baja de la acera y se acerca a mi ventanilla haciéndome un gesto para que la baje.

- ¿Quieres que me quede esta noche contigo? – pregunta sin más.

Miro hacia donde están ellos, que me devuelven la mirada interrogantes.

Jordi tiene un ruego en la mirada que no me pasa por alto.

- No – me voy a meter en la cama según llegue – digo.

- ¿Seguro? – insiste.

- Seguro – contesto con el tono más creíble que encuentro en mi garganta.

- Mañana te llamo – dice antes de colar su cabeza por la ventanilla y darme un beso en la mejilla – llámame a cualquier hora si me necesitas

- me susurra en el oído para que nadie escuche el comentario.
- Está bien mamá – bromeo.
- No te pases listilla – me dice divertida – me has dado un susto de muerte.
- Lo siento – respondo algo más seria – no sé qué me ha pasado.

Nos despedimos con una mirada cómplice, mientras ella hace un gesto con las manos recordándome que la puedo llamar. Lanzo un beso y la guiño un ojo, deseándola un fin de noche interesante.

José María se sube en el coche y se incorpora al carril. Mientras esperamos a que el semáforo se abra para girar en dirección a la puerta de mi edificio. Observo con sorpresa como mi amiga, al contrario de lo que yo pensaba, en vez de meterse al metro, gira la esquina en dirección a la Gran Vía. Jordi le pasa un brazo por los hombros arrimándola a él y ella le abraza por la cintura dejándose querer. En ese momento soy consciente de los ojos de José María clavados en mí y dejo de mirar con un carraspeo.

- No tenías porqué llevarme hasta la puerta – digo intentando disimular mi momento espionaje – podía haber ido andando.

Él sonrío divertido, pero no me contesta.

Bueno da igual, pienso, no voy a discutir por una tontería. Si se queda más a gusto dejando me la misma puerta... pues ya está.

Me preparo para salir cuando veo que llegamos a la puerta del edificio. Pero mi chofer pasa de largo.

- ¿Dónde vas? – le digo muy seria.
- A aparcar – dice.
- ¿Para qué? – Ahora sí que le miro fijamente y soy consciente de que mi gesto va a juego con mi tono borde.
- Porque yo también quiero ir a mi casa – contesta tan tranquilo.
- Ah... - le sigo mirando.

No me lo puedo creer, cuando enfila por la rampa del garaje de mi edificio y abre la puerta con un mando a distancia que saca de la guantera.

- ¿Vives en este edificio? – pregunto cómo una tonta.
- ¡Qué coincidencia! – contesta mientras maniobra aparcando el coche, en la que debe ser su plaza.
- Si – digo pensativa – nunca te he visto.
- Seguramente no tenemos los mismos horarios – dice mientras se desabrocha el cinturón de seguridad y se gira para encararme.
- Claro – contesto mientras yo también me libero.
- Llevo dos meses de gira – aclara – regrese el viernes justo antes de la actuación en Moroco.

Ah... por eso llegaba tarde.

De repente cambia su mirada de mi cara a mis manos.

- ¿Te duele? – pregunta con gesto de preocupación.
- Ahora no – contesto agradeciendo el cambio de tema – me han puesto calmantes.
- Tengo que ir a la farmacia – digo de repente. Me acabo de acordar que no hemos comprado la medicación.
- Me acerco ahora mismo a una farmacia de guardia – contesta, mientras sale del coche y se dirige hacia mi puerta para abrirmela.
- No es necesario – digo – mañana por la mañana me acerco yo.

No me contesta mientras nos dirigimos hacia el ascensor.

El ascensor me relaja como siempre, pero en esa ocasión, el conocimiento de la procedencia de aquel olor me reconforta mucho más. Siento sus ojos clavados en mí mientras me observa, como si necesitara entrañar algún enigma, pero yo no le presto demasiada atención. Subo las veinticinco plantas con los ojos cerrados, disfrutando del momento. Definitivamente la medicación que me han puesto en el hospital está afectándome.

Cuando bajo en mi planta él me sigue.

- ¿No me digas que tu apartamento también está en esta planta? – pregunto divertida.
- No – contesta devolviéndome la sonrisa.

- Ah – me le quedo mirando con las llaves en la mano sana. -  
¿Entonces? – le miro con una ceja levantada.
- El informe – dice.
- ¿Qué?...
- Voy a ir a la farmacia y no sé qué tengo que comprar – explica.
- Pero...
- No soy una persona que ceda fácilmente – informa – puedo estar aquí el tiempo que sea necesario hasta que me lo des.

Al final cedo yo. Intento abrir la puerta, pero soy totalmente diestra y no atino. Una enorme mano se posa sobre la mía y hace el giro. Ese simple roce provoca que una corriente de deseo recorra mi piel.

¿Habrá sentido él lo mismo?

Entro en mi apartamento y me dirijo a la cocina, dejo el bolso en la encimera para poder sacar el informe del hospital. Me han recetado antibióticos y sin un informe no se los van a dispensar.

Miro hacia atrás para darle el informe junto con un billete de cincuenta euros, pero no le veo. Salgo de la cocina hacia el pasillo y compruebo que está apoyado en el quicio de la puerta, todavía en el pasillo.

- ¿Qué haces? – digo sorprendida.
- No me has invitado a entrar – responde.

- Oh... - es lo único que sale de mi boca.

Le tiendo el informe y el dinero. Él coge lo primero y me deja con lo segundo en la mano, mientras se da la vuelta y se va. Cierro la puerta y me quedo dentro mirando la madera con cara de tonta.

¡Joder qué coño ha pasado conmigo en menos de cuarenta y ocho horas!

Me dirijo hacia mi dormitorio, mientras lucho con la manga de mi abrigo para poder sacarla por la mano vendada. Después de hacer un poco el bestia, provocando el sonido desgarrado de una de las costuras, consigo quitármelo. El suéter está completamente insalvable, aparte de estar lleno de sangre, en urgencias lo han cortado a la altura del codo. Me lo saco por la cabeza y lo tiro a la papelera del baño. Con un gran esfuerzo por mi parte, me descalzo, me quito los pantalones, la ropa interior, me recojo el pelo con una pinza y me meto en la ducha. Me lavo como puedo con la mano izquierda y con todo el cuidado que puedo para no mojarme la venda. Salgo en menos de cinco minutos y me seco rápidamente.

Estoy envuelta en la toalla cuando suena el timbre.

Mierda. Sí que es rápido.

Me envuelvo bien en la enorme toalla de baño que me llega por debajo de las rodillas y recorro el pasillo descalza. Abro la puerta y le invito a entrar.

- Pasa – digo mientras me sujeto la toalla hasta el cuello.

Él me mira con los ojos entornados desde su altura que, ahora que estoy descalza, se me antoja mucho más impresionante, mientras sostiene una bolsita de plástico en su mano.

- Discúlpame un momento – digo mientras me hecho a un lado dejándole pasar – ponte cómodo mientras me visto.

José María hace lo que le digo sin dejar de mirarme. Yo huyo hacia mi habitación para vestirme y tranquilizarme, antes de volver a enfrentarme a ese hombre que me descoloca como a una adolescente.

Me pongo un conjunto de leggins y camiseta del gimnasio que hace ya tiempo que solo sirve para estar por casa y, después de respirar hondo un par de veces, abro la puerta de mi dormitorio y salgo por el pasillo calzada únicamente con unos calcetines gruesos.

Llego a mi sala de estar y no veo a nadie. Miro hacia la cocina buscando el enorme cuerpo de mi acompañante y, por el rabillo del ojo, me doy cuenta que la puerta de mi consulta está abierta. Bueno no es nada raro, pues tengo la costumbre de no cerrarla, pero hace un momento la luz no estaba encendida.

Me quedo en el umbral apoyada en el quicio de la puerta, mientras le observo sin decir nada. Está buscándome en la foto de la orla de la universidad que tengo colgada en la pared junto con mi título y varios diplomas de diferentes

cursos de master y postgrado. Sé que es consciente de que le estoy mirando, pero sigue leyendo como si no estuviese allí.

- Impresionante – dice al cabo del rato.
- No tanto – contesto modesta.

Coge un ejemplar de mi libro de la estantería y observa la portada, le da la vuelta para leer la sinopsis y cuando termina me mira con curiosidad.

- ¿Dónde puedo conseguirlo? – pregunta.
- Si lo quieres te lo puedes quedar – respondo.
- Pero lo quiero firmado – dice mientras se acerca a mí con él en la mano.

Me quedo en el sitio sin dejar de mirarle. La medicación debe haberme quitado el sentido de la vergüenza, entre otras cosas, pues no me siento intimidada. Él se acerca más a mí mientras me mira fijamente. Le tengo tan cerca que su calor corporal me envuelve. Clavo mis ojos en sus labios, esperando, mejor dicho deseando, sentirlos sobre los míos. Pero el momento es roto, cuando él se mete la mano en el bolsillo interior de la americana, sacando un bolígrafo el cual me tiende.

Me cuesta unos segundos salir de mi estado de enajenación, pero cuando lo hago me pongo como un tomate. Me siento tan estúpida que me cabreo, le quito el bolígrafo de la mano junto con el libro. Evitando su mirada le rodeo

y me dirijo hacia mi escritorio. Me siento en mi sillón profesional, en un intento desesperado de recuperar el control de la situación. Abro el libro por la primera página y escribo con cuidado con la mano vendada, mientras sujeto el bolígrafo como puedo con las yemas de los dedos:

Para ti José María,

Espero que cuando conozcas mi verdadero yo, no te sientas decepcionado.

Carolina.

La letra sale un poco rara pero soy incapaz de hacerlo con la otra mano.

Cierro el libro y se lo tiendo junto con su bolígrafo, con la seguridad que me da estar sentado al otro lado de la mesa.

José María lo coge sin dejar de mirarme a los ojos y solo los retira para leer la dedicatoria.

- Entiendo que estás interesada en que nos volvamos a ver – afirma.
- Dado que somos vecinos... - replico algo más segura de mi misma.

Mi barrera protectora esta comenzado a endurecerse y le mantengo la mirada. Él me devuelve la mirada con una ceja levantada y con algo de diversión en el gesto, cosa que no me hace demasiada gracia, pues me siento demasiado vulnerable y no me gusta que me mangoneen.

Bueno parece ser que “mañana” ya está aquí y sus consecuencias me están

comenzando a agobiar.

Apoyo las manos en la mesa en un gesto profesional muy mío, el cual utilizo cuando me levanto de mi sitio dando la sesión por terminada. Pero, en esta ocasión, no tengo el cuidado necesario con la mano accidentada y un ramalazo de dolor me recorre todo el brazo hasta el hombro, haciendo que se me revuelvan las tripas. Debo de haberme quedado blanca, pues él se acerca a mí con gesto preocupado. Yo me he vuelto a sentar en el sillón y disimulo el dolor como puedo, sin dejar de mirarle muy seria.

- Creo que necesito tomarme un analgésico – digo con el hilo de voz que me sale por la garganta debido al dolor.
- Deberías comer algo antes – aconseja.

Me levanto despacio, comprobando que la cabeza no me dé vueltas y me dirijo hacia la puerta. Él me sigue hasta la cocina con su abrigo colgado del brazo y la bolsa de la farmacia en la mano.

- ¿Quieres café? – le digo mientras me desvío hacia la cocina.
- Eh... vale – contesta sorprendido.

Soy consciente de que se pensaba que le estaba acompañando a la salida y, la verdad, esa era mi intención cuando me he levantado dirigiéndome hacia el pasillo, pero algo en mi interior se niega a separarse de él y busca cualquier excusa para retrasar la despedida.

Cargo de agua la Nexpresso y rebusco en la cesta en la que guardo las capsulas.

- ¿Cómo te gusta? – pregunto.
- Ummm – el tono me hace darme la vuelta.
- El café – especifico con una capsula de cada en la mano – ¿solo o con leche?
- Solo – contesta risueño – me gusta saborear la esencia pura de las cosas.

No contesto mientras me doy la vuelta roja como un tomate, consciente del doble sentido de sus palabras.

Trasteo por la cocina mientras siento los ojos de él pegados a mí espalda. Por fin tengo preparado su café solo, el mío con leche, un vaso de agua y un platito con dos trocitos de bizcocho casero que me trajo la madre de una paciente la semana anterior y que no he probado todavía.

Saco una capsula de Nolotil y la dejo en el platito de mi café. Ahora tengo un problema con la bandeja y mi mano, pero José María se acerca como si me estuviera leyendo la mente y la coge mientras me mira esperando instrucciones. Yo le miro y me adelanto por el pasillo en dirección a mi sala de estar. Él lo deja en la mesa de centro y se sienta a mi lado en el sofá. Nos tomamos el café en un incómodo silencio, yo pellizco un trocito de bizcocho

para tener algo en el estómago y después me tomo la capsula con el vaso de agua.

Me mira y atisbo en su mirada la lucha interna que mantiene. Cuando pienso que se va a abalanzar sobre mí, se levanta y se dirige hacia la silla donde ha dejado su abrigo.

- Muchas gracias por el café – dice – te dejo que descanses.
- Ah – digo sorprendida.

Le sigo hacia la puerta mientras le estudio por detrás. Es realmente un hombre imponente, su sola presencia hace estragos con mi lívido. Estoy segura que sería capaz de hacer cualquier cosa solo con que me lo pidiera. Pero ahora se va y no puedo evitar sentirme decepcionada y algo frustrada. Pero mi personalidad me impide tomar la iniciativa, lanzarme sobre él y arrastrarle de un brazo hasta mi cama, para que hiciera conmigo lo que sea que le está rondando por la cabeza.

Abre la puerta y se gira hacia mí. Me mira y, esta vez sí, me coge de la barbilla y acerca sus labios a los míos rozándolos con delicadeza primero, para cuando comprueba que no me retiro, besarme con mucha más pasión invadiendo mi boca con su lengua en un beso tan caliente que siento que se me doblan las rodillas y me tengo que sujetar al quicio de la puerta con la mano izquierda. Él se separa de mí y me mira fijamente.

- No creas que siempre soy tan respetuoso – espeta.

Y después se va por las escaleras en dirección ascendente.

Cierro la puerta y me voy hacia mi dormitorio, me desnudo y me meto entre las sábanas.

El silencio de la noche acentúa el sonido de unos firmes pasos en el piso de arriba.

**UN CORREO DESAGRADÁBLEMENTE INESPERADO, UN  
DESAYUNO MUY INTENSO Y UN PATETICO INTENTO POR  
CONTROLAR LA SITUACIÓN.**

El teléfono comienza a vibrar como loco sobre mi mesilla despertándome del extraño sueño en el que me encuentro.

En mis sueños, Celia la cantante de jazz, me apuñalaba la mano con un enorme cristal mientras me grita “¡¡MI LOCO ES MÍO!!” repetidas veces, provocándome un dolor lacerante que me está revolviendo el estómago.

Cuando por fin me encuentro por completo en la realidad, me siento aliviada porque todo haya sido un sueño aunque, desgraciadamente, no todo se queda en la irrealidad.

La mano me está matando.

Me levanto en dirección al baño, después me dirijo a la cocina para meter algo en mi estómago y poder tomarme otra capsula contra el dolor. Regreso a mi cama y vuelvo a tumbarme mientras, ahora sí, cojo el teléfono de mi mesilla.

Tengo dos llamadas perdidas e innumerables mensajes.

Miro primero las llamadas, pues estas suelen ser más urgentes y compruebo que las dos son de Laura. Marco rellamada y espero a que me lo coja.

- Buenas tardes “Bella Durmiente” – suelta con voz de llevar levantada mucho tiempo.
- Es domingo y nos acostamos a las tantas – me defiendo.
- ¿Qué tal la mano? – cambia de tema.
- Bien – miento.
- ¿Duele? – pregunta – ayer se nos olvidó parar en la farmacia.
- Fue José María – suelto sin pensar en las consecuencias.
- Ah – dice con tonito de listilla – tu vecino.
- Eso parece – contesto todavía alucinando por la coincidencia – no tenía ni idea, al contrario de ti.
- Me enteré cuando nos bajamos del coche – suelta entre risitas - El destino tiene su propio sentido del humor.

Consigo terminar la conversación cómo puedo que, por cierto, me está poniendo de los nervios y logro convencer a mi maternal amiga de que no es necesario que venga a verme, alegando que quedamos el lunes por la mañana temprano para ir a que me levanten la venda y me realicen la cura tal y como indica en el informe.

Ya cuento con una cita en la enfermería de mí centro de salud. La programé

anoche a través de internet antes de poder dormirme.

Enciendo mi PC y continuo leyendo los mensajes que invaden mi email. Varios son tonterías de publicidad y los voy borrando, hasta que llego a uno que me provoca el cosquilleo propio que da la adrenalina, y no de una manera agradable, es la desagradable sensación de cuando te tropiezas en una escalera y estas a punto de dejarte los dientes contra el borde de uno de los escalones y necesitas comenzar a rascarte el cuello hasta arrancarte la piel a tiras.

Pues esa es la sensación que tengo en este momento.

Allí, como si lo hubiera planeado el mismísimo Diablo, hay un mensaje de Alfredo. Hago varias respiraciones profundas y después doble click con el ratón sobre él.

*“Hola preciosa”*

Dice el muy cabrón, como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

*“Como no sé dónde vives ahora, no he podido ir a recordártelo en persona. Espero que te acuerdes de la conferencia que tenemos el próximo viernes y que lleva programada desde el año pasado. Si me indicas tu dirección paso a recogerte”*

Mierda. Con tanto lio se me había olvidado la conferencia.

Esta había sido programada con casi un año de antelación, porque se esperaba que asistiera un profesor especialista en Psicología Moderna de la universidad de Oxford y por motivos de su apretadísima agenda no podía ser antes.

No me apetece nada de nada cruzarme con mi ex, pero tampoco puedo faltar, es muy importante y mi lado profesional no debe verse afectado por el personal.

*“Allí estaré”*

Después de contestar al correo, cierro el ordenador y otros pensamientos invaden mi mente. Miro inconscientemente hacía arriba. Imagino que él está acostado justo encima de mí y me recorre una sensación de ansiedad que reconozco como deseo. Estoy segura de que su apartamento está justo encima del mío, los pasos largos y firmes que escuche antes de poder dormirme no podían ser de otra persona.

Además, nunca he escuchado ningún ruido procedente del piso superior y dado lo que él me ha comentado sobre todo el tiempo que ha estado fuera de allí...

Ese hilo de pensamiento se corta cuando el ruido de la ducha del piso de arriba llega hasta mis oídos. Me imagino el poderoso cuerpo de José María desnudo y mojado bajo el agua y la respiración se me acelera.

Mi mente me trae el recuerdo del beso que me ha dado tan solo hace unas horas, mientras mi lengua recorre mis propios labios en un movimiento reflejo. Todo mi cuerpo responde de una manera sexual, con el simple pensamiento de lo que podía haber ocurrido si no hubiese estado accidentada. Nunca me he sentido tan extremadamente atraída por nadie, ni siquiera en los primeros años de mi relación con Alfredo mi cuerpo ha reaccionado de una manera tan brutalmente sexual. Estoy literalmente babeando como una hembra en celo con el solo pensamiento de José María besándome, tocándome, poseyéndome por completo...

Uff

El agua se corta y después de unos segundos que interpreto en mi mente como un atractivo cuerpo desnudo secándose con una toalla, escucho el sonido de un secador de pelo, más pasos, sonidos que no se interpretan, el timbre de su puerta y el golpe de la puerta cerrándose.

Tiene invitados.

O alguien que ha venido a buscarle.

¿Será la tal Celia?

¡¡PLAS!!

Primera colleja mental de las pronosticadas el día anterior.

Miro el reloj de mi mesilla y compruebo que son las 15:30. Vuelve a sonar la puerta de arriba y el sonido de las llaves cerrándola.

Vale, se va. Pienso mientras me doy la vuelta en la cama con la intención de dormir un poco antes de darme unas cuantas bofetadas mentales por ser tan estúpida.

¿Qué coño hago espiando a un vecino?

Consigo dormir durante gran parte de la tarde. Sobre las 20:00 me levanto y me preparo algo de cena. La bandeja de los cafés de la noche anterior sigue en la mesa de centro y la llevo como puedo hasta la cocina. El hecho de limpiar los restos del temprano café, hace que los recuerdos también se vean mucho más nítidos, limpios y ordenados. Analizo todo lo que ocurrió la noche anterior y lo simplifico en un estado de locura transitoria, el cual ya está decayendo y que no pretendo volver a cometer. El cansancio, la bebida, los analgésicos y las impotencia creada por mi ruptura sentimental, me han llevado a creer que tengo la absurda necesidad de cometer el error de dejarme llevar con ese hombre que acabo de conocer y el cual, visto lo visto, no tiene el mismo sentimiento hacia mí o, mejor expresado, únicamente hacia mí.

*“No creas que siempre soy tan respetuoso”*

¡¡PLAS Y PLAS!!

Vale. Está claro que es un hombre que va al grano. Solo hay que verle, puede

tener a casi cualquier mujer que quiera. Seguramente que su cupo de buenas acciones por una mujer torpe que se ha accidentado por imbécil, lo ha cubierto por lo que le queda de vida.

Intento reservar los siguientes sopapos para más adelante mientras enciendo la televisión. Enseguida encuentro una película pasable y me acomodo en el sofá para verla envuelta en una manta.

Mejor será que deje de pensar en tonterías o voy a terminar teniendo que tumbarme en el diván de algún colega.

Laura y yo estamos sentadas en la sala de espera de la consulta de enfermería en la cual estoy citada. Son las 9:00 de la mañana cuando la puerta se abre y el profesional que ocupa esa sala pronuncia mi nombre.

- ¿Quieres que entre? – me pregunta mi amiga.
- No hace falta – contesto – saldré enseguida.

Me da igual que entre o que no, pero sé que a Laura el tema de la sangre y de las heridas no le hacen mucha gracia. No sé cómo la noche del sábado pudo guardar el tipo y no tener que ser atendida ella también por el SAMUR. Aunque le agradezco enormemente que esté dispuesta a entrar si yo se lo pido.

Es una muy buena amiga y en ese momento siento mucha gratitud hacia ella.

El enfermero es un hombre de mediana edad muy agradable. Me gusta el

tono de voz que utiliza cuando me habla y estoy por felicitarle por la psicología hacia el paciente de la que hace gala, pero me lo guardo.

No quiero que me tache de listilla.

Me levanta la venda y examina mi herida. Se disculpa mientras se ausenta unos segundos a la consulta de al lado introduciéndose a través de las puertas interiores. Yo aprovecho para observar mi lesión. Es una buena herida que atraviesa la palma de mi mano de lado a lado.

Enseguida el enfermero vuelve a entrar, acompañado por una mujer que me sonrío profesionalmente.

La doctora examina la herida y da instrucciones al enfermero, revisa mi informe y después de darme unas recetas, se despide con una sonrisa profesional dejándome de nuevo a solas con el enfermero.

- Está cosido muy bien – dice mientras trabaja.
- Si – contesto - me atendió un cirujano plástico.
- Se nota – sigue mientras me vuelve a vendar – va a quedar una cicatriz muy finita.
- Bueno... - digo siguiendo la conversación.

Cuando termina su trabajo, el enfermero me da instrucciones para que en tres días vuelva a curarme.

Cuando salgo de la consulta me encuentro a Laura en la sala de espera

escribiendo en su móvil. Luce una tonta sonrisa en la cara, que me hace recordar en la forma que abrazaba a Jordi en sábado de madrugada. Me siento culpable por no haberle preguntado por ello y cuando salimos a la calle me decido a comenzar la conversación.

- ¿Qué tal con Jordi? – pregunto como si tal cosa.
- Biiieeen... - suelta sujetando su tonta sonrisa.
- ¿Biiieeen?... - la imito divertida.
- Ayer estuve en su casa y, sí, bien... muy bien – asegura.
- ¿Dormiste en su casa? - pregunto sin pensar y al momento me arrepiento de la tontería que he preguntado.
- Bueeeeno... - se ríe – lo que se dice dormir.
- Ya supongo – me corrijo – he formulado mal la pregunta.
- Estuvimos en su piso y lo pasamos bien – explica.
- ¿Habéis vuelto a quedar en veros? – pregunto con tono despreocupado.
- Pues... - ahora Laura me mira extrañada – no concretamos.
- Ah – intento ignorar su escrutinio.
- Me fui de su casa cuando aún estaba dormido – explica – y antes... no tuvimos mucha conversación – me guiña un ojo.
- Ah – repito.
- Te veo muy interesada – me dice.

- No sé – contesto – hacéis buena pareja – y me cae bien.
- Mira Carol – ahora Laura se pone seria – conozco a Jordi desde hace mucho tiempo y no sé si es el tipo de hombre que elegiría como pareja en el sentido estricto de la palabra.
- Ya – reconozco que tiene razón – pero ayer se portó muy bien y...
- ¿De quién estamos hablando? – Laura se ha parado y me sujeta del brazo para que la mire.
- Pues... - pillada.

Laura mantiene su mano en mi brazo para que no siga andando y me mira muy seria.

- Carol – comienza – salir de vez en cuando con este tipo de hombres es divertido, pero intentar algo más profundo con ellos... creo que sería un enorme un error. Ellos están acostumbrados a otro ambiente muy diferente. La noche es un mundo aparte y no quiero que te hagan daño.

Sigue mirándome mientras espera una contestación por mi parte, pero yo no sé qué decir. Sé que tiene parte de razón, pero yo no soy ninguna jovencita imbécil a la que se puede mangonear tan fácilmente. Bueno, ya he pasado por eso y no creo que volviera a ser tan idiota de volverme a dejar engañar con la misma facilidad. Además yo no busco una pareja estable, simplemente me

apetece vivir una aventura y si es con mi atractivo vecino de arriba, me apetece mucho más.

Solo una aventura, sin nada más profundo.

- Está bien – miento – tienes razón.

Seguimos andando hasta mi apartamento y cuando llegamos recuerdo que no le he comentado nada sobre la conferencia del viernes.

- Tengo que pedirte un favor profesional – digo de repente.

- Dime – me mira intrigada.

- El viernes es la conferencia sobre Psicología Moderna en la universidad y no voy a poder pasar la consulta de la asociación – explico - ¿Podrías hacerte cargo de dos de mis pacientes de la mañana? He conseguido avisar a casi todos, pero hay dos que no contestan al teléfono, igual no acuden... pero por si acaso.

- No hay problema – contesta.

- Gracias – digo mientras me acerco a darle dos besos de despedida – luego te paso las historias para que las revises.

- Estará Alfredo – afirma – yendo hacia donde yo no quería que fuera.

- Sí – digo en tono hueco.

- ¿Estarás bien? – me mira fijamente, analizando mi expresión -

puedo anular mis citas y acompañarte.

- ¿Y los que no localices? – pregunto.

- Le diremos al conserje que ponga un cartel en la puerta y que se acerquen por la tarde – resuelve.

- No – digo – prefiero enfrentarme sola. Ya ha pasado el suficiente tiempo como para que me enfrente a la situación de encontrarme con él.

- Está bien – cede Laura – pero si me necesitas, me llamas.

Me doy media vuelta en dirección hacia la escalera que separa la acera de la entrada de mi edificio, el atractivo olor que me vuelve loca llega a mi nariz dejándome algo descolocada. Inmediatamente reconozco la alegre voz de Jordi.

- Buenos días chicas – dice mientras se dirige directo hacia Laura – me acabáis de alegrar la mañana.

Jordi pasa por mi lado y me guiña un ojo, pero está claro cuál es su objetivo. Llega hasta Laura de dos zancadas y, levantándola en vilo, la besa en los labios sin ningún pudor. La multitud de gente que atesta las aceras de Plaza España a esas horas les esquiva sin prestarles mayor atención.

Yo, en cuanto soy consciente de que tengo la mirada clavada en ellos, me doy la vuelta y sigo mi camino. Pero no soy capaz de dar un paso cuando me

chocó contra un enorme cuerpo que no había sido consciente que tenía tras de mí.

José María me sujeta para que no me caiga hacia atrás. Yo levanto la vista y me deleito con el corte de su mandíbula, mientras mi cabeza da vueltas por su aroma que desprende su ropa. Me mira tras sus oscuras gafas de sol, las cuales le dan un toque chulesco, las cuales le hacen todavía más atractivo si cabe.

¿Desde cuándo me atraen los chicos malos?

- Ten cuidado – dice divertido – o van a empezar a tutearnos en urgencias.
- Eh... perdón – digo – no te había visto.
- Es una pena – dice para sí mismo.
- ¿Dónde vas tan deprisa? – pregunta.
- A casa – digo intentando recomponerme.
- ¿Habéis desayunado? – La voz de Jordi suena tras de mí.

Miro mi reloj. Son las 11:00 de la mañana y hace más de tres horas que me tomé un café con unas galletas en casa. Miro a Laura que está con las mejillas arreboladas tras el efusivo saludo de Jordi y que me devuelve la mirada interrogante.

- ¿He preciosa? – le dice Jordi mirándola directamente a ella – me

dejas invitarte.

- Bueno – Laura mira su reloj y después a mí– tengo una hora.
- Vale... - acepto.

Jordi la coge de la mano y echa a andar hacia la plaza en dirección a la GranVía. José María se sitúa a mi lado y me posa la mano en la cintura instándome a andar tras ellos. El toque de su mano en la parte baja de mi cintura lanza destellos de calor por todo mi cuerpo. Él, como si fuera consciente de ello, mantiene su mano sobre mí durante todo el camino.

Entramos al Starbucks y nos sentamos en una mesa que está rodeada de sillones de cuero. José María se sienta a mi lado, mientras Jordi pregunta que queremos y se va hacia la barra con Laura a pedirlo.

Siento los ojos de mi acompañante clavados en mí. Este se ha quitado las gafas de sol y se las ha colocado en el bolsillo de su americana.

- ¿Qué? – digo sin poderme contener.
- Intento desentrañar el misterio – suelta sin más.
- ¿Qué misterio? – pregunto sin saber de qué va.

Este hombre me pone extremadamente nerviosa y los nervios están derivando en un cabreo de campeonato conmigo misma por no ser capaz de controlar la situación.

- El motivo por el cual pude contenerme – explica.

- Me besaste – joder que tonterías estoy diciendo.
- Créeme cuando te digo que lo recuerdo perfectamente – dice mientras me mira los labios y se relame los suyos – lo que no entiendo es como tuve la fuerza de voluntad para dejarlo ahí.
- ¿Ah...?

En ese momento aparecen Jordi y Laura rompiendo el incómodo momento. Dejan la bandeja con los desayunos sobre la mesa y yo lo agradezco pues, la situación se estaba poniendo demasiado intensa.

La hora pasa deprisa y despacio, tengo una sensación vertiginosa. Pues, aunque me siento extraña en la situación y mi mente detecta el peligro en el que se encuentra, mi cuerpo la busca y no quiere separarse de ella.

En ese momento es como si fuese dos personas diferentes. Una racional, la cual necesita protegerse de la situación de peligro que conlleva relacionarse con un hombre como el que está a mi lado y otra, más salvaje y primaria, que es la que dictan mis hormonas femeninas y mi cuerpo, la cual se siente salvajemente atraída por el impresionante macho que tengo a mi alcance.

Pero al final mi mente gana esa mano y me levanto de mi asiento, despidiéndome y agradeciendo la invitación. No doy tiempo a que nadie pueda replicarme cuando estoy saliendo por la puerta de la cafetería en dirección a mi casa.

Llego a mi apartamento en tiempo record y me quito el abrigo dejándolo colgado en la percha de la entrada. Recorro el pasillo y me meto en la habitación que utilizo de consulta. Me tumbo en el diván y miro hacia la ventana.

Necesito volver a tomar el control de mi vida.

## **VARIAS INCOHERENCIAS, TENSIÓN SEXUAL ATENDIDA Y VUELTA A LA REALIDAD.**

Llevo unos quince minutos tumbada en mi diván cuando suena el timbre de mi apartamento. Me levanto sorprendida, pues no tengo ninguna cita esa mañana, ya me encargue de reasignarlas todas el día anterior y todos mis pacientes me contestaron afirmativamente.

Hecho un vistazo por la mirilla y mi corazón se desboca cuando compruebo quien está al otro lado de la puerta. Dudo si abrir durante unos segundos, pero mi mano se dirige por libre hasta el picaporte presionándolo hacia abajo, mientras mi brazo tira haciendo que la puerta se abra de par en par.

Maldito sea mi lado instintivo.

José María me mira con los ojos entornados desde el umbral de la puerta. Un cosquilleo de adrenalina se descarga desde mis glándulas suprarrenales por todo mi torrente sanguíneo, poniéndome instintivamente en alerta.

Mi parte racional reconoce esta como una situación de peligro. Pero otra parte de mí, mucho más primitiva y salvaje, la cual no estoy acostumbrada a reconocer, me impulsa salvajemente hacia el imponente macho que esta frente a mí.

Sé que está esperando por un gesto mío que le invite a entrar y no tardo en

echarme a un lado concediéndoselo. Él no se hace de rogar y da un paso hacia mí, entrando en mi casa con su cuerpo y en mi boca con su lengua.

Me besa con tanta intensidad mientras me acerca a su cuerpo con sus fuertes brazos, que me mareo y doy gracias a que me está sujetando contra la pared del pasillo, porque si no estoy segura que daría con mis huesos en el suelo.

Su boca me devora mientras una de sus enormes manos viaja hacia mi pelo, quitándome la pinza con la que me lo he recogido en un moño desenfadado. Todos mis rizos se derraman salvajes por mis hombros y mi cara. Me doy cuenta de que le gusta cuando separa su cara de mí y me observa mientras de su garganta sale un sonido de aceptación. Sus manos ahora bajan por mi espalda hasta llegar a mí trasero y me impulsa hacia arriba animando a que abrace sus caderas con mis piernas, cosa que hago con gusto.

Recorremos el pasillo de mi casa en esa postura mientras nos devoramos la boca. Él carga conmigo todo el camino como si no le costara ningún esfuerzo y eso a mí me pone como una moto. Llegamos a mi dormitorio y yo abro la puerta para que él no tenga que quitar las manos de donde las tiene en ese momento.

Me tiende sobre la cama y me observa de pie desde su impresionante altura mientras comienza a quitarse muy despacio la americana. Yo le miro desde mi posición totalmente cautivada. Cuando soy consciente de que me he

quedado embobada, reacciono y me saco el suéter que llevo por la cabeza, quedándome en sujetador. José María ya se ha quitado la camisa dejándola caer al suelo y está manipulando el cinturón de sus pantalones. Me tumbo en la cama y me quito los vaqueros lanzándolos a la pila de ropa que hemos creado en el suelo. Mis ojos viajan por su cuerpo y me falta el aliento en el momento que llego a la parte de su bóxer que marca una impresionante erección.

Joder. Demasiado tiempo sin sexo.

Él me mira con un gesto de chulería muy suyo y yo repto de espaldas por la cama animándole a que me acompañe.

No se hace mucho de rogar.

En menos de dos segundos le tengo sobre mí, recorriendo mi cuerpo por completo con sus manos, mientras me besa con la pasión que ha demostrado hasta el momento. Su boca ahora me recorre la mandíbula, mientras me da pequeños mordiscos excitándome hasta unos extremos para mí desconocidos.

Yo, por mi parte, le acaricio la enorme espalda deleitándome por su tamaño. Nunca hubiera pensado que el sentirme pequeña me resultara tan excitante. De un enérgico giro nos da la vuelta a ambos colocándome ahora tumbada sobre él, sus manos aprovechan para soltar mi sujetador y yo le ayudo para quitármelo del todo. José María me empuja del culo hacia arriba, hasta que

uno de mis pezones está a la altura de su boca y lo succiona con tanta intensidad que la sensación me reverbera en el clítoris. Un erótico jadeo sale de mi garganta y él me mira con gesto satisfecho, mientras va a por el otro pezón.

Como siga a ese nivel voy a llegar al orgasmo demasiado rápido.

Somos un nudo de piernas, brazos, manos, labios y lenguas retorciéndonos sobre mi cama. Yo estoy a horcajadas sobre él, mientras continúa atormentándome los pezones haciéndome jadear como una loca. Pero el jadeo se convierte en un grito ahogado cuando, desplazándome las bragas hacia un lado, un enorme dedo recorre todo mi sexo desde la vagina hasta el clítoris y vuelta. Soy consciente de lo húmeda que estoy por lo resbaladizo que siento el toque. Mis caderas comienzan a moverse sin control buscando el erótico roce, pero este desaparece durante unos segundos mientras sus manos me elevan y tiran hacia abajo de mi ropa interior, quitándonosla de en medio.

En ese momento soy consciente de que él sigue con la suya puesta y decido tirar de ella para que nada material se interponga entre nosotros.

Estoy sentada sobre sus piernas mirando hacia su erección, él me observa desde mi cama con las manos en su nuca.

- Soy todo tuyo nena – dice – puedes hacer conmigo todo lo que se te está pasando por la cabeza.

Siento como me sonrojo, pero sigo a lo mío. La excitación es tan grande que puede con la vergüenza.

Coloco mi sexo desnudo sobre su erección y comienzo a acariciarle el torso con la yema de mis dedos, mientras muevo en círculos mis caderas sobre él excitándonos. La media luz que riega mi habitación y que entra a través de los agujeros de la persiana casi bajada, crea un agradable ambiente, permitiendo vernos pero sin que la claridad sea molesta. Oigo como jadea por mis movimientos, mientras sus manos salen de detrás de su cabeza para ir a parar a mi trasero.

Cuando ya no puedo más, me estiro para alcanzar el cajón de mi mesilla en el que guardo un par de preservativos. Me los dieron hace unos meses en la Junta y Laura insistió en que los guardara “*por si las moscas*” a lo cual yo contesté que se iban a caducar.

Ganaron las moscas.

Rasgo el paquetito con las manos mientras sigo tumbada sobre mi amante, pues él ha aprovechado la postura para volver a meterse uno de mis pezones en la boca mientras me masturba con uno de sus dedos por detrás. Yo jadeo y me vuelvo loca con el paquetito en la mano. Siento como uno de sus dedos se introduce en mi vagina y grito, pero no quiero correrme sola y me levanto obligándole a que lo saque. Le coloco el preservativo lo más rápidamente que

puedo y, levantándome sobre mis rodillas, me dejo caer sobre su erección introduciéndola dentro de mí. Estoy tan excitada que no siento ninguna molestia, aunque su pene sea el más grande que he disfrutado en mi vida.

Desde ese momento el instinto toma el mando y comienzo a cabalgarle salvajemente, él jadea mientras me estruja con sus manos las tetas, excitándome mucho más si cabe. Una de sus manos baja de mi pecho a través de mi abdomen y va directo a mi sexo. Con su dedo pulgar me masajea el clítoris haciéndome gritar mientras sigo montándole.

El orgasmo me arrasa afectando a todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. Grito como una loca mientras siento como él se está corriendo conmigo, empujado hacia arriba con fuertes empellones, mientras los músculos de mi vagina le ordeñan salvajemente.

Cuando el tremendo placer en el que me he sumido baja y desaparece, me dejo caer sobre el pecho de mi amante y siento como sus manos se enredan en mis rizos, ahora totalmente revueltos.

José María tira de mí y me devora la boca mientras su pene está aun dentro de mí. Yo me dejo hacer mientras levanto las caderas para sacarle. Mi lado racional se está haciendo fuerte y no quiero historias con preservativos que se quedan dentro.

Me dejo rodar hacia un lado de la cama y tiro de la sabana instintivamente

para cubrirme. Él me sujeta la mano rápidamente impidiéndomelo.

- Déjame disfrutar un poco más con la visión de tu cuerpo desnudo – me pide mientras pasa las yemas de sus dedos por el contorno de mi cadera.

No sé qué decir, así que no digo nada. Me quedo tumbada a su lado mirándole. Él continúa recorriendo suavemente todo mi cuerpo y observándome mientras me acaricia. Yo me relajo y me dejo hacer. Al contrario de lo que es común en mí, me siento bien en ese grado de intimidad con un desconocido. Si me hubieran preguntado sobre una supuesta situación igual o similar a esta hace tan solo una semana, habría contestado con una negación rotunda. Ni siquiera hubiera aceptado la simple posibilidad de ella. Me imagino la expresión de la cara de mi amiga Laura cuando se entere, porque vamos a ser sincera, se va a terminar enterando.

Una sonrisa se me dibuja en la cara.

- Tú sonrisa es un raro espectáculo, por el cual pagaría la más cara de las entradas – dice poéticamente mirándome directamente a la cara.
- No es tan raro – contesto algo sorprendida por el comentario – sí que sonrío.
- Créeme que lo recordaría – replica mientras recorre mis labios suavemente con sus dedos.

Beso sus dedos que saben a mí. Él enreda sus manos en mi loca y alborotada mata de pelo, mientras se hecha sobre mí besándome de manera sensualmente pausada. Lame mi garganta hasta llegar a mi clavícula, la cual recorre dándome pequeños mordiscos que vuelven a excitarme como si no hiciera tan solo unos minutos que he tenido el orgasmo de mi vida.

Mete una de sus piernas entre las mías instándome a abrirlas, dándose espacio para introducir sus caderas entre ellas. Siento que vuelve a estar excitado y mi sexo palpita por sentirse invadido por el suyo. Pero él no tiene esos planes, al menos no en ese momento.

Continúa bajando por mi cuerpo, con el sensual recorrido de su lengua hasta llegar a mis pechos, en los que hace una parada, los lame, succiona, muerde, sopla... me vuelvo completamente loca. Mi espalda se arquea, mis piernas se abren más por instinto y mis caderas se mueven en un baile sexual, buscando el roce que mi sexo les exige. José María continúa recorriendo en dirección descendente mi cuerpo, ahora me lame el abdomen y toda yo me tenso cuando soy consciente de sus intenciones. Sé que el sexo oral es algo tan natural como cualquier otro sexo, pero no sé si estoy preparada para tanta intimidad con alguien al que conozco tan poco como a él. Intento cerrar las piernas resistiéndome a ello, pero sus fuertes manos me lo impiden y, después del primer lametazo que recorre todo mi sexo desde el perineo hasta el clítoris, se me olvida el porqué de mi resistencia.

El placer me lleva a un estado de enajenación mental en la que, en ese momento y en ese lugar, nada es un problema lo suficientemente importante como para que yo impida a ese hombre que haga lo que está haciendo. Después de un tiempo que no sabría calcular, exploto gritando un orgasmo que me lleva al séptimo cielo ida y vuelta. Todavía estoy disfrutando con las contracciones que me está obsequiando mi vagina, cuando José María se coloca el segundo preservativo que yo he dejado en la mesilla y me penetra de un fuerte empujón. Comienza a bombear fuertemente y en seguida se deja ir con un brutal orgasmo que le hace gritar y derrumbarse sobre mí dejándome sepultada en el colchón mientras le envuelvo en un fuerte abrazo tanto con mis brazos como con mis piernas.

Rápidamente se da cuenta de que estoy manteniendo todo su peso y nos da la vuelta a los dos colocándome a mí sobre él y acariciando mi espalda. Yo que estoy totalmente exhausta por todo lo acontecido en los últimos días y sobre todo por el ejercicio físico que acabo de tener me quedo dormida sin poder remediarlo.

Me despierto sola en la cama. Miro alrededor y no veo ni rastro de mi amante ni de su ropa. Levanto la cabeza y veo la mía que está doblada a los pies de la cama. Se ha ido y no me he enterado. Mi mano me duele y me recuerda que necesito tomar la medicación. Seguramente esta sea la culpable, entre otras cosas, del profundo sueño en el que he estado sumida las últimas cinco horas.

Son las 18:15 de la tarde.

Me levanto, me dirijo al baño y abro la ducha. Me tapo la mano vendada con una bolsa, ajustándola con un coletero con la esperanza de que no se me empape. El agua caliente me reconforta y me quedo embobada bajo el chorro de la ducha, mientras recorro mi cuerpo desnudo con una esponja llena de gel. Ese roce me recuerda todo lo sucedido en mi cama hace unas horas y, sorprendentemente, no encuentro ningún sentimiento de arrepentimiento en mí, es más, estoy deseando repetirlo.

Estoy sentada en mi cocina con un sándwich vegetal y un zumo de naranja mientras escucho los firmes pasos de mi vecino de arriba. Llevo un rato pensando en si sería buena idea subir a llamar a su puerta, pero todavía no me he decidido.

¿Estará encantado de verme?

¿Pensará que soy una pesada?

¡A la mierda! Si no lo hago me voy a quedar con la duda.

Me bebo el zumo de un trago, cojo mis llaves del mueble de la entrada y salgo al pasillo vestida con mi *“ropa deportiva/de estar por casa”* en dirección a la escalera.

Según salgo por la puerta de las escaleras al rellano de su planta, me paro en seco buscando el valor que supuestamente tenía hace un minuto. En ese

mismo momento se abren las puertas del ascensor y yo doy un paso hacia atrás instintivamente.

Celia, perfectamente vestida y maquillada, se contonea sobre sus botas de tacón en dirección a la puerta que tiene la misma letra que la mía y llama al timbre. Yo reacciono echándome más hacia atrás y escondiéndome tras la puerta mientras miro a través de la pequeña ventanilla redonda con la que cuenta.

Mejor no pensar mucho en la situación en la que me encuentro.

José María abre la puerta y una sonrisa le cubre la cara, no la sonrisa de lado que me ha dedicado durante nuestra sesión de sexo. Una genuina sonrisa de oreja a oreja. Ella se acerca y roza sus labios con los de él antes de entrar. Es un gesto que hace con la tranquilidad del que lo ha hecho con asiduidad.

Siento un nudo en el estómago cuando la puerta se cierra dejándome fuera.

Fuera en todos los sentidos.

Ahora estoy en mi casa propinándome el resto de las collejas que se quedaron en el aire.

**UN REENCUENTRO QUE NO ANSÍO, LA CONFIRMACIÓN DE  
UNA REALIDAD Y MI MURO PROTECTOR AFECTADO DE  
ALUMINOSIS.**

El viernes por la mañana llega puntual y yo entro en la sala de conferencias de la Facultad de Psicología, seria, fría y con la actitud más profesional que puedo adoptar en esos momentos.

Voy vestida con un traje chaqueta pantalón, una blusa blanca, un bolso negro grande el cual utilizo a modo de maletín y en el que caben todas mis cosas, incluido mi portátil. Me he calzado unos zapatos de tacón alto los cuales antes solía evitar, pero que hoy me he puesto solo para molestar a mi ex. Con ellos le saco unos diez centímetros, justo la altura de los tacones. Cuando estábamos juntos siempre me calzaba con zapato plano por deferencia a él, pero hoy me siento mucho más a gusto con mi altura.

He tenido unos días en los que he pasado por varios estados de ánimo. En las primeras horas, después de comprobar que mi vecino/amante tiene otra mujer en su vida, me sentí dolida, engañada y humillada. Pero ese sentimiento ha desaparecido en el momento en el que he comprendido que nadie me ha engañado, porque nadie me ha prometido nada. Han sido cuatro días para

pensar y llegar a la conclusión a la que me estoy agarrando en estos momentos.

En esta relación nadie está buscando pareja, incluida yo. Ha sido sexo, sexo de mucha calidad por supuesto, pero solo eso y es tan posible que se repita, como que no.

He aprovechado estos últimos días para ponerme al día con mis pacientes y he tenido todas las horas del día ocupadas.

Por la noche, en los momentos de silencio, no he escuchado ningún ruido en el piso de arriba.

Sí, lo sé.

Poner la oreja para ver que hacen los vecinos es patético. Pero en la intimidad de mi habitación las cosas se ven de otra manera. No he tenido noticias de José María, desde que le vi abriéndole la puerta de su piso a Celia y aunque la comprensión es uno de los sentimientos que me llega desde mi cerebro, también hay otros que en algunas ocasiones se hacen fuertes y que intentan buscarse un hueco en el momento que mi mente se debilita un poco.

Aun así, creo que de momento los tengo lo suficientemente controlados como para que no me dominen.

Laura me ha llamado en un par de ocasiones, pero la conversación se ha basado en cómo está mi mano y en temas profesionales. Sé que ella está

evitando la conversación y me está dando tiempo hasta que yo quiera hablar.

Cosa que, de momento, no me apetece.

Bueno ahora tengo otra prueba delante y tengo que superarla.

Recorro con seguridad el pasillo que hay entre las butacas y me subo al escenario. Allí se encuentran ya cinco personas a las cuales saludo una a una, estrechándoles la mano profesionalmente.

El Dr. Sacks me saluda amablemente y me siento alagada cuando me reconoce, al igual que su ayudante, de una conferencia suya hace un par de años en Londres y a la que fui de oyente acompañando a Alfredo, que si participaba activamente en ella. Junto a él está la decana de la universidad, su secretaria y, por supuesto, mi ex.

Le tiendo la mano y él la mira durante unos segundos con una ceja alzada.

Me la toma y tira de ella para darme un beso en la mejilla.

- ¿Has crecido? – dice.
- Si – respondo algo borde – en muchos sentidos.

Todos nos sentamos en nuestros sitios y yo intento evitar las miradas de Alfredo. El muy gilipollas no hace nada más que mirarme con gestos de complicidad, como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

El muy prepotente...

La sala comienza a llenarse de alumnos y demás oyentes que llevan horas haciendo cola en la calle para poder presenciar la exposición del Dr. Sacks. Cuando los bedeles cierran las puertas de la sala hay gente por todas partes, incluido el suelo de los pasillos. Es un raro honor tener al doctor inglés en persona y nadie ha querido perderse.

Comienza la decana presentando el evento.

El primero en exponer es Alfredo, o “el reconocido Dr. García Tizón” otra que bebe las aguas por él, pienso con desprecio. Mi ex avanza con seguridad hacia el atril.

Le observo desde mi sitio detrás de la mesa que se ha instalado en el escenario y, pese a nuestro mal momento personal y a que es un cabrón mujeriego que me ha hecho mucho daño, he de reconocer que es uno de los mejores en su campo y así se lo reconocen los asistentes con un fuerte aplauso.

No es un tipo imponente, aunque tampoco está mal. Se mantiene en forma gracias a sus tres horas semanales de gimnasio, a las que intentó aficionarme sin éxito, en las que se dedica a correr en la cinta y nadar.

Nada de levantamiento de pesas para él.

No es bajo realmente, aunque a mí me lo parezca. Tiene unos ojos inteligentes que te analizan en cada mirada que te dedica y las gafas que

utiliza para leer, lejos de afearle, le dan un aspecto todavía más atractivamente inteligente.

Su mano retira instintivamente el flequillo de su frente antes de empezar a hablar, sigue luciendo una melena castaña bañada con alguna cana. Su ropa es la que se denomina “casual” vamos, como si no te preocuparas en absoluto por lo que llevas encima. Nada más lejos de la realidad.

Un tipo aparentemente normalito.

Pero el nivel de atractivo no solo depende del físico y él desprende una seguridad y una inteligencia que le hace irresistible para muchas mujeres que buscan en un hombre algo más que una cara bonita, un cuerpo fibroso y niveles altos de testosterona.

Miro hacia el graderío y compruebo las miradas de total adoración de muchas de las jovencitas que allí se aglutinan. No puedo evitar pensar en si alguna de ellas, o varias, han pasado ya por mi antigua cama.

Me obligo a salir de esa línea de pensamiento de un guantazo mental y me centro en la voz de mi ex en el atril. Su tema elegido ha sido el que ocupa su último libro “El Amor Que Nos Motiva”. Su exposición se parece sospechosamente al discurso que tuve que escuchar el día que descubrí su repetida infidelidad.

*“Carol yo te quiero, pero necesito más”*

Me lo dijo así, sin más, después de una década y media de convivencia.

*“No es necesario que lo dejemos, simplemente, podrías aceptarlo como es”*

Pero a mi pregunta de si eso afectaba a los dos por igual, solo recibí un enorme y sorprendente silencio. Fue una pregunta de prueba, porque ese tipo de relaciones abiertas no es algo con lo que yo me sienta cómoda. Pero, en ese momento, sentí la necesidad de ponerle a prueba.

Cabrón egoísta.

Alfredo termina su exposición y se dirige a su sitio con su habitual gesto de superioridad mientras me mira directamente a los ojos, consciente de lo que significaron esas palabras en nuestra ruptura.

Yo espero a ser presentada por la decana antes de levantarme de mi silla, sin ni siquiera mirarle a la cara. Cuando la mujer me deja el atril libre, me sitúo tras el con la carpeta de mi exposición en la mano. La coloco en el atril y subo el micrófono a mi altura.

Ese gesto me hace sentirme poderosa porque sé que le molesta.

Mi voz sale firme de mi garganta, gracias a la seguridad que me da la experiencia y la sabiduría sobre el tema. Mi intervención fluye sin ningún problema y veo como muchos de los oyentes toman nota de lo que digo. Me siento segura hablando de lo que controlo y no hay nada que me haga dudar. Después de terminar mi exposición comienza el turno de preguntas el cual

solvento con la misma seguridad. El tiempo que me ha sido concedido termina y la decana me despide amablemente, dando paso a la estrella de la noche.

Centro toda mi atención en la exposición del doctor Sacks. Domino el inglés, pero requiero de concentración extra y esto me ayuda a evadirme de cualquier pensamiento externo al evento. Pero, parece ser, que mi ex no tiene demasiado interés en escuchar nada que no sea a su propio ego.

No me lo puedo creer cuando siento como su mano se desliza, aprovechando la privacidad que da la mesa, y acaricia mi muslo con la yema de sus dedos. Yo doy un respingo y lo retiro sin mirarle. Pero él, fiel a su exasperante seguridad, vuelve a intentarlo. Alargo la mano y se la sujeto con fuerza mientras le dedico un gesto de fastidio. Veo por el rabillo del ojo como sonrío prepotente y entrelaza sus dedos con los míos. Me veo obligada a mantener la mano en la suya, por miedo a que sus dedos vuelvan a ir hacia lugares que no voy a permitirle. Su dedo pulgar comienza a acariciar la palma de mi mano. Me sonrío cuando se detiene de golpe, al sentir el apósito con el que cubrí mi herida cuando salí de casa. El enfermero me recomendó ayer, que lo dejara al aire todo el tiempo que fuera posible, pero esta mañana he decidido cubrirlo, pues el transporte público no es un lugar lo que se dice aséptico. El muy capullo de mi ex siempre ha sido muy aprensivo para las heridas y me suelta rápidamente. Estoy segura que en este momento se está restregando su mano

contra su propio pantalón.

Ojalá y se le ponga un nudo en el estómago que le dure una semana.

El evento concluye y después de las despedidas, que a mí se me antojan interminables, consigo salir por la puerta a toda velocidad en dirección al metro. No he terminado de bajar las escaleras exteriores que me darán la total libertad, cuando escucho la voz del Diablo pronunciar mi nombre.

- Carol – berrea.
- ¿Qué quieres Alfredo? – le digo exasperada.
- Hablar – dice con una sonrisa prepotente.
- No tengo nada que hablar contigo – contesto molesta.
- ¿Puedo invitarte a comer? – suelta sin más.
- No – contesto casi gritando – no tengo tiempo, tengo consulta esta tarde en la junta.

¿Por qué coño le doy explicaciones?

- Ah... ese trabajo en el que no te pagan – suelta en plan despectivo.
- Paso de tu opinión – le digo mientras me doy la vuelta y sigo bajando la escalera.

Voy andando por la escalera, pero mis tacones no me permiten coger la velocidad que necesito y Alfredo me alcanza en dos zancadas.

- Todavía hay cosas tuyas en mi apartamento – suelta – dime tu

domicilio y te las mando por mensajería.

Me paro y rebusco en el bolso sacando una tarjeta que le tiendo y, sin más, me dirijo al metro sintiendo que ya nadie me sigue.

Después de múltiples paradas y un transbordo, llego al Puente de Vallecas a las 14:25. Laura me está esperando en El Brillante sentada en la barra y bebiendo una Coca Cola. Según me acerco a ella me da dos besos acompañados de un abrazo y me hace un escrutinio, nada disimulado, con la mirada.

- Mejor no pregunto – dice.

- En resumen – suelto para que no se alargue el tema – la conferencia interesante, mi ponencia correcta y sin problemas y, mi ex, tan gilipollas como le recordaba.

- Vaaaale –susurra mientras coge su bebida y nos dirigimos a una mesa para comer más cómodas.

- Le he dado mi tarjeta – escupo de repente – no sabía cómo deshacerme de él y yo... le he dado mi dirección.

- Bueno – dice tranquilamente Laura – una tarjeta no es la llave de tu apartamento.

- Lo sé – reconozco – pero era algo que me mantenía segura – yo...

- Tú ya has tenido tu tiempo para estar escondida – dice con tono

profesional – ahora llega otra etapa Carol, la última.

- La recuperación – termino la frase.

El shock, la negación y el caos emocional habían sido un batiburrillo en mi cabeza, los cuales había superado gracias a mi amiga Laura. La aceptación emocional había sido la fase más larga y era la que estaba dejando atrás, para llegar la última fase. Sabía de sobra que tenía que comenzar a afrontarla, pero no tenía tan claro si iba a ser capaz...

...de momento.

Llegan nuestros platos cortando la conversación y yo aprovecho para cambiar de tema.

- ¿Qué tal con Jordi? – suelto a bocajarro.

Laura corta metódicamente un pedazo de su filete y se lo mete a la boca provocando una pausa dramática, la cual cambia la intencionalidad de mi pregunta que, en un principio, era para desviar el tema de conversación hacia ella y que ahora, me pica la curiosidad. Me quedo mirándola con las cejas levantadas esperando a que se decida a hablar.

- He hablado con él esta mañana – dice.

- ¿Le has visto? – digo sin dejar de mirarla.

- No – sigue con la intriga - ¿Y tú?

- ¿Yo? – pregunto extrañada.

- Sí, tú – me mira con picardía en sus ojos mientras come.
- Pues no le he visto desde el lunes – digo saliendo del paso.
- No hablo de Jordi y lo sabes – aclara.
- Ya...
- ¿Y? – insiste.
- No le he visto desde el lunes – insisto.
- Eso ya lo sé – continua – el lunes por la noche se fueron a Barcelona por motivos profesionales.
- Ah – suelto.

Bajo la mirada hacia mi plato con sentimientos contradictorio. Mientras troceo mi merluza a la plancha, me doy cuenta que me sienta mal que Laura sepa más que yo sobre donde está José María. No estoy segura si sabe de las horas que pasé la tarde del lunes con él en mi apartamento. Mi amante no me da la impresión de ser el típico hombre que va contando sus hazañas sexuales con sus colegas, pero tampoco pondría la mano en el fuego por nadie.

Seguimos comiendo en silencio hasta que nos traen los cafés.

- El lunes por la tarde José María estuvo en mi casa – solté sin mirarla.
- ¡uhhhhhhhh! – traga el café con dificultad - ¡aaaaagggg! Que me ahogo – dice dejando el vaso en la mesa mientras se limpia con la

servilleta.

- ¿No lo sabias? – pregunto extrañada.
- ¿Cómo? – pregunta entre toses – ¿cómo iba a saberlo?
- No sé – miro por la ventana avergonzada - Jordi...

Laura me mira fijamente mientras se recupera del atragantamiento.

- A ver Carol – dice muy seria – Jordi será un ex cocainómano, pero es un caballero.
- Lo siento – digo arrepentida.
- Bueno dejémoslo ahí – ahora cambia de tono a otro que reconozco como el que utiliza para hacerte el tercer grado.
- ¿Fue a tomar café? – suelta con tono de cachondeo.
- Sí – a mí se me pega el tonito – con pastas.
- Bueno, bueno – dice – solo te voy a decir una cosa.
- ¿Y cuál es esa? – sé de sobra a lo que se refiere.
- Recuerda lo que te dije el lunes por la mañana – me mira fijamente – disfruta, pero no te des por entero.
- Lo tendré en cuenta – declaro mientras saco el monedero para pagar.

La tarde pasa rápido, pues he metido varios pacientes de la mañana que no podían esperar a la semana siguiente y estoy saturada de trabajo. Son las diez

de la noche cuando salimos por la puerta de la Junta y nos dirigimos hacia el Metro. Después de despedirnos, Laura se va andando hacia su casa y yo bajo las escaleras del suburbano para dirigirme a la mía.

Los tres cuartos de hora que necesito para llegar a Plaza España, me dan para pensar en la situación en la que me encuentro y en cómo afrontarla.

¿Me siento atraída por José María?

Sí. Pero es preciso que no pase de ahí.

¿Alfredo me hace sentir pequeña y vulnerable?

Sí. Me retuerce las tripas reconocerlo, es muy, muy importante que lo supere y, de momento, cuanto menos lo vea mejor.

Subo la escalera de mi edificio pensando en todos mis propósitos, cuando la imagen de mi ex mirándome con superioridad y apoyado en el mostrador del vigilante jurado de mi edificio, me hace quedarme plantada en la entrada del hall. Siento como todos los ladrillos del muro mental que me he colocado durante todos estos meses se desmoronan parcialmente, mientras él recoge un par de bolsas del suelo y se dirige hacia mí.

**REAFIRMACIÓN DE LO QUE YA ESTABA DECIDIDO, MI  
ATENCIÓN DESVIÁNDOSE HACIA OTRO LADO Y  
DISFRUTANDO DE BUEN SEXO.**

Algo muy primitivo dentro de mí, siente atracción hacia el hombre que anda con una seguridad exasperante hacia donde me he quedado parada como una estatua.

- Buenas noches – saluda con voz tranquila – veo que tus horarios siguen tan apretados como siempre.
- ¿Cómo? – la voz sale de mi garganta acompañada de un bochornoso gallito.
- No te has cambiado – dice mirándome – y dado lo poco que te gustan los tacones...
- Las cosas han cambiado – carraspeo – ahora no tengo que parecer menos alta – patético, lo sé.

Se ríe ante mi comentario de niñaata y yo me mantengo firme en el hall mirándole.

- Te traigo algunas cosas que te pertenecen – dice señalando las bolsas.

- Vale gracias – digo sin mirarla.
- Creo que me he ganado un café – dice mientras me dedica una sonrisa que conozco demasiado bien.

Mis ojos viajan del vigilante, que nos mira por encima del mostrador disimuladamente, al par de enormes bolsas con pinta de pesar más de lo que mi mano cosida puede soportar y terminan en la cara de triunfo de mi ex. Le examino en un inútil intento de adivinar sus intenciones. Suelto un sonoro suspiro acompañado de un gesto de fastidio y camino hacia los ascensores. El coge las bolsas que descansan en el suelo y me sigue triunfal.

Marco en el teclado del ascensor el número de mi planta y me quedo en completo silencio mirando hacia la puerta, mientras acaricio la mano mala en un gesto instintivo.

- Umm – dice – veo que va a ser verdad lo de la altura – se hace el gracioso.

Le miro y no contesto. Pero en ese momento se me viene a la mente el imponente cuerpo de José María y me rio mentalmente.

No lo sabes tú bien.

Entro en mi apartamento y el me sigue, dejando las bolsas junto al mueble de la entrada. Me quito el abrigo y lo lanzo de cualquier manera sobre el sofá y los zapatos los dejo tirados en el suelo de la misma forma, cosa que no suelo

hacer, pero sé cuánto le molesta y en ese momento me siento un poco tocapelotas. Él los mira y se le escapa un gesto de fastidio que intenta disimular rápidamente mientras se quita su chaqueta y la coloca perfectamente doblada en su brazo izquierdo.

Demasiados años juntos majete. Pienso con malicia.

- ¿Solo sin azúcar? – pregunto mientras hecho agua en la Nexpresso.
- Si, gracias – contesta mirándome desde la puerta de la cocina.
- Puedes soltar la chaqueta – le digo mientras rebusco en la cesta donde guardo las capsulas.
- ¿En el mismo sitio que tú? – me recrimina.
- Donde quieras – sigo a lo mío – no soy muy maniática

Después de observarme durante un par de segundos, se da media vuelta y se dirige a la sala. Le sigo con la mirada y veo como cuelga su chaqueta en el respaldo de una silla y después coloca pulcramente su bufanda sobre ella. Luego va hasta mi sofá y coge mi abrigo dejándolo de igual manera que su chaqueta en otra de las sillas, después se agacha y recoge mis zapatos dejándolos colocados junto a la pared.

¡Pero qué cosa más tonta!

Salgo con la bandeja cargada con los cafés en dirección a la mesa de centro de la sala y les propino a mis zapatos una patada disimulada al pasar por su

lado, que los vuelve a dejar esparramados por la sala.

¡Hala! A ver si te sale una úlcera.

Me mira sorprendido, pero al ver que yo no le doy importancia y sigo a lo mío, suspira y se sienta en el sofá a mi lado.

Nos miramos en un incómodo silencio, al menos para mí, hasta que por fin el comienza a hablar.

- Veo que estás accidentada – dice como si se acabara de percatar.

- No es nada – miento mientras vuelvo la mano para ocultar la lesión.

Hasta ese momento he tenido la mano con un apósito pero, obedeciendo órdenes del enfermero que me atiende, he lavado la zona con agua y jabón y me lo he dejado al aire justo antes de salir de la cocina. Alfredo me coge la mano y le da la vuelta, no paso por alto su cara de repulsión al ver la costura que me recorre perpendicularmente la palma de la mano.

- ¿Pero qué coño te has hecho? – me reprende.

- Nada de tu incumbencia – contesto a la defensiva.

Siempre he odiado que utilice conmigo ese tono de suficiencia. En otra época me hubiera sentido como una niña a la que regañan por hacer algo malo y hubiera sentido la necesidad de dar más explicaciones de las que son necesarias pero, en este momento, simplemente me apetece decirle que se

meta sus comentarios por donde le quepan.

En el último momento lo valoro y me controlo, no quiero darle el gusto de verme fuera de control, así que le mantengo la mirada y espero su próximo comentario.

- Está bien – concede – tienes razón.
- Vaya – digo sin poder evitar una sonrisa sarcástica.
- ¿Por qué vaya? – pregunta contagiándose de mi sonrisa.
- Creo que es la primera vez que gano una discusión – aclaro.
- No estamos discutiendo – dice ahora con la sonrisa mucho más ancha.
- Bueno. Dos no discuten si uno no quiere – suelto.
- Totalmente de acuerdo – dice mientras se acerca más a mí.

Yo me intento echar hacía atrás disimuladamente, pero el brazo del sofá me lo impide. La mano de Alfredo se mueve de su rodilla, donde hasta ese momento ha estado apoyada, a la mía. Yo miro hacia ella con los ojos como platos pero no hago nada. Mi mutismo refuerza sus intenciones y me acaricia suavemente. Su otra mano se cuelga a través de mi melena, aferrándose suavemente a mi nuca e instándome a acercarme a él.

No sé cuál es el motivo por el cual me dejo hacer, pero cuando me quiero dar cuenta tengo los labios de mi ex rozando los míos.

Y espero...

Espero que la caricia de sus labios sobre los míos me haga gemir. Espero que la placentera sensación del pequeño mordisco que me incita a abrir la boca se refleje entre mis muslos. Y espero, que la suavidad de su lengua entrelazada sensualmente con la mía, me impulse a enredar mis dedos en su pelo arrimándole más a mí, como si me quisiera fundir en su cuerpo.

El beso se alarga y yo... sigo esperando.

Espero, espero y espero, pero no llega. No siento nada de lo que debería sentir y el recuerdo del huracán de lujuria que recorrió mi cuerpo mientras me besaba con José María me abrumea, provocando que mis manos se muevan por si solas y empujen con fuerza el delgado cuerpo de Alfredo, separándole bruscamente de mí.

- ¡NO! – Grito, poniéndome de pie - ¡VETE!

- Está bien – dice con un gesto contenido que conozco perfectamente.

Coge sus cosas con la calma segura con la que hace todo en la vida, mientras yo le miro desde un rincón de la sala con los brazos cruzados y lágrimas contenidas en los ojos. Se dirige con paso seguro hacia la salida y yo le sigo. Abre la puerta y, ya en el rellano, se gira para encararme.

- Tienes mi teléfono – dice – puedes llamarme cuando estés preparada.

No contesto mientras le observo como camina hacia el ascensor. Este se abre, como si le hubiera estado esperando para que la salida triunfal sea perfecta. Me clava la mirada mientras las puertas del ascensor se cierran y desaparece.

Cierro la puerta y las lágrimas que he estado sujetando se desbordan por mis mejillas. Me escurro con mi espalda sobre la puerta que acabo de cerrar, hasta que mi trasero toca el suelo y mis manos cubren mi cara.

Lloro, lloro y lloro.

Lloro todo lo que no he llorado durante estos últimos meses, en los que decidí que ya estaba recuperada, sin estarlo. Lloro por la segura Carolina de hace unos años, que dio su vida por sentada y que no se lo vio venir. Lloro por estar llorando, por no tener los arrestos de que no me afecten las acciones de Alfredo.

La rabia se apodera de mí y siento que necesito golpear algo. Las bolsas que hay justo a mi lado, me parecen un buen objetivo y levanto el puño con la intención de desfogar toda mi rabia. El estridente sonido del timbre de la puerta me sobresalta, impidiendo que me deje los nudillos contra lo que coño hubiese dentro de las bolsas. Me levanto y abro de un fuerte tirón, con la firme intención de mandar a la mierda a mi ex. Pero me encuentro con el enorme cuerpo de José María, este me mira con gesto extrañado, pero no dice nada.

- ¡Vaya! – Suelto como si él no pudiera escucharme – lo que me faltaba.

Me doy la vuelta, dejando la puerta abierta, y me dirijo hacia la sala para recoger la bandeja. Paso con mi carga en dirección a la cocina y le veo que sigue en el mismo sitio donde le he dejado.

- Pasa – digo de camino – y perdona mis modales, no está siendo un buen día.

- Ya veo – dice con su voz de barítono mientras me sigue hasta la cocina.

Dejo la bandeja y me giro hacia él. Sus ojos me miran la cara, que debe ser un cuadro, pero no pregunta porque he llorado. Después baja la vista hacia mi mano y, alargando la suya, la coge para examinar mi herida.

- ¿Cómo llevas la lesión? – pregunta, mientras me acaricia con sus dedos el dorso de la mano.

- Mejor – contesto algo más relajada – gracias.

Vuelve a mirarme a los ojos, pero no suelta mi mano. Levanta la otra y la dirige a mi cara, limpiando una lágrima fugitiva con el pulgar.

- Podría matar a quien ha provocado esto – declara muy serio.

- No será necesario – contesto un poco divertida – creo que lo podré solucionar sin enterrar a nadie.

Allí, de pie en mi cocina, los dos nos miramos a los ojos sin decir nada. Solo

con su mirada y el tacto de sus manos siento una explosión de sensaciones en mí interior, las cuales me obligan a apoyarme en la encimera para que no me fallen las piernas. Ya no me acuerdo en lo que pensé hacer cuando volviese a tenerle delante, simplemente mi cuerpo toma el control y mi mente se deja llevar sin ninguna resistencia. Sus labios bajan a mi altura y me devora la boca, una fugaz comparación con el beso de Alfredo me resulta divertida, pero la lengua de mi amante me domina y ya no pienso en nadie más que no sea él.

La arrolladora pasión me impulsa con tal fuerza, que lejos de tener que esperar, tira de mí llevándome en volandas. En menos de un suspiro las manos de José María abarcan mí culo, levantándome sin ningún esfuerzo y colocándome sentada sobre la encimera de mi cocina.

Desabrocha los botones de mi blusa hábilmente y las copas del sujetador blanco de encaje que llevo debajo ahora están arrugadas bajo mis pechos, dejando los pezones totalmente expuestos y duros por la excitación. Sus largos y elegantes dedos juegan con ellos, mientras sigue devorándome la boca. Yo, por mi parte, saco la camisa negra de sus pantalones y comienzo a desabrocharla con desesperación. Cuando la enorme tela cae al suelo me concentro en su cinturón, por fin lo consigo y el botón y la cremallera de su pantalón es pan comido mientras él está haciendo lo propio con el mío.

Me siento como una muñeca de trapo cuando me levanta en volandas y tira de mi propio pantalón, llevándose las bragas en un único gesto.

Lejos de sentirme manipulada, siento placer con el trato.

No puedo evitar un sonoro gemido cuando miro el impresionante físico de mi amante, lleva los pantalones y el bóxer por los tobillos y luce el torso desnudo. La enorme erección con la que me apunta, hace que me muerda el labio inferior mientras me quedo embobada mirando, pero él debe de estar tan desesperado como yo, porque se me acerca metiéndose entre mis piernas, mientras abre su boca e introduce uno de mis pezones en ella. Yo gimo desesperada mientras le cojo la cabeza con las manos instándole a que se acerque más. Cambia de pecho haciendo lo mismo con el otro, chupando fuerte y succionando mientras yo me vuelvo loca de placer.

Actúa como si yo tuviese un mando a distancia, con el que le estuviera dando instrucciones precisas de lo que necesito. Es como si me leyese la mente.

Recorre con su lengua mi estómago, deteniéndose en el ombligo para darle un trato de favor antes de seguir bajando, mientras coloca mis pies en sus hombros. Yo me sujeto fuertemente en el borde de la encimera en cuanto soy consciente de sus intenciones, ignorando el pinchazo de dolor en la herida de mí mano. Pero enseguida pasa a un segundo plano en cuanto su lengua recorre suavemente mi sexo. El gemido que sale de mi garganta es tanto de

placer como de desesperación.

Necesito esto y lo necesito rápido y duro.

José María se centra ahora en mi clítoris, chupando y succionando hasta que creo que me ahogo, el ritmo cardiaco se me acelera y levanto mis caderas fuertemente cuando creo que el orgasmo ya no tiene marcha atrás, pero él se hecha hacia atrás y se incorpora colocando ahora mis piernas alrededor de su cintura y penetrándome de un solo golpe. Miro hacia abajo con la boca abierta por la tremenda sensación, en algún momento de mi enajenación mental se ha puesto un preservativo y ahora el látex cubre su erección mientras entra y sale de mí con movimientos rápidos y fuertes.

- No voy a aguantar mucho – dice entre jadeos – córrete conmigo por favor.

Aunque hace unos segundos he estado a punto, sé que solo con la penetración me va a llevar más tiempo, así que introduzco una mano entre nuestros cuerpos y me acaricio yo misma con el dedo corazón. Los dos miramos el espectáculo de su pene entrando en mi vagina y mis dedos acariciándome más arriba. Estamos sobreexcitados y en unos pocos segundos nos estamos corriendo salvajemente, mientras gritamos palabras incoherentes a los azulejos de mi cocina.

La cara de mi amante descansa en mi cuello mientras recobra la respiración.

Yo también respiro aceleradamente mientras le abrazo con brazos y piernas. Siento un beso suave en mi cuello y toda mi piel se estremece. Le devuelvo el gesto en la piel desnuda de su hombro, mientras el sube su cara acariciando mi mandíbula con sus labios, hasta que llega a mi boca y la recorre con pequeños besos.

- Llevo soñando días con esto – confiesa.

- Mmmm – no estoy segura de su declaración y prefiero pasarla por alto.

Me mira unos instantes y después se hecha hacia atrás saliendo de mi interior. Se quita el preservativo y lo tira a la basura, después se sube su ropa interior y sus pantalones y me vuelve a encarar.

- Mi reino por tus pensamientos – dice mientras se entretiene recolocándose el sujetador.

- No son tan interesantes - Sonrío y siento que me pongo roja.

- Eso lo dudo – dice sin dejar de mirarme – no hay nada en ti que no sea interesante.

- Pienso en lo buen amante que eres – digo en un arranque de sinceridad.

- Cuidado doctora – dice sonriendo – podría sufrir una sobredosis de autoestima.

- Bueno – contesto divertida – la autoestima no es perjudicial para la salud.
- Bueno – responde - depende de los niveles.

Me recoloco lo que me queda de ropa, mientras él me observa desde un rincón.

- ¿Quieres tomar algo? – le pregunto.
- Solo si a ti te apetece – contesta.
- ¿Te gusta la pizza? – pregunto mientras cojo el teléfono.
- Siempre que sea en buena compañía... – contesta con toda la naturalidad del mundo – y, en estos momentos, no puedo imaginar una compañía mejor.

Hablamos durante horas sobre nuestras vidas profesionales y personales. Él me cuenta que tiene una hija de diez años y que, aunque la relación sentimental con la madre fue un romance que tan solo duró una gira, mantienen una buena relación personal y profesional. Aunque me cuesta ver a un hombre como él en el papel de padre, reconozco que es algo de lo más normal. Ya no somos jovencitos los cuales no tienen apenas pasado. Aquí ninguno va a cumplir ya los treinta y todos tenemos mochilas a nuestras espaldas, unas más pesadas que otras, pero la vida va dejando sus marcas para todos y hay que saberlas gestionar lo mejor posible.

Los ojos de José María cambian completamente de expresión cuando habla

de su hija Nina.

- Seguro que eres un padre estupendo – digo sinceramente, mientras le miro y sonrío.
- Bueno – dice devolviéndome la sonrisa – hago lo que puedo... cuando me dejan.
- ¿La ves poco? – pregunto mientras doy un sorbo a mi refresco.
- Todo lo que puedo – dice ahora algo más serio – mi trabajo y el de su madre, no siempre es en la misma ciudad.
- Entiendo – contesto.
- Estos días hemos estado juntos en Barcelona – comenta mientras bebe y me mira fijamente.

Soy consciente de que el comentario tiene una doble intención. Sin darme explicaciones explícitas, me está diciendo que no me ha llamado estos días porque estaba con su hija.

Vale. Ahora me siento culpable porque él sienta la necesidad de hacer eso.

- Tiene un nombre muy original – cambio de tema – ¿De qué viene Nina?
- De Nina Simone – dice – su madre no admitió discusión sobre el tema.
- ¿La cantante de Jazz? – pregunto curiosa.

- Exactamente – dice sonriendo – estás muy puesta.
- Me gusta la música – digo contagiándome de su sonrisa.
- ¿Y los músicos? – pregunta mientras su mano se dirige hasta mi pierna y la acaricia sensualmente con la yema de sus dedos.
- Algunos – contesto mientras le sigo el royo.

Cuando me quiero dar cuenta estoy recostada en el sofá con su enorme cuerpo sobre mí, mientras me besa apasionadamente y acaricia mi torso por debajo de la camisa, provocando que mi piel se estremezca bajo su tacto.

- ¿Vamos a la cama? – propongo entre jadeos.

Él no necesita nada más, me coge en brazos y le carga así todo el pasillo, hasta la habitación de la que desapareció la última vez sin ni siquiera despedirse.

Borra eso, maldito cerebro emocional.

Empuja la puerta con la espalda, introduciéndonos en mi habitación sin mostrar ningún esfuerzo, mientras carga conmigo en los brazos. Después me deja en la cama y me mira desde su impresionante altura con los brazos en jarras. En su cara aparece un gesto depredador y me imagino que está pensando por dónde empezar. Yo, desde mi posición tumbada en la cama, le miro con ansiosa expectación.

Sin saber porque razón, me viene a la mente el deseo de algo diferente.

- Igual – digo – nos vendría bien una ducha.

No tengo que decir nada más. Él se mete como un rayo en mi cuarto de baño, enciende la ducha y comienza a desvestirse. Mientras, yo hago lo propio, sin perderme nada del espectáculo que es ver a mi imponente amante quitarse la ropa.

Él, consciente de mi interés, se desnuda de una manera provocadoramente masculina y yo, que estoy totalmente embobada mirándole, me olvido de mi misma y me quedo con la ropa interior puesta, mientras me lo como con los ojos de rodillas sobre mí cama.

Le tengo delante totalmente desnudo y, aunque soy consciente de que me está mirando con una ceja levantada, no soy capaz de moverme.

Me encuentro en un estado de enajenación mental, espero, que transitoria.

Me río mentalmente de mi propia broma, la risa pasa al grito histérico cuando me veo, sin saber cómo ha pasado, subida sobre el hombro de mi amante en plan saco de patatas, en dirección a la ducha.

Mi cuarto de baño privado es una de las estancias de la casa que más me gustan. Aunque todo el apartamento estaba reformado cuando lo compre y solo me limite a decorarlo con muebles y mis propios recuerdos, no era exactamente lo que yo hubiera encargado en caso de haber tenido la posibilidad, pero el cuarto de baño es perfecto. Seguramente mejor que si lo

hubiera elegido yo. Ahora estoy totalmente encantada con la enorme cabina del tamaño de dos duchas normales y con la sensación de calidez que da el estar totalmente forrada de madera.

José María abre la mampara de cristal y nos introduce a los dos. Me baja al suelo mientras el agua caliente nos empapa, haciendo que nuestras pieles brillen y se calienten. Me besa mientras pasa sus manos por mi espalda buscando y encontrando el cierre de mi sujetador, el cual abre hábilmente y se deshace de la prenda lanzándola por encima del cristal. Me acaricia el torso con manos, labios, lengua y dientes, mientras se desliza hacia abajo hasta quedar de rodillas delante de mí. Introduce los dedos por los laterales de mis bragas y arrastra la pequeña prenda de encaje por mis piernas hasta sacármela del todo dejándola a un lado.

Él mira de frente desde su posición de rodillas. Mi pubis esta justo frente a sus ojos, hace años que lo llevo totalmente depilado, a petición de cierta persona de la que ahora no tengo ganas de acordarme. El caso, es que pasé por unas cuantas sesiones de depilación láser y el resultado es un pubis, al igual que otras zonas de mi cuerpo, totalmente lampiñas. José María me mira fijamente y aunque no es la primera vez que me ve desnuda, es la primera vez que se queda así embobado mirándome y yo sigo de pie frente a él dejándole que se tome su tiempo. Doy gracias a la ducha por disimular el rubor que soy consciente me tiñe la piel.

- Me tienes completamente a tus pies – dice como si hablara más para él que para mí.

Yo abro la boca para decir algo, pero un casto beso sobre mi monte de venus hace el trabajo de cortar el, seguramente, estúpido comentario que iba a salir de ella. Me baña la zona de besos castos, mientras sus manos me cogen del culo para atraerme hacia él. El ritmo del sexo es lento, se está tomando su tiempo jugando conmigo y yo disfruto del trato dejándome hacer. Besa mi ombligo, mis caderas, desciende por mis piernas bajando por el exterior y después de entretenerse con mis tobillos, sube por el interior. Llega a mis ingles y yo jadeo por la expectativa de lo cerca que está de mi sexo, pero comienza a besar mi otra pierna del mismo modo que al anterior y un gemido de frustración sale de mi garganta sin que pueda retenerlo. Escucho que ríe mientras sigue a lo suyo.

Capullo.

Por fin ha terminado de recorrer mi larga pierna izquierda y ahora le tengo de nuevo en mi ingle. Una de sus manos coge suavemente mi tobillo derecho y lo sube sobre su ancho hombro izquierdo.

- Sujétate pequeña – me ordena.

Yo, que en ese momento no estoy en mis cabales, obedezco sin preguntar y me cojo fuertemente de los asideros con los que cuenta la ducha. Estoy con

los brazos ligeramente abiertos a ambos lados de mi cabeza para sujetarme y mi espalda está apoyada contra la madera de la pared, cuando él mira hacia arriba comprobando que estoy bien sujeta con ambas manos, coge mi otra pierna y hace lo mismo que con la anterior colocándola sobre su otro hombro, sus enormes manos estrujan mis glúteos mientras introduce su cara entre mis piernas, arremetiendo contra mi sexo con fuerza y haciéndome gritar. Su lengua se introduce en mi vagina con fuerza y yo veo las estrellas mientras muevo mis caderas como loca buscando mi propio placer, él me sujeta fuertemente controlando mis movimientos y sigue con la tortura, creo que me voy a morir si no consigo llegar al orgasmo, pero mi amante se ha propuesto alargar la tortura y yo no puedo hacer nada al respecto.

Si me suelto de los asideros voy a dar con mis huesos en el suelo.

Sigue con su lengua entrando y saliendo y yo gimoteo, después de unos segundos se apiada de mí y recorre de un fuerte lametazo la distancia hasta el clítoris, succionándolo fuertemente mientras uno de sus dedos se desliza por detrás y se introduce en mi vagina sustituyendo a su lengua.

Grito como una loca mientras me deshago en un fuerte clímax que me derrite y me vuelve de gelatina. Gracias a la fuerza de mi amante no termino con una nueva costura en mi cabeza, pues me he soltado y ahora mi espalda esta sobre el suelo de la ducha mientras él continua lamiéndome para alargar las

contracciones de mi alucinante orgasmo.

Me quedo desmadejada bajo la lluvia de mi ducha mientras él, a cuatro patas sobre mí, sube por mi abdomen hasta llegar a mi boca y me besa con pasión.

Sé que es una locura, pero le paso las piernas por su cintura y aprieto fuertemente instando a que me penetre en esa posición sin preservativo. Tomo la píldora para regular mi periodo y en ese sentido no hay problema, pero soy consciente del resto de riesgos. Él se queda mirándome interrogante.

- Júrame que no tienes nada – digo – yo tomo la píldora y te juro que estoy totalmente sana.

Me mira fijamente durante unos segundos.

- Te lo juro – dice.

En menos de un segundo estoy siendo penetrada duramente en el suelo de mi ducha, los fuertes empellones me empotran contra la mojada madera y, lejos de sentir dolor, disfruto como una loca, tengo mis manos sobre el musculoso culo de mi amante y disfruto de las contracciones de sus músculos sobre mí mientras jadeo como una loca. Le veo desde mi posición levantar la cabeza hacia el techo con los ojos cerrados y la boca abierta mientras se corre dentro de mí, yo le sigo con un segundo orgasmo que me hace jadear, mientras me sujeto en los antebrazos de mi amante para no ser empotrada contra la pared.

Después de pasar un rato enjabonándonos mutuamente, salimos de la ducha y

nos secamos entre caricias y besos. Nos metemos desnudos en la cama y hablamos de trivialidades hasta que nos quedamos dormidos.

La mañana del sábado llega demasiado rápido. Unas suaves caricias por mi espalda me sacan despacio de un sueño reparador. Tardo un rato en ser consciente de que lo que estoy sintiendo es real y no fruto de mi imaginación. Sonrío mientras me doy la vuelta para besar a mi amante en los labios.

José María me abraza mientras profundiza el beso, calentándome la sangre y excitándome en el proceso. Subo una de mis piernas pasándosela por encima y noto su excitación, la cual no parece haber tenido la noche tan movidita. Me monto sobre sus caderas y su pene me penetra lentamente. Le cabalgo sin prisas, mientras él acaricia mis pechos dibujando pequeños círculos con sus dedos sobre mi piel. El orgasmo llega suave y placentero, dándonos los buenos días e invitándonos a continuar conociéndonos.

## **DON PERFECTO Y SU PLUMERO, CONOCIENDONOS FUERA DE LA CAMA Y NINA... UNA PARTE DE ÉL.**

Estoy comiendo sola en mi cocina mientras pienso en el hombre con el que he pasado la noche, el cual se ha ido hace tan solo media hora y ya le echo de menos.

Hoy había hecho planes con su hija y, aunque en ningún momento le he preguntado, él ha decidido darme esa información. Aunque me sienta como una tonta, me ha gustado el detalle y ahora llevo media hora pellizcando un sándwich e intentando buscar una explicación lógica al sentimiento.

El sonido de mi móvil me saca de mis cavilaciones. Miro la pantalla antes de cogerlo y compruebo que es Laura.

- Hola – saludo.
- Eh... hola – contesta con tono extrañado - ¿estás bien?
- Si – digo divertida – más que bien.
- Empieza a soltar por esa boquita – exige con un falso tono de enfado.

Me río como hacía tiempo que no me reía y comienzo a contarle, obviando los detalles íntimos, todo lo acontecido en las últimas horas.

Su boca suelta una cantidad de improperios cuando le cuento el episodio con Alfredo y que, contra todo pronóstico, me hacen reír más. En ese momento me doy cuenta de que el grado de importancia dado el día anterior baja de nivel, quedándose en un punto en el que sé que no me va a quitar el sueño. Ha pasado de ser un puñal hundido en mi costado, a un simple rasguño con el cual tienes que lidiar durante una corta temporada, hasta que esté totalmente curado y te olvides.

Después de contestar al tercer grado de mi amiga, quedamos para tomar algo en plan tranquilo sobre las diez. Termino de comer y miro la hora, son las cinco de la tarde y me da tiempo a ver cualquier cosa en la televisión tirada en el sofá.

Como es de prever me quedo dormida en cuanto me tumbo, me despierto a las ocho y media y me meto en la ducha. El recuerdo de lo vivido en ella la noche anterior me invade y me dibuja una amplia sonrisa en la cara. La sensación física de “mariposas en el estómago” me recorre, dejándome boqueando mientras me masajeo el estómago intentando borrar la sensación.

Una alarma se enciende en mi cerebro instándome a tener cuidado con lo que deseo, pero enseguida la descarto con la firme convicción de que no hay de qué preocuparse. Soy una mujer adulta y puedo reconocer hasta donde puedo llegar con mis sentimientos.

O eso creo.

A las diez menos cuarto recibo un mensaje de Laura, informándome de que está en la calle esperándome. Me pongo el abrigo y bajo respirando lentamente, disfrutando de la terapia que me brinda el ascensor.

Bebo de mi copa de vino mientras espero junto a Laura que nos sirvan las tostas y la ensalada que hemos pedido para cenar. Laura está contenida, sé que le gustaría bombardearme a preguntas, pero se está intentando controlar.

- ¿Recuerdas lo que te comenté sobre esta clase de hombres?  
– comienza.
- Perfectamente – contesto.
- ¿Y? – sigue.
- Lo tengo totalmente controlado – aclaro.
- Carol... - dice en tono de advertencia.
- Simplemente estoy disfrutando de mi soltería – digo lo más despreocupadamente posible – ya me he cansado de llorar al capullo de Alfredo.
- Dicho así suena bien – comenta – pero tú nunca has sido una mujer frívola.
- Pues ahora si – aclaro rápidamente.
- Vale – dice dándose por vencida – espero que sepas lo que

haces.

- Seguro – digo tan convencida como puedo.

- ¿Y el capullo de tu ex? – dice cambiando de tema – ¿qué coño estaba pensando?

- Pues eso – digo restándole importancia – que es un capullo y sigue pensando que me muero por sus huesos. Sigue pretendiendo que seamos una pareja abierta. Aunque sospecho que el “abierto” no va en ambas direcciones.

- Pero eso es precisamente por lo que le dejaste – recuerda.

- Ya – sigo – pero parece ser que sigue sin aceptar un no por respuesta.

- Entonces qué coño quiere exactamente – dice Laura, utilizando el tono de voz para cuando se está empezando a cabrear de verdad.

- Pues a la conclusión que he llegado – doy un trago pues se me está secando la boca – es que quiere que sigamos siendo una pareja, que salgamos juntos, que me pueda presentar como suya en sociedad, que tenga el derecho a acostarse conmigo... pero que yo mire hacia otro lado cuando se acueste con otras mujeres.

- Vaya – dice mientras bebe ella también – será muchas cosas, pero tonto no es.

- Lo que pasa es que tiene un grave problema – comento tranquilamente, mientras pincho en la ensalada que nos acaban de dejar en la mesa.
- ¿Cuál? – Laura hace la pregunta con una sonrisa, pues sabe lo que voy a contestar.
- Que yo paso de él – digo mientras sigo con los ojos centrados en mi cena.

El taxi que cogemos juntas para ir a casa me deja en la puerta de mi edificio antes de continuar el trayecto hacía la de Laura. Me despido de mi amiga y quedamos en llamarnos durante la semana. Subo hacia el hall y un sentimiento de agotamiento, mezclado con enfado, me invade cuando veo a Alfredo sentado leyendo un libro en uno de los sofás que hay junto al mostrador de recepción.

¡Será plasta!

Me acerco a él con pasos rápidos y seguros. Cuando llego a la altura del sofá cruzo mis brazos mientras miro hacia abajo apuñalándole con mis ojos. Él, con la seguridad que le caracteriza y que me pone de los nervios, cierra el libro tranquilamente, lo mete en su cartera de piel marrón la cual lleva siempre colgada del hombro y se levanta plantándose muy serio frente a mí.

Hoy voy calzada con unas botas planas y me arrepiento de no haberme puesto

unos tacones altos para poder seguir mirándole desde arriba.

- ¿Qué haces aquí? – le digo con el tono más amenazante que logro sacar de mi garganta.
- Tenemos que hablar – me dice sin amedrentarse en lo más mínimo.
- Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar – le espeto en la cara.

Me mira fijamente analizándome. Después de unos eternos segundos en los que no retiro la mirada asesina de sus ojos y en los que él me la mantiene sin ningún problema, suspira y vuelve a hablar.

- Por favor Carol – dice – ¿podemos hablar en privado?

Le mantengo la mirada sin contestar, por el rabillo del ojo veo que el vigilante de seguridad se levanta y nos mira. Sé que ha estado pendiente de nosotros durante toda la conversación y me avergüenzo del numerito. Levanto la mano tranquilizándole y cedo obligadamente ante la petición de mi ex.

Sin mediar palabra ando hasta el ascensor sabiendo que él me sigue. Subimos a mi piso sin que ni siquiera le mire, pero según cierro la puerta de mi apartamento le encaro.

- ¿Qué coño quieres de mí? – le pregunto enfadada.

- Quiero que dejes de comportarte como una adolescente estúpida – suelta.

No doy crédito a lo que estoy escuchando y se me cierra la garganta impidiéndome articular palabra. Siento como la piel de mi cara se enrojece de ira y trago saliva para poder volver a hablar.

- ¿Cómo dices? – es lo único que sale de mí y con dificultad.
- Creo que ya te he dado el tiempo suficiente para que rectifiques – dice todo lleno de razón.
- ¿Rectificar el qué? – levanto la voz – ¿qué me hayas estado engañando durante toda nuestra relación?
- Eso ya lo hemos hablado – contesta cerrando el tema – te he explicado mis deseos...
- ¡IROS A LA MIERDA TÚ Y TUS DESEOS! – le grito sin poder controlarme.
- Tú me quieres Carol – dice ignorándome – tienes que aceptarme tal como soy.
- Te quería – corrijo – y no te acepto Alfredo.
- No me lo creo – suelta.

Siento que se acerca a mí con la intención de besarme y doy un paso hacia atrás.

- Vete de mi casa y no vuelvas – le digo amenazante.
- Eres una zorra estúpida – me insulta.

Mi mano va por libre y se estampa con toda la fuerza que me da la rabia contra su mejilla. Siento como me arde la herida, pero no lo demuestro. Alfredo me mira con los ojos como platos mientras se echa mano a la cara. Abro la puerta con la mano sana y le miro amenazante. En ese momento soy capaz de abofetearle hasta que se me caigan los puntos.

- Y no vuelvas – le ordeno.

Desde la posición en la que estoy no veo el rellano, pero me doy cuenta que mi ex mira hacia afuera e inclina la cabeza hacia arriba. Abro más la puerta y veo a José María con el dedo índice de la mano derecha sobre el timbre y la mano izquierda con el puño cerrado junto a su pierna.

- Carolina – dice muy serio sin quitar el ojo de Alfredo - ¿estás bien?
- Si – digo mirando a mi ex con toda mi rabia – aquí mi ex ya se iba.

Alfredo se pone rojo de rabia, pero su inteligencia le indica que no abra la boca. Sale por el hueco que queda entre el enorme cuerpo de mi amante y la jamba de la puerta y se escabulle hasta el ascensor sin decir una palabra.

José María no le quita ojo hasta que no se cierran las puertas del ascensor y

después me mira a mí.

- Escuche los gritos desde mi apartamento – me informa.
- Lo siento – digo – no sé porque me he puesto así.  
Normalmente soy capaz de controlar mis reacciones.
- Quizá porque eres humana – me aclara.
- Quizá – contesto.
- ¿Te apetece un café? – pregunto esperanzada.
- Sí, pero no puedo – aclara – no estoy solo – dice señalando hacia arriba.
- Ah... – un nudo me aprieta el estómago – vale, pues hasta la vista y gracias.
- ¿Nos vemos mañana? – pregunta.
- Yo...
- Tengo todo el fin de semana a mi hija – aclara otra vez – y mañana queríamos ir al Retiro. ¿Te apetece acompañarnos?

Vale. Ahora sí que me siento como una tonta.

- Eh... - balbuceo – bueno.
- Te pasamos a buscar a los doce del mediodía – dice sonriendo.

Le miro y se me contagia la sonrisa. José María se abalanza sobre mí y me

besa con pasión antes de irse por las escaleras y dejarme allí sola con las piernas hechas gelatina.

El día se levanta claro y soleado en Madrid. Me asomo a la ventana y miro el cielo azul salpicado por unas pequeñas nubes blancas que lo hacen aún más bello si cabe.

Son las 11:45 y estoy esperando ya, totalmente vestida, a que me vengán a recoger. Me he vestido lo más informal posible, pero sin descuidar mi aspecto, estoy en ese punto en el que quiero que se me vea guapa y que mi amante se sienta atraído por mi aspecto en cualquier situación o circunstancia.

Llevo unos vaqueros pitillo, un suéter de Desigual que me regalo para mi cumpleaños Laura, una cazadora de la misma marca que me llega por la cintura y que deja ver mis largas piernas y, ya que vamos a pasear por un parque, unas deportivas Adidas estampadas de flores que me encantan y que no tengo muchas ocasiones para lucir. Me he colocado un bolso bandolera que me regaló una clienta echo por ella con trozos de diferentes telas y, como sé que le gusta a José María, me he dejado el pelo suelto con todos mis rizos libres de moverse a su aire. Me he maquillado un poco, pero muy natural.

Me miro por decimoctava vez en el espejo y me gusta lo que veo. Mi cara tiene un toque que hacía muchos años que no veía en ella y nada tiene que

ver con el maquillaje.

Doy un respingo cuando suena el timbre de mi casa. Cojo mi abrigo y mi bolso rápidamente y abro. Unos preciosos ojos llenos de curiosidad me miran desde el otro lado de la puerta.

- Hola Carolina– dice la niña.

Miro sus rasgos y veo mucho de su padre en ella. Sobre todo la altura. Si no recuerdo mal tiene diez años y no tengo que agachar mucho la cabeza para mirarla.

- Hola Nina– contesto sin dejar de mirarla.

- Dice papá que vas a acompañarnos al Retiro – suelta sin más.

- Si –digo yo – ¿a ti te parece bien?

- ¡Claro! – dice convencida – así podré hablar con alguien mientras le piden autógrafos y fotos.

- Muy bien pensado – contesto sin poder evitar reírme por la espontaneidad de la niña.

Levanto la vista y veo que José María está llamando al ascensor mientras nos mira sonriente. Entramos y nos dirigimos hacia el garaje.

- Dice papá que eres doctora – me pregunta desde el asiento de detrás del coche.

- Si – contesto – Psicóloga.
- Ah... - dice y se queda pensativa – ¿Y ves muchos locos?

La pregunta me hace sonreír, pero no me río. No quiero que Nina piense que me río de ella. Los siguientes cinco minutos los utilizo para explicarle, en versión niña de diez años, en lo que consiste mi trabajo.

Paseamos por el Retiro sin prisas uno junto a otro pero sin tocarnos. Nina va montada en sus patines y hace piruetas a nuestro alrededor, mientras llama nuestra atención para que veamos sus logros sobre cuatro ruedas. Yo la animo y la aplaudo mientras recuerdo mis propias experiencias en ese campo cuando tenía su edad. Todavía conservo mis propios patines y le prometo a la niña que la próxima vez me los traeré para patinar juntas. Siento un poco de vergüenza al darme cuenta de que doy por hecho que esto se va a repetir en un futuro, pero José María me mira y me sonrío quitándome las dudas de un plumazo.

Nos sentamos en una terraza junto al lago, mientras Nina disfruta de una representación de marionetas de unos artistas ambulantes. Desde donde estamos la vemos perfectamente sentada en el suelo con las piernas cruzadas mientras grita, junto al resto de niños, advirtiéndole a Caperucita que tiene al lobo feroz a su espalda.

- Muchas gracias – dice José María sin quitar los ojos de

encima a su hija.

- ¿Por? – pregunto sorprendida.

- Por ser tan cariñosa con ella – contesta sin dejar de mirar a su hija.

- Es un encanto – digo sinceramente – no tienes nada que agradecerme.

- Bueno – continua – una mujer soltera, profesional, impresionantemente atractiva... No creo que sea uno de los mejores planes.

Me quedo mirándole sin saber que decir. Considero un alago casi todo lo que me ha dicho, pero deja entrever que piensa que puedo ser una mujer frívola y me duele.

- Creo que es un plan estupendo – digo algo seca.

Quita por un momento los ojos de su hija y me mira. Está claro que mi tono le ha sorprendido. Yo cojo mi refresco y le doy un sorbo para disimular mi malestar.

- Perdona si te ha molestado mi comentario – dice arrepentido.

- No te preocupes – contesto – es normal. Apenas nos conocemos.

- Si – sigue – yo solo quería decir...
- Que podría estar aquí por obligación – termino.
- Bueno... - vuelve a mirar hacia Nina.
- José María – llamo su atención – hacía años que no pasaba una mañana tan agradable.

Él vuelve a mirarme, coge mi mano y la besa.

- Gracias – dice mientras me mira fijamente como si yo fuera un extraño espécimen.

José María y Nina me dejan en la puerta de mi edificio a las cinco de la tarde, después de darnos un atracón de comer en el Museo del Jamón cerca de la Gran Vía. Me despido de los dos en la puerta, pues según me ha explicado Nina, su madre debe de estar “*de los nervios*” porque no nos hemos acordado de llamarla en todo el día.

Con el pensamiento de que podía haber llamado ella, subo hacia mi apartamento y me meto en la ducha.

Después de revisar todas las historias de los pacientes que tengo citados al día siguiente me meto en la cama y sueño con él.

**ÚLTIMA VISITA AL ENFERMERO, LA MOCHILA DE MI  
AMANTE Y UN PATÉTICO INTENTO DE  
AUTOCONSERVACIÓN.**

Salgo por la puerta del centro de salud acompañada de Laura. Voy acariciando instintivamente la palma de mi mano herida, a la cual acaban de quitar todos los puntos. No la he llamado para que me acompañe, pero la muy puñetera se ha presentado en mi casa media hora antes de la cita y, enseñándome la agenda de su móvil en la cual lo había anotado, se ha reído en mi cara.

La mañana se me pasa rápido atendiendo a varios pacientes. Me tomo una hora para comer mientras reviso mi agenda en el portátil. Compruebo que han ocupado el último hueco de la tarde con una cita cogida a través del Call Center que tengo contratado para la gestión de las mismas.

Reviso la ficha obligatoria que hay que rellenar para pedir cita por primera vez. Es una mujer de cuarenta años llamada Celia Vargas. No le doy más importancia y termino de comer para recibir a mi próximo paciente.

A las siete de la tarde suena el timbre y salgo de mi despacho para recibir a la nueva paciente. Según abro la puerta se me cae el alma a los pies y, con ella,

la mandíbula. La mujer que está al otro lado del umbral y me mira fijamente, es la cantante de jazz y amiga de José María, a la cual la última vez que vi estaba entrando en casa de mi amante con la naturalidad de quien lo ha hecho en innumerables ocasiones.

La invito a entrar y la guio hasta mi despacho. Me siento tras mi escritorio mientras ella hace lo propio en la silla que tengo al otro lado de la mesa.

- ¿En qué puedo ayudarla? – comienzo como si no la hubiera conocido.
- Tengo un problema – dice sin más.
- ¿De qué se trata? – pregunto todo lo profesional que puedo.
- No me gusta que intenten quitarme lo que es mío – suelta a bocajarro.

La miro en silencio pero no contesto, prefiero que ella continúe y ver de qué va exactamente todo esto.

- Él cree que es libre para poder acostarse con quien quiera – explica – cosa que yo le permito. Pero en el fondo, él es mío y de mi hija.
- Ya – digo echándome sobre el respaldo de mi silla – estamos hablando de un sentimiento de posesión sobre otra persona.
- Puedes llamarlo como quieras – dice un poco alterada –

pero te quiero fuera de sus vidas.

- Y si no te importa que se acueste con otras personas – hablo mientras la miro fijamente - ¿Qué diferencia hay conmigo?

- Con otras personas se acuesta y las olvida – me mantiene la mirada – a ti te ha presentado a su hija.

- Es una decisión suya como padre – digo.

- Bueno – dice algo chulesca – si quiere volver a ver a su hija, tendrá que estar a bien conmigo.

- Veo que se le da bien amenazar – ahora me estoy enfadando yo.

- Tómatelo como quieras – sigue – pero es lo que hay.

Después de retornos en silencio con la mirada durante unos segundos, Celia se levanta de la silla y se dirige hacia la puerta yéndose sin más. Yo me quedo sentada en mi sillón mientras miro hacia la puerta, e intento evaluar la situación.

Después de escuchar cómo se cierra la puerta, me quedo en mi silla sentada y pensando en cual puede ser la mejor manera de actuar sin dejarme la salud mental por el camino.

La idea de estar con José María me parece tan atractiva que no había pensado en que él podía venir cargado con su propia mochila al igual que yo. Mi

pasado me ha estado afectando de manera activa últimamente y me he ensimismado en mi propia persona. La atracción sexual que he estado sintiendo por él me ha nublado el pensamiento, ocultando ante mis ojos lo que una relación sentimental puede acarrear.

Pienso en los pros y en los contras y no lo tengo nada claro. Bueno, al menos si hay una cosa clara y esta es, que la amenaza de Celia no me amedrenta, aunque si hace que me cuestione si realmente merece la pena luchar por esta inmadura relación hasta ese nivel. No sé si la relación con José María llegaría en un futuro a algo más profundo de una simple atracción sexual con alguna salida esporádica, pero mi actual situación emocional no está para muchos trotes y, lo que no quiero, es que los frágiles puntales con los que estoy sujetándola se me partan por la mitad sepultándome bajo los escombros de un pasado inmediato, que todavía me mantiene en una situación mental vulnerable.

Luego, por otro lado, está la niña. No quiero que por una hipotética relación de José María y mía, una mujer a la que solo ha visto una vez, tenga que prescindir de ver a su padre con total libertad. No me parece justo y aunque eso lo está provocando su propia madre y me guardo mi opinión para mí misma pues en estos momentos soltaría por mi boca varios adjetivos calificativos contra la mujer que acaba de abandonar mi casa, yo no puedo hacer nada para que Celia cambie de opinión, pero lo que sí puedo hacer es

dejar de ver a su padre y con eso intentar que las cosas no lleguen a esos niveles.

Reconozco que es una decisión cobarde pero, ¿y si decido otra cosa y después de todo duramos tres días juntos? O ¿y si él decide pasar de mi para que Celia no se enfade? Sería completamente normal que antepusiera su hija a mí y, sinceramente, si hiciera otra cosa me decepcionaría enormemente. Creo que no voy a llegar a esos extremos ni de coña.

Guardo mi decisión y los motivos para mí misma y continuo con mi vida pre-amante.

La semana pasa sin pena ni gloria. El trabajo acumulado me entretiene y no me da tiempo a pararme mucho a pensar en él. Sé que los días de diario los pasa en Barcelona porque colabora en una emisora de radio de allí. La verdad que lo que en un principio me pareció una dificultad, pues no nos íbamos a poder ver durante los cinco días que separaban un fin de semana de otro, ahora se me antoja un respiro.

No sé cómo me voy a enfrentar a la situación de tener que decirle que no nos podíamos seguir viendo cuando le tuviera delante, mirándome fijamente desde su estatura con esa profunda mirada con la que me siento totalmente desnuda.

Como si por una vez el mundo se pusiera de mi parte, el viernes Laura me

recuerda que ese fin de semana estamos invitadas a unas jornadas lúdicas por la organización para la que colaboramos y a las cuales habíamos dejado en el aire nuestra asistencia. Sin pensármelo dos veces la digo que aceptemos la invitación. Ella descuelga el teléfono y confirma nuestra asistencia.

Miro por la ventanilla del tren y me deleito con el paisaje nevado. Es sábado por la mañana y viajamos en el tren de cercanías hasta el Puerto de Navacerrada en la sierra de Madrid. Nos vamos a alojar dos noches, junto a todos los integrantes de la ONG, las mujeres y chicas con las que trabajamos, en el albergue de Navacerrada. Para mi tranquilidad no he tenido noticias de José María, pues la noche del viernes la pasé en la casa de Laura. Queríamos coger el primer tren de la mañana en la Estación de Atocha y, dada la cercanía de su domicilio a dicha estación, nos pareció mucho más práctico. Solamente me había pasado por casa el tiempo necesario para hacer mi maleta.

Entramos en el albergue y nos dirigimos directamente al comedor. Allí están desayunando todas las integrantes de la organización y muchas de ellas son o han sido pacientes nuestras. Cuando se dan cuenta de nuestra presencia, nos aplauden y vitorean haciendo que el resto de los huéspedes nos miren divertidos. Laura salta dando palmas y yo me pongo roja mientras no puedo aguantar la risa por la ridícula situación.

Manoli, la presidenta de la asociación, una mujer de mediana edad, bajita y rellenita pero con una sonrisa con el poder de curar cualquier preocupación a corto plazo, se levanta de su silla y corre hacia nosotras dándonos un abrazo a cada una.

- Que contenta estoy de que halláis venido – dice realmente emocionada.
- Muchas gracias - digo – nosotras también.
- Esto promete – dice Laura – nos lo vamos a pasar genial.

Después de desayunar subimos nuestras maletas a la habitación y, sin tiempo para más, nos colocamos nuestro traje de nieve y nos vamos al puerto a tirarnos con trineos. Me lo paso tan bien que me olvido de todo el drama que llevo colgado a la espalda y me rio como una niña pequeña cada vez que rodamos por la nieve por nuestra falta de práctica. No miro el teléfono móvil en toda la mañana y después de comer un contundente cocido en el albergue nos subimos a descansar hasta las cinco, hora en la que está prevista que comiencen las charlas en el salón de actos del lugar.

Estoy en la ducha bajo el chorro de agua caliente, cuando siento que Laura entra en el cuarto de baño.

- Me acaba de llamar Jordi – dice sin más.

No contesto pero termino con mi ducha y comienzo a secarme.

- ¿Funciona tu móvil correctamente? – pregunta.
- ¿Por? – pregunto sabiendo por donde va.
- Igual se ha quedado sin batería – sigue.

Levanto la cabeza después de envolverme el pelo con una toalla y quito el vaho del espejo con el secador. La veo reflejada a través del círculo que he dejado en el centro del cristal y veo en su mirada sinceridad. Creo que me está preguntando esas cosas en serio.

- Lo tengo silenciado – explico – y no lo he mirado.
- Ah – contesta mientras mira la pantalla del suyo.

Me suelto la melena y comienzo a desenredármela. Ella sigue apoyada en la pared mientras teclea en su teléfono.

Al fin suspiro y comienzo a hablar.

Le cuento mis sensaciones con respecto a José María, mi paseo por el Retiro, su hija y, por fin, mi conversación con Celia.

- Y por esa razón – termino – no sé si esto es una buena idea.

Laura hace rato que ha dejado de teclear y el sonido de su WhatsApp con mensajes entrantes retumba repetidamente por el baño, mientras ella me mira con la boca abierta y los ojos como platos.

- Esa tía es una maldita manipuladora – afirma.

- Si – digo sin más mientras enciendo el secador.

Laura sale del baño mientras yo termino de secarme el pelo. Cuando salgo hacia la habitación me la encuentro sentada en la cama hablando por teléfono, en cuanto me ve se despide y cuelga.

- ¿Qué tal con Jordi? – pregunto desviando la atención hacia ella.

- Pues... sorprendentemente bien – comenta – creo que me gusta más de la cuenta.

- Me alegro – digo sinceramente obviando su consejo de que no hay que colgarse de un tío así – disfrútalo.

- ¿Estás segura de que vas a dejarte extorsionar por Celia? – pregunta apenada.

- No sé – contesto – creo que otra cosa sería demasiado egoísta.

- Ya – dice ella – menuda mierda.

A partir de ahí ya no volvemos a hablar del tema y nos centramos en disfrutar a lo que hemos venido. Ya tendré tiempo de pensar más fríamente en lo demás.

Llego a casa el domingo de regreso de la sierra. Dejo la maleta en la cocina pues va a ir todo a la lavadora y miro el reloj de la pared, son más de las diez

de la noche. No he terminado de colgar el abrigo en el armario de la entrada, cuando suena el timbre. Me quedo paralizada pues se perfectamente quien es y todavía no he pensado en lo que le voy a decir.

Este fin de semana mi móvil se ha llenado de llamadas perdidas y WhatsApp de él, los cuales no he leído, no quería que nada influyera en mi decisión de dejar la relación antes que todo explote en mi cara y las consecuencias sean realmente dolorosas e irreparables. Por un momento pienso en hacerme la loca y no abrir la puerta, pero mi sentido de la educación no me lo permite y abro sin pensármelo más.

- Hola – digo torpemente.
- Hola – contesta José María realmente serio.

Me quedo mirándole sin saber qué hacer, pero no le invito a pasar. Después de lo que se me antoja una eternidad, pero que seguramente no son más que unos segundos, hablo.

- He estado el fin de semana fuera – le digo.

Según cierro la boca me arrepiento. No tengo ninguna necesidad de dar explicaciones a nadie de lo que hago o no hago.

Secuelas de mi relación anterior.

- Lo sé – me contesta.
- Ah - por supuesto... Jordi.

- Te llamé – dice.

Observo como se mete las manos en los bolsillos y retira su mirada de mis ojos, en lo que traduzco como un gesto de inseguridad.

- Ya – contesto – estuve muy ocupada.

Ahora él clava sus ojos en mí y frunce el ceño.

- He estado todo el fin de semana con Jordi – dice secamente – Laura y él...

- Nosotros no somos Laura y Jordi – le corto – nosotros tenemos nuestra propia mochila.

Eso le hace callarse de inmediato. Vale, me digo, si querías alejarle de ti lo acabas de conseguir de la peor y más rastrera manera.

- ¿Esto tiene algo que ver con mi hija? – pregunta muy serio.

- Pues, de alguna manera...

No me deja terminar. Se da media vuelta y desaparece por la escalera dejándome allí con la palabra en la boca.

Cierro la puerta y me apoyo en ella. Mis manos viajan hacia mi cara y la cubren, como si de esa manera no pudiera ver la triste realidad de que acabo de cagarla estrepitosamente con él, mientras quedo como una frívola hija de perra.

Pienso en la razón lógica de todo, intentándome convencer de que esa misma es suficiente para hacerlo y su relación con la niña es mucho más importante que conmigo. También intento entender que este hombre me odie en estos momentos, pero el órgano que late dentro de mi pecho se está encogiendo de dolor importándole una mierda mi razonamiento. Mi lado egoísta me indica que yo no tengo la culpa de que la madre de su hija sea una celosa, posesiva, chantajista hija de puta. Pero lo cierto es, que esto no es más que un proyecto de relación, que nadie tiene la seguridad de que vaya a durar más de unas pocas semanas y no merece la pena arriesgar tanto por ello.

Joder, no puedo contener las lágrimas.

Me voy hacia mi habitación con la intención para desahogarme en un entorno privado, cuando me quedo paralizada al escuchar varios golpes en la planta de arriba.

Está bien, cada uno se desahoga como puede.

## **SENTIMIENTOS ENCONTRADOS, NADA COMO METER LA PATA EN CASA AJENA Y ASÍ NO SE PUEDE HABLAR.**

Esa mañana me despierto con los ojos muy hinchados. No había llorado tanto ni cuando me separé de Alfredo. Si pensaba que era el mejor momento de dejar a José María para no sufrir demasiado, estaba totalmente equivocada. Yo siempre he pensado que las relaciones necesitan un tiempo para que los verdaderos sentimientos afloren y que esos enamoramientos de dos días, son simplemente historias fugaces en las que las mentes confunden la atracción por una persona por el verdadero amor. Pero ahora que lo estoy sufriendo en mis propias carnes, ya no estoy tan segura.

¿Realmente estoy enamorada de él?

No quiero reconocerlo, pero la noche ha sido una tortura y no puedo dejar de llorar en cuanto pienso en lo mal que hemos quedado.

Supero mi jornada laboral como buenamente puedo y a las ocho de la tarde decido ir a la calle a dar un paseo sin rumbo fijo.

O eso creo yo.

Sin pensarlo mucho me he metido en el metro y he terminado en la puerta del edificio de Laura. Llamo al portero automático pero nadie me contesta.

Insisto un par de veces y espero un rato.

Nada.

Ya estoy dando la vuelta, cuando la voz de Laura suena por el interfono.

- ¿Quién es? – dice la voz distorsionada de mi amiga.
- Soy yo – contesto rápidamente.

El sonido de la puerta al abrirse me indica que suba y así lo hago.

Aunque Laura vive en el primer piso, subo en el ascensor con la idea de respirar antes de llegar a su casa y explicarle, sin ni siquiera tenerlo yo demasiado claro, el porque me he presentado así, sin avisar.

Aunque ella si es de las que hace esas cosas, yo no lo había hecho nunca, yo soy de las que llaman antes de ir a los sitios y estoy convencida de que en estos momentos está alucinando.

Salgo del ascensor y me la encuentro en la puerta esperándome. Está únicamente vestida con una sexi bata de raso, la miro de arriba abajo pero en el momento en que ella me pregunta con la mirada se me olvida esa línea de pensamiento.

- Pasa y cuéntame – dice muy seria.
- Creo que la he cagado – digo – mientras me dejo caer como un objeto inerte en el sofá de su sala de estar.

- ¿Por qué? – pregunta.
- He dejado a José María – le digo.

Ella asiente con la cabeza, pero no dice nada. Está esperando a que yo vomite toda la información.

- Le he dejado y creo que él ha sacado una conclusión errónea del motivo – explico.
- No le has contado el chantaje de su ex – afirma.
- No, no, ni de coña – digo.
- ¿Y qué conclusión crees que ha podido sacar de tu ruptura? – pregunta.
- Creo – respiro hondo para no llorar de frustración – creo que piensa que no quiero estar con él por su hija.
- Vaya...
- Si vaya – repito frustrada.
- Pero tú sabes igual que yo – dice muy calmada – que los malos entendidos se pueden corregir.
- Ya... - digo – pero no quiero enfrentarle con la madre de su hija.
- Tú no le estás enfrentando con nadie – dice Laura en un tono algo más alto – ella ha ido a tu casa y te ha chantajeado con no dejarle ver a su hija si no le dejas y, de eso, tú no tienes la culpa.

- ¿Y qué importa quien tenga la culpa? – digo casi sollozando – el resultado es el mismo.
- No estoy de acuerdo – dice Laura.
- Bueno – digo apenada – lo hecho, hecho está.
- Sigo sin estar de acuerdo – dice mientras se levanta - ¿una cerveza?
- Si gracias – acepto.

Vamos hacia la cocina cuando escucho la cisterna del wáter al fondo del pasillo.

- ¿Estás acompañada? – pregunto alarmada.
- Si – contesta con la cabeza metida en la nevera.
- Joder Laura – le digo – habérmelo dicho.
- Ni de coña – dice tendiéndome un tercio de Mahou – me necesitabas y me tienes, un polvo puede esperar.

El comentario de mi amiga me hace sonreír mientras le doy un largo trago a mi cerveza.

Llevamos cinco minutos sentadas en las banquetas de la isla de la cocina de Laura, bebiendo cerveza y comiendo aceitunas, cuando veo entrar a Jordi por la puerta. Va vestido únicamente con un pantalón de chándal y luciendo torso. He de reconocer que se conserva estupendamente.

- Hola chicas – dice mientras se acerca a Laura y la besa en los labios - ¿puedo acompañaros?
- Sírvete tú mismo – dice Laura comiéndoselo con los ojos.

Jordi abre la nevera y se inclina para coger un tercio, Laura le mira el trasero y después me mira a mí y me guiña un ojo. Siento como me ruborizo y ella se ríe en silencio contagiándome a mí. Cuando Jordi se da la vuelta con las cejas en alto y nos mira a las dos, levanto mi bebida y le doy un largo trago para disimular.

- No he podido evitar escuchar parte de vuestra conversación – dice Jordi.

La frase corta mí momentáneamente alegre estado de ánimo y vuelve el dolor en el pecho junto con una alarma de terror en mi cerebro.

- Realmente no me sorprende la actitud de Celia – dice mientras me mira – ella siempre le ha tenido cogido por los huevos. Utiliza a su hija para hacer con él lo que le da la gana. Pero creo – dice muy serio – que esta vez se ha pasado.
- Por favor Jordi... - digo.
- Somos amigos de toda la vida – me explica – y nunca le había visto tan hecho polvo como ayer por la noche.
- Yo... - mis ojos se llenan de lágrimas y agacho la cabeza

para disimular - no fue mi intención...

- Carol – dice alzándome la barbilla con un dedo – o se lo dices tú, o se lo digo yo. Ya va siendo hora de que se dé cuenta de quién es Celia.

Miro a Laura alarmada. El ultimátum de su amante me deja sin palabras, pero mi amiga me mira sin decir nada mientras sigue bebiendo de su cerveza. Cambio la mirada hacia Jordi y la clavo en sus ojos. ¿Está hablando completamente en serio?

El silencio por parte de él me sirve de respuesta.

- Está bien – digo – dame algo de tiempo para pensar.

- Si no se lo dices hoy – comenta muy calmado – mañana lo sabrá por mi boca.

Joder, joder, joder...

Me levanto de mi silla, le doy un beso a Laura y fulmino con la mirada a Jordi. Después cojo mi abrigo y me voy a mi casa a rebozarme íntimamente en mi propio barrizal.

Estoy sentada en la mesa de mi cocina con el móvil apoyado en ella. Las aspas del WhatsApp están en azul. Le he enviado un mensaje a José María hace media hora en el que le digo que “tenemos que hablar” y, aunque parece ser que lo ha leído, no me ha contestado. Cojo el móvil de la mesa y tecleo de

nuevo “por favor, déjame explicarme” y pulso enviar.

El segundo aspa se tiñe de azul y mi corazón acelera su latido. Espero que se encienda el letrero que anuncia que la otra parte está escribiendo, pero esto no ocurre.

Vale, mensaje recibido.

Me resigno y me voy a la ducha. El agua caliente recorre mi cuerpo y no puedo evitar que los recuerdos de la única vez que he estado acompañada en ese espacio vengan a mi mente y mi cuerpo reacciona a ellos.

Pero no voy a permitirme ir por ahí, ya he conseguido lo que buscaba y José María pasa de mí. Quizás sea mejor que se lo cuente su amigo. Aunque de esa manera siga pasando de mí, por lo menos no pensará que yo he tenido ningún problema con su hija. Que la manipuladora de su ex me haya dejado como una mujer egoísta y sin sentimientos me duele y deseo que, en algún momento de su vida, el que es el padre de su hija, la ponga en su sitio.

Me envuelvo con dos toallas el cuerpo y el pelo. Y hecho una mirada de reojo al móvil que he dejado en la encimera del baño. Tengo una llamada perdida y un WhatsApp.

Compruebo que la llamada perdida es de José María.

Genial, dos horas esperando y me tiene que llamar en el preciso momento en el que estoy metida en la ducha.

Miro el mensaje... también de él. Lo abro “estoy en tú puerta”. Es de hace cinco minutos.

Salgo del baño en una loca carrera hasta la puerta y la abro de un tirón. Allí está, apoyado en la pared con los brazos cruzados. En cuanto posa sus ojos sobre mí su expresión cambia, los entrecierra y me recorre de arriba abajo.

- Pasa, por favor – le digo recolocándome la toalla.

Hace lo que le pido y cierra la puerta tras él. José María no abre la boca, mejor dicho, no articula ninguna palabra, pues la boca sí que la abre un segundo después de atraerme hacia él y meter su lengua en la mía.

Sabe a alcohol, a mucho alcohol. Es una mezcla de cerveza y bourbon, pero no me importa. Le he echado tanto de menos que me derribo en sus brazos mientras me lleva en volandas, sujetando con sus grandes manos mi trasero mientras yo abrazo su cintura con mis piernas. Estoy completamente desnuda sobre mi sofá, he perdido la toalla con la que cubría mi cuerpo por el camino y las manos de mi amante se han encargado de quitarme la de la cabeza. Desabrocho su camisa con la rapidez que me da el ansia por tocar su piel y él se deshace de todo lo que le cubre la parte de abajo. En unos segundos estamos los dos en igualdad de condiciones.

José María se apoya sobre mi cuerpo, mientras sujeta parte de su peso con sus fuertes brazos y me embiste sin más preámbulos. La fuerte invasión me roba

el aire de los pulmones y por unos segundos me resisto, pero él consigue un ritmo que, junto con su lengua turnándose en mis pezones, logra encenderme y rápidamente le estoy acompañando en un rudo baile de caderas. Los gemidos de placer salen de ambas gargantas mientras se gesta el clímax. Yo llego la primera a un rápido pero intenso orgasmo arrastrándole a él conmigo.

Dicen que después de la tormenta llega la calma. Pero odio esa calma. Estaba mucho mejor hace unos minutos, mientras la tormenta me arrastraba a un estado de ánimo mucho más cómodo y placentero, mientras las fuertes embestidas no me permitían pensar.

Después de suspirar en mí cuello sale de mí interior. No me mira a los ojos mientras se viste rápidamente, yo siento la necesidad de taparme y recojo una de las toallas del suelo y cubro lo que puedo de mi desnudez. Cuando está vestido me mira y abre la boca para hablar.

- Si es esto lo que buscas de mi – dice muy serio – yo estoy conforme con los términos.
- ¿Qué? – digo casi ahogándome con un sollozo en ciernes.
- Siento haber querido involucrarte en “mi mochila” – recalca las últimas palabras.
- Pero yo no...
- Cogeré cualquier cosa que me ofrezcas – sigue – si es así como te

puedo tener, pues que así sea.

La voz de José María y su falta de equilibrio confirman el estado ético en el que se encuentra. Desde luego no es el momento de razonar con él y, mucho menos, de contarle la visita a mi gabinete de la madre de su hija.

- Está bien – digo – creo que deberías irte a acostar.
- Si – reconoce – yo también lo creo.
- Hablaremos cuando te encuentres mejor – le acompaño a la puerta medio envuelta en la toalla.

Sale de mi casa y se va directamente a la escalera, pero se para con el pie en el primer escalón y, sin mirarme, dice:

- Llámame cuando me quieras tener.

Yo me quedo ahí plantada con la boca abierta, mirando hacia la escalera, mucho tiempo después de que él haya desaparecido. Estoy intentando entender que es lo que ha sucedido.

¿Él se ha ofrecido para ser utilizado?

No duermo nada esa noche. El insomnio se está convirtiendo en mi compañero de piso y tengo unas ojeras que me llegan a la barbilla. Utilizo mi maquillaje para estar lo más presentable posible y comienzo mi jornada laboral.

El medio día llega y me tomo un descanso para comer. Miro hacia arriba como si de esa manera pudiera saber si él está en su piso. Para mi vergüenza, llevo todo el día pendiente de los ruidos del piso de arriba y no he sido consciente del sonido de la puerta al cerrarse. Aunque con los ruidos del día es posible que no lo haya escuchado.

Cuando termino la tarde decido llamarle, pero según cojo el teléfono, una llamada entrante me interrumpe.

Laura.

- Hola guapa – saluda.
- Hola – contesto con tono frustrado.
- Um – dice – esa voz.
- Nada – digo cambiando el tono.
- ¿Has hablado con José María? – pregunta.
- Bueno...
- Bueno ¿Qué? – dice con tono cansado.
- Hablar, hablar...
- Joder Carol – me regaña – Jordi ha ido a su casa esta tarde.
- Había bebido...
- ¿Quién? – pregunta rápidamente.
- Él – contesto igual de rápido.

- Ah...
- No era el momento – le explico.
- Vale – dice – pues seguro que ya no hace falta que le digas nada.
- Joder... - me sujeto la frente.
- Si – afirma – joder.

Ahora en el silencio de mi casa, escucho cerrarse la puerta de arriba. Los pasos sobre mi cabeza me indican que no es él el que ha salido. Seguramente será Jordi. Enseguida suena el tono de mi teléfono.

Es él.

- “Necesito hablar contigo en un lugar neutral”
- “Si” – contesto.
- “Ahora tengo que salir” – escribe – “quedamos a las 20:00 en el bar de la esquina”
- “De acuerdo”

Dejo el teléfono y respiro hondo.

## **UN PLANTÓN EN TERRENO NEUTRAL, UNA DECISION MUY DOLOROSA Y CAMBIO DE AIRES.**

Estoy sentada en una mesa junto a la ventana y tengo un vaso de Coca Cola sobre ella el cual no he tocado. Juego con él entre mis palmas mientras miro a través del cristal las luces de la ciudad, esperando ver aparecer la imponente presencia de mi amante.

José María se está retrasando.

Pienso en la razón de estar allí y me arrepiento de haber aceptado la cita sin pensar antes en sus consecuencias. Estas cosas no hay que hablarlas en caliente, es mejor dejar que los sentimientos se asienten antes de que afloren las posibles soluciones, pues si dejas que salgan a lo loco, sin que tu cerebro las procese tomándose el tiempo que necesite, la situación está abocada al desastre.

Y eso es lo que me está pasando. He perdido por completo el control de la situación.

Estoy cayendo en el oscuro pozo de una desastrosa realidad, la cual no he sido capaz de controlar y en esos momentos, mientras miro el oscuro color marrón de mi refresco, vislumbro la mugrienta imagen del fondo del pozo en

el que estoy a punto de estrellarme de cabeza, dejándome los sesos desparramados en el frío suelo sin posibilidad de reparación.

Miro el reloj del móvil y compruebo que son las 21:00, ha pasado una hora desde la hora fijada y sigo allí, con la única compañía de mi refresco aguado. Los anónimos clientes entran y salen mientras yo me mantengo en mi sitio, observando cómo se derriten los hielos y el ácido limón sobrevive al ocaso, flotando en el líquido echado a perder.

No puedo evitar hacer un símil de ello con la vida real.

La frescura consumida por las fuerzas oscuras, mientras la acidez corrosiva se mantiene a flote, utilizando egoístamente a los que comparten su espacio con ella y bañándose plácidamente mientras disfruta de su victoria porque, aunque sea un pensamiento negativo y autodestructivo, en esta ocasión el limón ha ganado la batalla.

Cómo casi siempre.

Esta revelación me hace ponerme rígida en mi silla. Me levanto de un salto, pago en la barra y me largo antes de que José María aparezca y ya no pueda moverme de su lado.

Si es que aparece.

Subo corriendo a mi apartamento y me encierro en él. Miro mi teléfono y le mando un mensaje antes de apagarlo por completo.

“No quiero volver a verte”

Me tiro en la cama y lloro mi frustración durante toda la noche.

Los días pasan he intento centrar la atención en mi trabajo. Después de una semana sigo sin poder contener las lágrimas cuando pienso en él. Él, que ha hecho caso totalmente al mensaje que le envíe y no ha hecho ningún intento por ponerse en contacto conmigo.

Creo que no está en su apartamento. Desde la noche que me dejo plantada, no he escuchado ni un solo ruido en el piso de arriba así que, o no esta en su apartamento, o está en estado gaseoso y no le hace falta pisar el suelo.

Mi vida se ha convertido en algo robótico. Trabajo como un robot, duermo como un robot, me visto como un robot, hago el resto de las cosas que necesito para seguir viviendo como un puñetero robot y continúo con mi mecánica vida cómo puedo.

Evito a Laura siempre que puedo, aunque la mayoría de las veces eso no es posible.

Esta misma mañana se ha presentado en mi casa con la excusa de que es sábado y me ha sacado arrastras de mi apartamento para darnos una vuelta por La Gran Vía. Ella no habla verbalmente de nada relacionado con José María y yo se lo agradezco, pero la comunicación no verbal está ahí, en su mirada, en sus gestos, en su tono de voz y en cada detalle de contención que

tiene y que no va para nada con ella.

No la culpo, porque sé que no lo puede evitar. Tampoco hablamos sobre su relación con Jordi, sé que estoy actuando como una egoísta, pero de momento no puedo evitarlo.

Y así están las cosas después de treinta y tres días sin hablar con él.

He asistido a dos conferencias en la universidad, las cuales me han servido para despejar mi cerebro de tanto pensamiento autodestructivo. Por su puesto, me he encontrado en ambas con Alfredo, el cual ni siquiera se ha acercado a saludarme y me ha mirado con autosuficiencia mientras sujetaba de la cintura a una joven que no podía estar más embelesada mirándole. Al contrario de lo que el egocéntrico de mi ex puede haber creído, me he sentido aliviada.

Mientras tenga a otra en la que pensar, a mí me dejara en paz.

Pasan los días, las semanas, los meses y sigo sin poder hablar de él, al menos en voz alta, porque mi cerebro no permite que su presencia desaparezca.

Falta una semana para el puente de San José y Laura se ha presentado con los billetes y las reservas para ir a Valencia.

- Las Fallas nos están esperando – dice muy emocionada mientras mueve los billetes sobre su cabeza.
- Genial – contesto intentando parecer sincera.
- Venga Carol – dice mientras me abraza – nos lo pasaremos muy

bien.

- Gracias – digo mientras ciño fuertemente a mi amiga – muchas, muchas gracias.

Laura se retira muy despacio y me mira a los ojos, en esos momentos las lágrimas que llevo conteniendo en público durante tantas semanas, se derraman en un incontrolable torrente el cual ya no puedo cerrar.

Lloro, lloro y lloro toda mi pena y frustración abrazada a mi amiga, las dos terminamos sentadas en el sofá mientras yo sigo llorando. Laura no dice nada, simplemente me da el consuelo y el apoyo que sabe que necesito en ese momento y espera pacientemente a que termine de expulsarlo todo.

- No sé qué hubiera hecho todo este tiempo sin ti – digo entre sollozos.

- Pero yo estoy aquí – constata – esa es la realidad y no hay que pensar en cosas innecesarias.

- Me he portado como una egoísta – digo – no sé cómo me has aguantado.

- Yo tampoco – dice medio sonriendo – ahora vamos a terminar con esta actitud autodestructiva, nos vamos a ir a Valencia y nos lo vamos a pasar que te cagas.

- Si – digo secándome las lágrimas – que te cagas.

Y en ese momento me siento mejor. Acabo de cerrar una etapa de mi vida y estoy abriendo otra. Aunque la puñetera puerta sea la más pesada que he intentado atrancar en mi vida.

El AVE nos deja en la estación Joaquín Sorolla en noventa minutos exactos. Esta está situada en el centro de la capital Valenciana y nos permite desplazarnos al hotel a pie. Arrastramos nuestras pequeñas maletas para cuatro días hasta el Hotel Mediterráneo, mientras disfrutamos del luminoso sol del mediodía y del olor de ese mar que da nombre a nuestro alojamiento.

Por el camino vemos un par de monumentos falleros y nos paramos a contemplarlos. Mi mente no puede evitar pensar en el final destructivo que le espera a cada uno de ellos, independientemente de su belleza y de todo el trabajo y la ilusión puesta en su construcción, será finalmente arrasado por las llamas.

Es una verdadera pena.

Mierda, igual que mis relaciones. Espero que la siguiente sea la que se gane el indulto.

El ambiente festivo me invade y disfruto de él durante toda la tarde que Laura y yo utilizamos para recorrer las calles y ver todos los monumentos que están instalados en las principales plazas y calles de la ciudad.

La belleza de los montajes, de los desfiles con sus elaborados vestidos y el

olor a mar y a primavera, hace que me olvide por unas horas de todo el drama que ha estado machacando mi vida durante tantas semanas. En ese momento me siento tan agradecida, que no puedo evitar dar un abrazo a mi amiga.

- Gracias – le digo al oído mientras la estrujo entre mis brazos.

- ¡Pero bueno! – dice con tono extrañado y divertido a la vez – me han cambiado a mi despegada amiga y no me he dado cuenta.

- No seas tonta – digo medio emocionada – sabes que te quiero aunque no te lo demuestre de una manera física.

- Que sí petarda – dice mientras seguimos andando.

Seguimos paseando entre bromas y risas. Caminamos frente a la estación del AVE cuando Laura ve la oficina de información turística y da un tirón de mí arrastrándome en esa dirección.

Hay bastante gente dentro y nos dedicamos a coger varios folletos sobre las distintas opciones para hacer turismo en la ciudad. Hojeo un programa de las fiestas que está junto a muchos otros en un expositor. Miro las distintas opciones para salir esa noche y cuando llego a los conciertos programados por el ayuntamiento, mis ojos se abren como platos mientras mi estómago se cierra como si alguien estuviera apretándolo con una cincha.

“Gran actuación de Locura en el pabellón 5 de La Feria a las 22:00”

Miro a mi amiga alucinada por la coincidencia. Laura en esos momentos está hablando con el chico encargado de la oficina y vuelvo a mirar el folleto. Miro de nuevo, ahora escamada, ella sigue tonteando entre sonrisas y caídas de ojos. En esos momentos la que entrecierra los ojos soy yo.

Será cabrona...

Guardo el folleto en el bolsillo de mi cazadora vaquera y me voy hacia ella con ganas de matarla.

- Laura – llamo su atención dándole molestos golpecitos con mi dedo índice en su espalda.
- Dime – dice sin quitar los ojos del chico.
- Podemos hablar en privado – espeto.

Esto si llama su atención y se gira para encararme.

- ¿Qué pasa? – dice sorprendida mientras me sigue a la calle.
- ¿Tú sabías esto? – le enseño el papel.
- ¿Qué estamos en Fallas? – dice con voz de listilla.
- No me hagas insultarte – amenaza – E-S-T-O – señalo el concierto.
- Umm – se pone roja – algo sabía.
- Joder Laura – bufo – lo que menos necesito en estos momentos es verle.

- Discrepo – dice con los brazos en jarras.
- ¿Discrepas? – alucino.
- Sí – confirma muy puesta.
- A ver – resoplo – explícate o soy capaz de meterme en el primer tren que pase hacia Madrid.
- Creo que estáis hechos el uno para el otro – suelta – no puedes dejarte ganar por la arpía de su ex.
- El me dejó plantada – casi grito – yo le di la oportunidad de hablar y fue él el que no acudió.
- Se siente culpable – suelta con un gesto de sus manos como si fuera tan obvio.

Me doy cuenta que Laura tiene más información de la que yo dispongo y me jode.

- Sabes más que yo – afirmo.
- Se lo que me ha contado Jordi – confirma.
- ¿Y eso es...?
- Eso es, básicamente, que los dos estáis sufriendo por algo que no es vuestra culpa – dice.
- Yo ya no estoy sufriendo – digo con la boca chica – ya pasó.
- No insultes mi inteligencia – me dice mientras me coge las

manos.

- Yo... - las lágrimas contenidas hacen arder mis ojos.
- Carol – dice bajito – solo dale una oportunidad para explicarse.
- Pero qué oportunidad – digo obcecada – no se ha puesto en contacto conmigo en todo este tiempo.
- Se siente tan culpable que no ha sabido cómo gestionarlo.
- ¿Sabe que estoy aquí? – pregunto.
- No – me contesta.
- Joder Laura – alucino – Jordi sí, claro.
- Claro – dice sin dejar de mirarme a los ojos.
- Claro - repito en un susurro para mí misma.

Me doy cuenta que me he dejado convencer muy rápido o, en realidad, ya estaba convencida en mi fuero interno.

**SOLA ENTRE MILES DE PERSONAS, LETRAS QUE SE CLAVAN  
EN EL CORAZÓN Y NO PODIA ESTAR MAS EQUIVOCADA.**

Entramos en el Pabellón 5 de la Feria de Valencia a las 21:45. Laura tiene unos pases que nos dan acceso a la zona vip del recinto. Nos sentamos en las gradas justo al lateral derecho del escenario, a menos de diez metros de donde, en esos momentos, “Los Secretos” están dándolo todo.

- ¿Si quieres podemos ir detrás del escenario? – me pregunta Laura cerca de mi oreja – solo tengo que avisar a Jordi.
- Estoy bien aquí – le dedico una sonrisa que sé que no ha llegado a mis ojos – pero puedes ir tú si te apetece saludarle.
- ¿Estás segura? – pregunta mientras me mira fijamente.
- Pues claro – digo – no seas tonta.
- En cuanto comience su concierto me vuelvo – promete.

Laura se levanta después de darme un beso en la mejilla y se aleja mientras teclea frenéticamente en su móvil.

La observo mientras baja por las escaleras y en el momento que gira hacia la valla de seguridad, veo su sonrisa tonta iluminada por la luz que desprende su teléfono. Estoy muy cerca del escenario, así que puedo ver como Jordi ya la

está esperando en la entrada la cual está vigilada por varios enormes empleados de seguridad y no puedo dejar de observarlos mientras se abrazan y se besan apasionadamente.

¡Vaya con la que lo tenía controlado!

En cuanto se despegan veo como Jordi habla en el oído de mi amiga y ella gira la cabeza hacia mí y me señala. Levanto la mano a modo de saludo y él me lo devuelve. Jordi me hace un gesto diciéndome que vaya con ellos, pero en seguida Laura le habla y él asiente. En el momento en que los dos se van en dirección a los camerinos yo vuelvo a clavar los ojos en el escenario.

Disfruto de un par de temas, dos bises y la actuación de Los Secretos se da por terminada. Las luces se encienden y los altavoces cambian de la música en directo a la enlatada.

Me entretengo mirando a la gente que espera con entusiasmo que comience la siguiente actuación. El escenario es una vorágine de gente para allá y para acá, transportando instrumentos y demás material.

Yo no me pierdo detalle con la esperanza de verle, pero no tengo suerte. Seguramente estará atrincherado en el camerino esperando a que todo esté dispuesto para salir a actuar.

Cierro los ojos e intento relajarme. La expectativa de verle después de tanto tiempo, me hace sentir especialmente nerviosa y no quiero que ese estado se

apoderare de mí.

Intento relajarme empezando por los dedos de los pies y continuando en dirección ascendente por el resto del cuerpo. Estoy llegando a mis hombros, cuando las notas de uno de los temas más conocidos de José María se introduce por mis oídos, interrumpiendo mi patético intento por evadirme y poniendo todas y cada una de las células que componen mi cuerpo en estado de alerta. Abandono de un plumazo mis ejercicios de relajación y abro los ojos muy despacio justo a tiempo para ver como las luces se apagan y la melodía sale directamente de los instrumentos de los músicos que están en el escenario.

Los gritos del público atronan en el lugar cuando el cantante sale andando tranquilamente hacia su micrófono y a mí se me encoge el estómago. Me siento una intrusa insignificante entre tanta gente que lo adora. El miedo se anuda en mi abdomen y estoy segura que si fuera una mujer mucho más fuerte de lo que soy, saldría corriendo de allí. Huyendo de toda esa situación que me abrumba. Pero no soy lo suficientemente fuerte como para dejar de mirarle. Estoy tan cautivada que creo que me van a tener que despegar de mi butaca cuando los trabajadores del lugar decidan que ya es hora de cerrar el pabellón. La voz rasgada de José María se introduce a través de mis oídos y va directa a cada uno de mis sentidos dejándome paralizada en mí asiento mientras le miro fijamente.

El concierto continúa mientras yo lucho por respirar. Laura tiene toda la razón del mundo, no he superado en lo más mínimo nada de nada. Estoy tan absorta en lo que pasa en el escenario que ni siquiera soy consciente de que Laura está sentada a mi lado hasta un buen rato después. Ella no me dice nada y se limita a mirar hacia el escenario mientras disfruta del espectáculo.

Gritos femeninos resuenan por todo el recinto cuando se quita su chaqueta y se queda con una camisa sin mangas luciendo sus enormes brazos. La idea de que yo he estado entre ellos mientras hacíamos el amor, me da seguridad ante la avalancha de piropos subidos de tono que escucho a mí alrededor.

La música para y José María coge su botella de agua y le da un largo trago, mi propia lengua pasa inconscientemente por mis labios y el pensamiento de su boca sobre mí me hace suspirar.

Siento celos de la puñetera botella.

Las luces bajan de intensidad y él coge una banqueta alta para sentarse, las notas que salen de los instrumentos de los músicos forman una melodía mucho más lenta que en la anterior canción y él comienza a cantar.

No he escuchado nunca este tema, pero su letra me llega tan dentro que siento que me mareo. Habla del amor a primera vista, de cómo dos personas conectan sin que nada pueda evitarlo y también de todos los errores que se pueden cometer por la falta de comunicación sincera. No soy consciente de

que las lágrimas recorren mis mejillas, hasta que Laura me pasa un pañuelo de papel por la cara, lo cojo con mi propia mano y sigo yo misma con esa tarea mientras no le quito ojo al hombre que se desgarró la voz en el escenario mientras hace lo mismo con mi corazón.

Cuando termina el tema, él se queda unos momentos de espaldas al escenario mientras vuelve a beber agua de la botella de debajo de la batería. Jordi, que está sentado en la banqueta de ese instrumento nos mira y le guiña un ojo a Laura desde el sitio donde estamos.

Se nos debe de ver perfectamente desde el escenario.

José María, que en ese momento estaba con la cabeza inclinada hacia atrás bebiendo, se ha dado cuenta del gesto de su amigo y gira la cabeza hacia nosotras. Se queda paralizado con la botella a medio camino entre su mano y su boca.

Por si tenía alguna duda de si sabía que estaba allí, su cara de estupefacción me lo ha aclarado todo.

El concierto termina y el pabellón se va quedando vacío poco a poco. Yo sigo sentada en mi sitio sin saber muy bien que hacer. Laura ha intentado que me fuera con ella hacia los camerinos, pero yo no puedo moverme de mi sitio. Creo que me van a tener que echar los de seguridad cuando ya no quede nadie.

Al final ella me ha dicho algo sobre despedirse de Jordi y que nos fuéramos las dos al hotel y me ha dejado sola después de hacerme jurar que no me movería de allí hasta que ella regresara.

Estoy con la mirada sobre mis zapatos, tan absorta en mis pensamientos que no le veo venir. Pero mi cuerpo es otra historia, este percibe su presencia por su propia cuenta y siento como un ramalazo de adrenalina recorre toda mi piel. La butaca de mi lado se queja con un crujido al recibir su peso y yo giro la cabeza muy despacio hasta encararle. José María no me mira, en ese momento se está restregando la cara con sus largas manos como si quisiera borrarse sus propios rasgos.

Después de un rato haciendo ese mismo gesto, me mira pero no dice nada. Sé que está esperando a que hable yo primero, pero las palabras que tengo revoloteando en el cerebro no encuentran el camino hacia mi boca. Hago un ruido ininteligible que disimulo rápidamente con un carraspeo y vuelvo a mirar al suelo. Los segundos pasan y sé que podría hacer un mapa exacto del espacio donde tengo los pies plantados. Un profundo suspiro masculino se introduce en mi oído izquierdo, seguidamente siento su voz introduciéndose por el mismo lugar.

- Me dijiste que no querías volver a verme – dice con un toque de dolor en su voz.

- Sí, así fue – contesto con el hilo de voz que logro hacer salir por mi apretada garganta.
- No sé qué decir – declara – me equivoque y entiendo que me odies.
- No te odio – digo como un resorte – yo solo... no viniste... te estuve esperando y no viniste – conseguí terminar.
- Tuve... - para y coge aire como si con ello cogiera fuerzas – una conversación con la madre de mi hija que se alargó más de la cuenta.
- Ya – exhalo.
- ¿Me permitirías retomar esa cita? – ruega, mientras me mira fijamente a los ojos.
- Está bien – cedo sin luchar.

Soy vergonzosamente consciente de lo fácil que he sido, después de lo mal que lo he pasado durante todas esas semanas, pero en ese momento no tengo fuerza para negarle a mi cuerpo y a mi mente lo que está ansiando con tanta fuerza que me hace jadear. Tantos juramentos y propósitos que no sentía de verdad, han terminado por caer por su propio peso.

Paseamos por las nocturnas calles de Valencia sin hablar, cubriendo los incómodos silencios por la multitud de imágenes que nos brinda la ciudad en fiestas. Andamos uno junto al otro sin tocarnos, no estamos en ese punto,

todas las semanas pasadas de dolor nos lo impiden.

Por lo menos a mí.

El sonido atronador de los petardos nos acompaña hasta nuestro destino y muchas personas de las que nos cruzamos nos miran reconociendo a mi acompañante o directamente nos paran para pedir una foto o un autógrafo de él. José María se presta a ello con una paciencia que aparentemente no le pega. Yo cada vez que esto ocurre me retiro unos pasos intentando pasar lo más desapercibida posible, pero soy consciente de que alguno de los flashes de los teléfonos móviles han ido dirigidos hacia mí.

¿No sé quién se creerán que soy?

Mis pasos han ido inconscientemente hacía el hotel y cuando me he dado cuenta estábamos en la puerta del mismo. Sé que José María no tiene la información de donde me alojo, así que en ese momento soy consciente de que he sido yo la que le he guiado hasta allí.

Me paro en la puerta y pienso en cómo solucionar la incómoda situación. Él me mira serio con las manos en los bolsillos mientras espera a que yo haga o diga algo.

Me niego a mí misma el impulso de subir a la habitación y me dirijo hacia el pub del hotel.

En el momento en que entro por la puerta del oscuro recinto, él posa su mano

sobre mi cintura y me dirige hacia una de las mesas que se encuentran al fondo del pub y que brindan la intimidad que en esos momentos necesitamos. Los tonos negros y rojos predominan en la decoración y la única luz eléctrica que hay es la que proyectan los alógenos sobre la barra. Las mesas están iluminadas por una única vela colocada en el centro de la misma y hace que el ambiente sea realmente íntimo. Sobre todo, si tenemos en cuenta que no hay ningún cliente más que nosotros en el local.

Nos sentamos uno frente a otro y nos miramos a los ojos. Un camarero rompe el momento al acercarse para tomar nota. Yo pido un coctel de ron, creo que esta noche necesito algo más fuerte que una cerveza y él pide burbon. Cuando el camarero se va hacia la barra yo clavo mis ojos en la llama de la vela que esta frente a nosotros, mientras juego con ella dándole vueltas con mis dedos.

- ¿Por qué no hablaste conmigo? – pregunta de repente.
- Eso mismo me pregunto yo – reconozco.
- Debiste contarme lo de Celia – dice con tono tranquilo – yo no me podía imaginar que fuera capaz de hacer lo que hizo.
- Somos capaces de muchas cosas cuando creemos que defendemos algo que nos pertenece – argumento – ella solo estaba haciendo eso.
- Yo no la pertenezco – levanta algo más la voz – ella es la

madre de mi hija y antes mi amiga.

- ¿Antes? – pregunto sin poder contenerme.
- Sí. Ahora ni eso – reconoce.
- Yo...

El camarero corta mi frase cuando trae nuestras bebidas. Yo le doy un trago a la mía antes de continuar.

- No quiero romper la relación que tienes con ella – digo dolida – es la madre de tú hija y yo no tengo derecho a meterme por medio.
- Tú no has roto nada – dice secamente – Celia ha sido la única culpable de todo esto y no creo que se lo pueda perdonar jamás.
- Joder... - digo con pena – es tan injusto para Nina – me arrepiento del comentario en el preciso momento que lo termino de decirlo.

José María da un trago a su bebida mientras me mira fijamente. Yo le imito en lo del trago más por tener las manos ocupadas que porque realmente tenga sed.

- Gracias – suelta de repente.
- ¿Porque? – no sé a qué se refiere.

- Por pensar en el bienestar de mi hija – explica – no sabes cuánto te lo agradezco.
- Yo... - me sonrojo – es una niña.
- Aun así – continua – no todo el mundo piensa igual.
- ¿Seguirás viéndola sin problemas? – el alcohol debe de estar soltándome la lengua – ¿ella no te lo impedirá?
- No creo que se atreva – dice muy serio – la custodia es compartida, aunque yo siempre le haya permitido decidir el tiempo que quería que estuviese conmigo. El piso donde vive está a mi nombre y al de la niña.
- ¿Entonces fue un farol? – digo sin podérmelo creer.
- Sí – termina su bebida de un trago – un maldito farol.

Apuro mi bebida y miro de nuevo a la vela estupefacta. Esa mujer es una maldita manipuladora y ha conseguido con una vana amenaza que yo pasara los peores días de mi vida.

He sido una estúpida total.

En ese momento la odio con toda mi alma. Pero algo dentro de mí se manifiesta y un pensamiento rebelde brota haciéndose fuerte y convirtiéndose en cuestión de segundos, en una potente convicción.

Nada ni nadie va a volver a obligarme a hacer nada que yo no quiera o no

considere justo para mí misma y para los que amo.

Y si las señales que me está enviando mi cuerpo y mi cerebro no son obra de una enfermedad mental, yo amo a ese enorme hombre que se sienta frente a mí y por asociación a su hija.

Y la egoísta y posesiva mujer que ha parido a Nina no va a conseguir que me separese de ellos por nada del mundo.

Tan sencillo y claro como eso.

La mano del camarero caargando con un vaso lleno de la misma bebida que me acabo de terminar me saca de mi momento de clarividencia. Le doy un largo trago y después miro a mi acompañante con los ojos entrecerrados y una media sonrisa en la cara.

José María me devuelve la mirada con las cejas levantadas e inmediatamente cambia su gesto a uno que yo reconozco como de lujuria. Nos levantamos sin decir una palabra que en ese momento no es necesaria y después de dejar un billete sobre la mesa, nos vamos hacia los ascensores.

Mientras esperábamos que baje el ascensor mando un mensaje a Laura diciendo que me deje la habitación un par de horas más. Ella me contesta inmediatamente que no piensa volver en toda la noche.

Sonríó al imaginar donde está antes de que la mano de José María me empuje suavemente hacia el ascensor y me arrincone contra la pared mientras me

besa con tanta pasión que siento que me mareo.

Rebotamos de pared en pared dentro del estrecho habitáculo los segundos que tarda el ascensor en dejarnos en la planta correcta. No sé si nos cruzamos con alguien en el trayecto del pasillo hasta la habitación, pues estoy totalmente entregada a la boca de él. Abro de alguna manera la puerta pero no soy consciente de hacerlo. Lo más seguro es que José María se haya hecho con la tarjeta y debe de haber sido él el que ha abierto. Creo.

La ropa sale disparada de nuestros cuerpos mientras nos devoramos la boca de una manera que roza la agresividad. Nos tocamos y nos restregamos cómo si no hubiese un mañana. Creo que nuestra actitud agresiva y primaria es debida a la abstinencia que hemos tenido el uno del otro durante tanto tiempo, cuando en realidad nuestros cuerpos y nuestras mentes nos estaban diciendo lo contrario.

Estoy totalmente desnuda sobre la cama abrazando su cintura con mis piernas con todas mis fuerzas, mientras él me penetra rápido y fuerte. Llegamos al orgasmo tan rápido que ambos nos sorprendemos mientras todavía estamos ansiosos de más. Él se gira sin soltarme, colocándose de espaldas al colchón conmigo encima de su torso. Me abraza fuerte mientras me besa en el cuello, su miembro todavía está dentro de mí y siento como mi vagina lo oprime en lo que son los últimos coletazos de mi orgasmo.

Seguimos en esa posición mientras me besa el cuello, el hombro y la clavícula suavemente, mientras con las manos recorre mi espalda, mi culo y mis piernas en unas caricias que me hacen volver a desearle. Roto mis caderas de manera instintiva mientras le rozo con mis labios su hombro y subo por su garganta y su mandíbula terminando en el lóbulo de su oreja el cual succiono. Él gime de placer estirando más el cuello para darme mejor acceso y me estruja el culo con sus enormes manos. Aprovecho para recorrer con mi lengua su garganta y llegar hasta su otra oreja dándole el mismo trato mientras sigo con el baile de caderas.

Después de un rato siento como su pene comienza de nuevo a endurecerse dentro de mí vagina que se lo agradece haciendo varias contracciones que le vuelven loco. Sus manos han pasado de mi culo a mi cintura y me levanta para que quede sentada sobre él a horcajadas dejando mis pechos a su entera disposición. Sus manos hacen rápidamente el recorrido de mi cintura a través de mis costados y se posan una en cada uno de mis pechos, amasándolos con firmeza pero sin ser brusco. Yo totalmente entregada a la cabalgada y la fricción en mis pechos me termina de excitar por completo. Apoyo mi mano izquierda en sus pectorales para poder moverme más deprisa y le miro directamente a sus ojos mientras nos volvemos locos de placer. Mi amante se muerde el labio inferior con los dientes y cierra los ojos. Soy consciente de que está a punto de correrse y que intenta contenerse para darme tiempo a mí

a llegar. Meto mi mano derecha entre mis muslos y me acaricio yo misma. La fricción dentro de mi vagina, sus dedos pellizcándome los pezones junto con mi mano masajeándome el clítoris me lleva rápidamente al orgasmo. Hecho la cabeza hacia atrás y grito su nombre sin ningún pudor, mientras me derrito sobre su cuerpo y él se derrama dentro de mí, dedicándome palabras de amante que en ese momento no sabría descifrar.

La noche continua entre abrazos tranquilos, ratos de sueños y confesiones de amor. Todo ello acompañado con sexo, ahora más tranquilo, pero igual de placentero.

**DEJANDOME LLEVAR POR LA CORRIENTE PARA PODER  
AVANZAR, EL DESPECHO NO SE CURA CON TANTA FACILIDAD  
Y PONIENDOME EN MI SITIO.**

El domingo por la noche retomamos el viaje de vuelta a Madrid. Laura y José María cambian los papeles y el billete de AVE pasa a nombre de él. Mientras Jordi y mi amiga han decidido quedarse un día más y regresar el lunes con el coche de José María.

En las horas siguientes a la intensiva noche de sexo, la cual necesitábamos para volvernos a encontrar, hemos hablado largo y tendido llegando a una sencilla pero clara conclusión. Dejarnos llevar hacia una relación y que el futuro decida para bien o para mal lo que nos depara.

La verdad de la vida ha caído sobre nosotros con todo su peso y es que si pensáramos las cosas con la mente más abierta y dejamos fluir de una manera sana y natural nuestros deseos, siempre con el respeto que se merece el prójimo, nos evitamos muchos disgustos y, por ende, somos mucho más felices. Atarnos a lo que supuestamente debemos hacer, o no, solo nos lleva a la frustración y a la infelicidad.

Desde luego yo, de este último año, me llevo la lección aprendida.

Miro por la ventanilla mientras acarició distraídamente el dorso de la mano de mí acompañante, la cual está entrelazada con la mía mientras su dueño duerme apoyado en el cómodo asiento de preferente.

La verdad es que merece la pena el cambio de billete que ha solicitado y, sobre todo con el tamaño de él, comprendo completamente su preferencia. No sé si sería capaz de meter sus largas piernas en una plaza de turista.

Sonrío ante la imagen que se plantea mi imaginación.

- Me encanta verte sonreír – dice con voz somnolienta.
- ¿Seguro? – digo acercándome a él y dándole un suave beso en los labios – te imaginaba embutido en una plaza de clase turista.
- ¿Te estabas riendo de mí? – dice serio.
- Bueno – me sonrojo – no exactamente.
- Anda ven aquí – me atrae para besarme.

Ahora el que se está riendo de mi es él mientras devora mi boca. Vaya, me voy a tener que acostumbrar a su peculiar sentido del humor o voy a estar continuamente con la duda de si me habla en serio o en broma.

Bueno todo eso lo arreglaré el tiempo.

Llegamos a la estación de Atocha a las diez de la noche y cogemos un taxi para que no lleve a Plaza España. Aunque nuestra libido está dispuesta a ponérselo difícil, decidimos separarnos en el descansillo de mi apartamento

y dormir cada uno en su cama. Al día siguiente yo tengo la agenda repleta y él tiene que viajar a Barcelona para asistir al programa de radio en el que colabora. Nos besamos largo y tendido en mi puerta y nos separamos a regañadientes, prometiéndonos hablarnos mediante mensajes o llamadas al día siguiente.

Entro en casa directa hacia mi dormitorio con la intención de poner la lavadora y después disfrutar de una larga ducha. No me da tiempo a subir la maleta a la cama para comenzar a deshacerla, cuando un tremendo golpe en el piso de arriba me deja al borde del infarto. Cuando soy capaz de reaccionar salgo corriendo por el pasillo en dirección al rellano, pero otro golpe acompañado de unos histéricos gritos femeninos, me hacen parar en seco con la mano ya apoyada en el picaporte de la puerta.

Celia.

Escucho los gritos amortiguados por el material que separa mi apartamento del de arriba, pero algunas palabras son dichas tan altas que soy capaz de interpretarlas.

“ZORRA” eso lo he entendido perfectamente.

Siguen los improperios y, aun no entendiendo muchos de ellos, la mujer sube lo suficiente la voz en los insultos y amenazas dejándome los entender perfectamente.

“CABRÓN”

“MAL PADRE”

“O ELLA O TÚ HIJA”

También escucho la grabe voz de él en un tono conciliador al principio, pero algo más brusco según ella va lanzando amenazas.

De repente siento como algo crece dentro de mí y no lo puedo controlar. Es un sentimiento que no había tenido hasta ahora y mucho menos a este nivel. Es algo posesivo, pero no de la manera enfermiza de la que está haciendo gala la desquiciada de Celia, es la necesidad de defender a tu pareja y de quitarle de encima cualquier cosa que le pueda estar causando dolor.

Subo las escaleras de dos en dos y llamo al timbre. Nadie me abre, pues los gritos de Celia amortiguan el sonido. Llamo de nuevo y lo acompaño con golpes en la puerta. Los gritos bajan un poco de nivel y escucho decir a José María que tiene que tranquilizarse o van a terminar en comisaria. Unos pasos, que reconozco como los de él, se acercan a la puerta y abre.

-                   Hola – dice con cara de sorpresa – pensé que sería la policía.

-                   ¿Estás bien? – digo intentando mirar hacia dentro a través del enorme cuerpo de él.

-                   Está completamente descontrolada – dice – no quiero que

te veas involucrada en esto.

- ¿Está la niña? – digo preocupada por si Nina está siendo testigo de semejante espectáculo.
- No – suspira aliviado – la ha dejado con su hermana.
- Bájate a casa – ruega – intentaré tranquilizarla y luego te llamo.
- No – digo antes de pensar.
- Carolina... - vuelve a rogar.

Veo como una mano femenina intenta empujar el enorme cuerpo, pero él se resiste a moverse.

- ¡TÚ ERES LA CULPABLE DE TODO! – me chilla a través del muro que es José María.
- ¿A sí? – le digo sin poderme contener más - ¿y cuáles son mis pecados?

José María me mira y después mira a Celia.

Piensa.

Suspira.

Y se retira de la puerta dejándonos a las dos una frente a la otra asesinándonos con la mirada.

- ¿Quieres robarme al padre de mi hija? – espeta, roja de ira.

- Nadie te puede robar lo que no es tuyo – contesto – como tu bien dices, es el padre de tú hija y de la suya. No te pertenece a ti.

- ¿Y es que acaso piensas que te pertenece a ti? – dice en tono chulesco – yo le conozco desde hace muchos años querida. Te usara y te dejara tirada como a todas. La suerte que vas a tener es que eres demasiado vieja para tener hijos.

Esto ya se está pasando de castaño oscuro. Veo por el rabillo del ojo que José María se dispone a increparla, pero le paro con un gesto de mi mano.

- No sé lo que pasará en un futuro – digo tranquilamente – pero de lo que sí estoy segura, es de que si lo nuestro se acaba, nunca me comportaría como tú – en ese momento doy un paso hacia ella de una manera inconsciente – Te voy a dar un consejo profesional. Acude a la consulta de un psicólogo cuanto antes.

- ¿Me estás llamando loca? – dice con cara de ofendida.

- Y ahora te hablo desde la perspectiva no profesional, cómo víctima de tus ataques – digo sin hacer caso a su pregunta - eres una persona tan tóxica, que lo único que vas a conseguir es que todo el que esté a tu alrededor te odie.

- Siempre tendré a mi hija – espeto – ella nunca me dejará.

- Espero que tengas razón – digo con sinceridad – pero

también espero que sea porque te replantees tu forma de actuar y el estar junto a ti sea por placer y no por obligación.

Celia se queda unos segundos callada y creo que se está replanteando mis palabras, pero esto no va a ser tan fácil para ella y vuelve a las andadas. Pasa por mi lado dándome un golpe con el hombro, el cual me apetece devolver pero consigo ignorar. Encara a José María y con el dedo en alto se dirige a él.

- Esto no ha terminado – amenaza – y se va hacia el ascensor.

En ese momento soy consciente de que el vigilante de seguridad del edificio está apoyado en la pared observando el espectáculo.

Igual no han sido solo mis palabras las que han apaciguado un poco a Celia.

- Siento mucho todo esto – José María se dirige hacia él.

- No se preocupe – contesta – si me necesitan me avisan.

Se despiden con un apretón de manos y el empleado llama al ascensor para bajar a su puesto mientras nosotros nos quedamos quietos en el rellano. Se da la vuelta y suspira fuerte mientras se restriega fuertemente la cara, en un gesto que ya empiezo a reconocer. No me mira a los ojos y eso me pone nerviosa.

- Lo siento mucho – dice mirando a un punto indeterminado.

- ¿El que sientes? – contesto yo mirando su cara.

- Todo esto – contesta – lo de Celia...
- Tú no eres Celia – digo muy seria – no tienes la culpa.

Con mi comentario he conseguido que deje de escanear todas las paredes que nos rodean y me mire a los ojos. No dice nada, tan solo me coge de la mano y me guía dentro de su apartamento. Según cierra la puerta y nos encontramos dentro de la intimidad de su casa, siento como me estruja en su enorme cuerpo y me devora la boca con desesperación. Por unos segundos soy consciente de que es la primera vez que entro allí, pero pierdo esa línea de pensamiento cuando sus manos voraces se cuelan por debajo de mi camiseta y me desabrochan el sujetador abarcando mis pechos con ellas. No se cómo ha ocurrido realmente, pero mi ropa ha volado a medias de mi cuerpo y estoy a cuatro patas sobre la alfombra del pasillo mientras él me penetra fuertemente por detrás cogiéndome por las caderas. Me sujeto como puedo con mis manos al suelo para amortiguar las enérgicas investidas, pero en el momento en él grita como loco ante el orgasmo que le invade, hemos recorrido sobre la alfombra todo la distancia que tiene el pasillo desde la entrada al dormitorio.

Bonita manera de enseñarme el piso.

Él no se permite ni un momento de descanso, me coge en brazos depositándome sobre su cama y hunde su cabeza entre mis piernas

devorándome con sus labios y su lengua y llevándome a un bestial orgasmo que grito a los cuatro vientos.

Sin decir una palabra me besa en los labios, nos tapa con la colcha y me abraza por detrás encajándose en mi cuerpo hasta que nos quedamos dormidos.

Un ruido extraño se cuele en mis sueños sacandome suavemente de ellos. Inconscientemente intento seguir soñando, pues en ellos estoy con mi chico haciendo cosas que me resultan mucho más apetecibles que levantarme un lunes por la mañana. Abro los ojos a regañadientes y por unos segundos me siento desubicada.

Esta no es mi habitación, tampoco es la habitación del hotel de Valencia... vale me centro, he dormido en la cama de José María.

Estiro las manos acariciando las sabanas y me doy cuenta de que estoy sola, me voy despejando y reconozco el ruido que me ha despertado como el de la ducha del baño. Miro en esa dirección y veo una rendija de luz que sale por debajo de la puerta cerrada. Me levanto y compruebo en el reloj de la mesilla que son las seis y cinco de la mañana.

Pronto para mí.

Me dirijo al baño y abro la puerta sigilosamente. Me deleito mirando el cuerpo desnudo de mi chico, difuminado por los cristales templados de la

enorme cabina de ducha y me muerdo el labio inferior recordando cómo se le veía anoche entre mis piernas.

Sin tomar una decisión consciente me dirijo hacia allí, abro la puerta de la ducha y me cuelo en el húmedo habitáculo. Se gira notando mi presencia y me regala una enorme y genuina sonrisa de las que no son muy habituales en él. Sigo mordiéndome el labio y él cambia su expresión por otra de deseo ya muy conocida por mí.

Alarga sus brazos para cogerme, pero se lo impido sujetándole las muñecas y empujándole de una manera arbitraria, pero suave, hacia uno de los rincones. Alza las cejas sorprendido pero en unos segundos comprende el juego y se deja hacer. Cojo el bote de gel sin dejar de mirarle a los ojos y, después de embadurnarme las manos con el jabón, comienzo a recorrer con ellas todo su cuerpo lavándole, acariciándole y excitándole. Recorro sus hombros, sus brazos, su torso y bajo por sus abdominales llegando casi a sus genitales, que me salto a propósito. Me coloco de rodillas delante de él y sigo bajando por sus caderas, sus glúteos los cuales masajeo en círculos, sus muslos, rodillas, pantorrillas y vuelvo a subir despacio haciendo el recorrido a la inversa por sus piernas y parándome en su culo de nuevo. Tengo su pene delante de mi cara en toda su gloriosa longitud y lo miro fijamente. Sé que me está mirando y siento como jadea solo por la cercanía de mi boca. Le miro a los ojos y saco la lengua recorriendo su longitud desde la base hasta la punta y deteniéndome

en el glande mientras lo lamo despacio. Sus manos se mueven de donde las tiene y yo me separo rápidamente, está claro que lo ha entendido perfectamente porque vuelve a agarrarse a los asideros inmediatamente. Le sonrío con aprobación y me meto su pene en la boca apretándolo con mi lengua y haciendo círculos con la intención de llevarle al orgasmo mientras con una mano me acaricio yo misma entre las piernas. Sé que se está conteniendo y le acaricio los testículos para que pierda por completo el control.

- Déjame correrme dentro de ti – dice entre jadeos.

No me da tiempo a contestar cuando estoy empotrada contra la pared con las piernas alrededor de su cintura corriéndome como una loca y llevándole con las contracciones de mi vagina hacia un final igual de placentero que el mío.

**INTENTANDO VOLVER A LA RUTINA, UNA NOTICIA QUE ME  
DEJA SIN PALABRAS Y UNA DESAGRADABLE E INHELUDIBLE  
OBLIGACION.**

La semana pasa despacio sin él. Yo me sumerjo en la rutina de mí día a día y nos mandamos infinidad de mensaje a todas horas. Parecemos un par de adolescentes pero con mejor vida sexual.

El viernes quedo con Laura en el Puente de Vallecas como siempre y pasamos nuestras respectivas consultas para la asociación. Durante la comida disfrutamos la una de la otra hablando de nuestros chicos y casi me atraganto cuando me suelta la última noticia que me podía imaginar.

- Jordi y yo nos casamos – dice mientras relame la nata de su cucharilla de postre.
- ¡¿Queee?! – casi me ahogo.
- Lo que oyes – dice cómo si tal cosa – que nos casamos.

Me quedo sin palabras mirándola con la boca abierta y el café a medio camino desde la mesa a mi boca.

- Cierra la boca Carol – dice con gesto gracioso – te veo la campanilla.

- No... perdona... no me malinterpretes – digo avergonzada – si es lo que quieres me alegro mucho por ti, por ambos.
- Gracias – dice metiéndose otra fresa entera en la boca y soltando un gemido de placer al morderla.

Varios hombres que comen a un par de mesas más allá nos miran sorprendidos, pero Laura no se corta un pelo y sigue disfrutando sus fresas con nata.

- Córdete un poco tía, que parece otra cosa – digo entre risas.
- No le cortes su momento de placer a una preñada o le saldrá el niño con mala leche – suelta sin más.
- ¡¡¿CÓMO?!! – grito.

Ahora sí que nos mira todo el restaurante. Carraspeo y bajo de nuevo el tono.

- ¿Estás embarazada? – pregunto por preguntar.
- Ajá – fresa a la boca.
- Pero ¿Cómo? – suelto sin pensar.
- Ya eres mayorcita para que te lo tenga que explicar – me mira con las cejas en alto.
- No seas gilipollas Laura – le digo – cómo has cometido ese fallo a estas alturas.
- ¿Y quién ha hablado de un fallo? – ahora me mira más seria.

- Yo...
- Mira Carol – suspira dejando la cuchara en el plato vacío – yo quiero ser madre y los años pasan.
- Ya – estoy alucinando - pero fuiste tú la que me advertiste sobre ellos.
- Me equivocaba – se encoge de hombros cómo si nada – soy humana.

Me quedo sin palabras y simplemente la miro a la cara buscando algún gesto en ella en el que pueda interpretar lo que está pensando.

¿Me estará vacilando?

No sería de extrañar, pues Laura es un poco cabrona con sus bromas.

Espero unos segundos más, pero no sale con un “HAS PICADO” o un “TE PILLÉ CAPULLA”.

Por lo contrario sigue rebañando su postre hasta dejar la copa reluciente.

- ¿De verdad? – pregunto por fin.
- Lo juro – me mira con una sonrisa sincera en su bonita cara.
- Vaya... - digo asombrada.
- Vaya... - contesta ella.

Me levanto de la silla y le doy un abrazo en el que la estrujo entre mis brazos, tan feliz por ella, que es casi como si fuera yo la que estoy esperando un hijo.

Somos conscientes de que todo el restaurante nos mira pero nos da igual, en ese momento estamos tan concentradas en la nueva situación de mí amiga, que nos importa un pito lo que piensen los que están a nuestro alrededor. El camarero, que nos conoce de comer allí casi todos los viernes, se acerca a nosotras.

- Veo que celebráis algo importante – dice dejándonos el platillo con las vueltas de nuestra cuenta – ¿Os apetece un chupito?

Las dos nos miramos interrogantes.

- Bueno – dice Laura.
- Pero el de ella sin alcohol – salto yo como un resorte.

El hombre la mira con sabiduría y se acaricia su propia barriga interrogante. Laura asiente con la cabeza y él le da la enhorabuena en voz baja para que nadie le oiga.

- Que majo es este hombre – dice Laura.
- Si – estoy de acuerdo – la gente de Vallecas es estupenda.

Terminamos nuestro trabajo en la Junta y salimos a la avenida de la Albufera sobre las nueve de la noche. Mi mirada ve a la primera el enorme cuerpo de José María apoyado en el capó de su coche junto a Jordi. Laura da un gritito que me indica que para ella el verlos allí también es una sorpresa y acelera el paso en dirección a su futuro marido.

Madre mía.

¡¡MARIDO DE LAURA!!

Las vueltas que pueden dar las cosas en tan poco tiempo.

Cuando llego a su altura, Laura y Jordi se están besando apasionadamente en medio de la acera y un grupo de adolescentes que pasan por delante de nosotros se parten de la risa. Agradezco que sean demasiado jóvenes para reconocer a mi chico y que no se metan por medio para pedirle ninguna foto o autógrafa.

Los dos nos miramos a los ojos por unos segundos sin decir nada, obviando el numerito de nuestros amigos.

- Hola – dice él por fin.
- Estas aquí – vaya, hoy tengo el día de decir obviedades.

Sonríe de esa manera tan suya que me vuelve loca y me coge de la cintura acercándose hacia su cuerpo y besándome tan profundamente que hace que mis rodillas se conviertan en gelatina, un cosquilleo recorra todo mi sistema nervioso hasta hacerme gemir y que todo lo que ocurre a mi alrededor sea algo totalmente inexistente para mí.

- Te he echado de menos nena – me dice al oído.

¿Nena?

Si otro tío diferente me llamara “nena”, le hubiese dado una conferencia *in situ* sobre feminismo, pero la sola pronunciación de esas dos silabas saliendo de su boca me ha calentado hasta el punto de querer estar en casa con él en ese preciso momento y demostrarle lo que puede hacer su “nena”.

- ¿Nos vamos? – la voz de Jordi rompe el momento.

Los cuatro nos subimos al coche y me sorprende que no demos la vuelta en ninguna bocacalle para tomar la dirección hacia la M-30. Nos dirigimos en dirección contraria y torcemos por la calle Payaso Fofó situada junto al estadio del Rayo Vallecano.

- ¿Dónde vamos? – pregunto.

- Ay... perdón – escucho a Laura en el asiento de detrás – se me ha olvidado decirte que íbamos al Jimmy Jazz a un concierto.

- ¿No te apetece? – dice José María mientras conduce.

- Eh... no me lo esperaba – digo.

- Si quieres nos vamos a casa - se hecha a un lado parando el coche – yo solo quiero estar contigo.

- Ohhh que bonito – dice mi amiga desde atrás abrazada a Jordi.

- No... no me malinterpretéis – me doy cuenta que soy la aguafiestas y me avergüenzo – vamos al concierto, solo que no lo sabía y me ha pillado por sorpresa.

Después de dar unas cuantas vueltas para aparcar el coche, por fin entramos en el atestado local al que vamos. Conseguimos un rincón cerca de la barra y pedimos nuestras bebidas. La música no ha comenzado todavía y las personas que están a nuestro alrededor reconocen sin problemas a José María.

Con el imponente físico de él lo raro sería lo contrario.

Después de repartir algún que otro autógrafo y posar unas cuantas veces la clientela del local nos respeta y nos deja seguir tomando nuestras bebidas tranquilamente.

- Bueno – dice Jordi mirándonos a José María y a mí – queríamos pedirnos un pequeño favor.

Los dos los miramos sin decir nada.

- ¿Os importaría ser nuestros testigos de boda? – pregunta mirando a Laura que esta abrazada de su cintura.

José María me mira interrogante y espera a que yo conteste.

- ¿Qué hacemos nena? – pregunta con su profunda voz – participamos en la locura de estos dos.

Yo me rio por la ocurrencia y asiento.

- Creo que no van a admitir un no por respuesta – digo.
- Como me conoce mi Carol – dice Laura con gesto divertido.

- Arreglado – dice Jordi – el treinta de junio no hagáis planes.

Nos divertimos mucho viendo al grupo que toca en directo en el local y se nos pasan las horas rápidamente sin darnos cuenta. Cuando llegamos a nuestro edificio nos besamos apasionadamente en el ascensor mientras subimos a su apartamento y hacemos el amor en su cama durante buena parte de la noche.

El sonido del timbre me despierta de golpe y palpo mí alrededor con la mano para ubicarme después de ese bronco despertar. José María se revuelve a mi lado y veo que se incorpora gruñendo para levantarse. Paso mi mano por su espalda y me mira por encima del hombro con una sonrisa que me enciende inmediatamente.

- Como no sea algo importante voy a cometer asesinato – dice mientras me besa suavemente antes de salir hacia la puerta.

Miro el reloj de la mesilla, son las once de la mañana y me estiro perezosamente sabedora de que es sábado y no tengo ninguna obligación, aparte de pasar el día con mi chico de la manera que nos parezca mejor.

Me levanto y me dirijo al baño, cuando salgo le veo sentado en la cama junto a un sobre rasgado con el típico color de las cartas certificadas y leyendo el contenido con una mano sujetando su cabeza. Me quedo en la puerta del baño observándole y dándole espacio, hasta que él lanza el papel a la cama con

desprecio y se frota la cara de la manera que suele hacer cuando se siente frustrado.

No me muevo de mi sitio y espero a que sea él el que hable.

- No me lo puedo creer – dice muy afectado.
- ¿Qué ha pasado? – pregunto.
- Celia... - suelta como sí con eso estuviera todo dicho.

Madre mía. Solo oír su nombre y todas las alarmas se me encienden. No me fio de esa mujer.

- Es una citación para el juzgado dentro de quince días – dice incrédulo – no quiero ni pensar lo que pretende.
- Bueno – digo acercándome – vamos a ver de qué se trata.
- Nada bueno – dice acercándome a él por la cintura – seguro que nada bueno.

El domingo duermo en casa sola pues necesito descansar para afrontar el lunes y poder estar al cien por cien para mis pacientes. La mañana pasa deprisa y en el momento en que el último paciente sale de mi consulta le mando un mensaje a José María para avisarle. Hemos quedado que comeríamos en su apartamento, pero prefiero avisar antes de subir. Todavía me siento algo extraña subiendo sin avisar.

Me abre la puerta con un delantal puesto y a mí se me queda cara de tonta

mientras le miro de arriba abajo. Cuando llego a su cara, descubro que está observándome con las cejas levantadas y me sonrojo como si él pudiera leerme el pensamiento y supiera lo que se me está pasando en esos momentos por la cabeza.

Relaja Carol, que solo tienes una hora para comer.

- ¿Tienes hambre? – dice con esa voz que me pone como loca.
- Mucha – contesto, consciente del doble sentido de sus palabras.

Me coge de la mano y tira de mí hacia dentro cerrando la puerta, pues me he quedado plantada mirándole y todavía no había dado un paso. Se agacha para besarme profundamente y yo respondo a su beso con pasión, haciéndolo en segundos más demandante y profundo. Sus manos van directas a mi culo y, de un fuerte tirón, me sube a su cintura la cual abarco con mis piernas, mientras él anda conmigo en vilo por el pasillo de su casa.

Ya me veo sobre su colchón, cuando compruebo que estamos en el salón de su apartamento. Bueno el sofá tampoco está mal, pienso. Pero para mi total decepción, me veo sentada en una silla delante de una mesa en la cual hay dos servicios completos para comer. Un gemido de frustración sale de su garganta y él me mira divertido.

- No sabes el esfuerzo que me está costando no llevarte a mi dormitorio en estos momentos – dice dándome un último beso en los

labios antes de separarse de mi – tienes que comer.

- Los siento chef – digo sonriendo – soy una desagradecida.
- Si por mí fuera, se podía ir la comida al cubo de basura – dice como si fuera una obviedad – pero creo que desde que te conozco has perdido peso y no quiero pensar que ha sido por mi culpa.
- Está bien, a ver si compensa – digo divertida mientras hago ademán de levantarme para ir con él a la cocina.
- Quieta – dice sujetándome de los hombros – eres mi invitada.

Vaaaale.

Me vuelvo a sentar en la silla sin protestar y espero a que traiga la comida. José María vuelve de la cocina y planta una fuente de lasaña en medio de la mesa.

- Madre mía – digo – que pinta.
- ¿Entonces compensa el sexo? – pregunta.
- No – contesto cómo un resorte.

Los dos nos reímos y después de que él sirva los platos comenzamos a comer.

- ¿Sabes algo más sobre la citación? – me atrevo a preguntar.
- Nada bueno – suspira.
- Perdona – digo rápidamente – no quiero ser entrometida.
- No lo eres – me dice muy serio – eres mi chica, tienes derecho a

preguntar.

Me quedo con la boca abierta mirándole y asimilando lo que acaba de decir. Su chica. Es la primera vez que alguno de los dos decimos algo así en voz alta y me gusta.

Él me mira mientras espera que yo diga algo, pero el tenedor llega a mi boca y la cierro para masticar. Él sonrío volviendo su mirada a su propio plato y cambia de tema contándome lo que sabe sobre la citación.

Y nada bueno es.

El abogado de José María le ha informado esa mañana que la joyita de Celia ha solicitado la custodia total de la hija de ambos, alegando que el trabajo del padre le da poca disponibilidad para cuidar de la niña.

Siento que José María, aunque lo dice con rabia, también tiene un punto de resignación y me molesta. Tiene que poner batalla para que esa mujer no se salga con la suya, pero todavía no me siento con la confianza suficiente como para decírselo y me lo callo.

Los días pasan y nosotros disfrutamos estando juntos. Él de vez en cuando se tiene que ir por motivos laborales, pero regresa en cuanto puede. Laura y yo, en los días que él no está que coinciden con que tampoco está Jordi, nos dedicamos a hacer los preparativos de la boda y a comprar un sinfín de chuminadas para el bebé. También nos hacemos confidencias y alucinamos

por la vuelta tan radical que ha dado nuestras vidas en tan poco tiempo.

## **UNA OFERTA PROFESIONAL Y SU PRESENCIA YA NO ME AFECTA.**

Ese lunes tengo la agenda de la mañana totalmente despejada, he tenido que mover a los pacientes a la tarde. El viernes anterior recibí una llamada de la decana de la universidad y tengo una cita con ella esta mañana a las diez en su despacho.

Acabo de salir de la ducha y estoy delante de mi armario, maquillada y con el pelo cogido en una coleta, mirando lo que hay en el interior. Levanto la mano por inercia hacia la percha en la que cuelgo el traje negro que suelo utilizar para estos eventos, pero algo me hace frenar a medio camino.

- ¡Qué coño!- digo al más puro estilo Laura - Son ellos los que me ha llamado a mí.

Rebusco entre las perchas y saco unos pantalones vaqueros pitillo negros, una blusa blanca entallada, una americana negra y los botines negros de tacón. Me miro en el espejo y me gusta lo que veo.

Desde que estoy con José María me siento sexi.

En el último momento me coloco un fular enorme alrededor del cuello y, en un último arrebato, tiro de la goma del pelo y dejo que mis rizos caigan libres

cubriéndome la espalda. Antes de que mi mente me juegue una mala pasada y me haga arrepentirme, cojo el bolso y las llaves y salgo por la puerta.

Me bajo del taxi que he tenido que coger para ir hasta la universidad, pues con el cambio se me ha hecho un poco tarde, y camino por el campus hacia el edificio donde se encuentra el despacho de la decana.

Me doy cuenta de que varias cabezas se giran a mi paso y sonrío con satisfacción y, si he de ser sincera, con estupefacción. Nunca antes había notado al ir por la calle que nadie se diera la vuelta para mirarme, bueno alguna vez, pero no era lo normal. La verdad es que con los modelitos de “Betty la Fea” que usaba para ir a trabajar lo raro era que alguien me mirara.

Saludo a mi paso a algún que otro profesor y compañero de mi ex, pero sigo mi camino sin pararme. Sinceramente, no me apetece pararme a hablar con nadie.

Llego por fin a la oficina y me acerco a la mesa del secretario.

- Buenos días – saludo.
- Buenos días – el secretario me mira.
- Soy la Dra. Matas – me presento – tengo una cita con la decana.
- Si – dice él mientras me examina de arriba abajo – la está esperando.

El hombre deja de comerme con los ojos, cosa que agradezco, y coge el

teléfono para llamar a su superior y anunciarme. Después de cruzar unas palabras con ella me indica que puedo entrar. Me acerco a la puerta que me señala y doy dos golpes a la madera antes de asir el pomo y abrirla. Un fuerte tirón me lo arranca de la mano y un malhumorado Alfredo sale del despacho. Me mira con desprecio y sin ni siquiera saludarme, se va airado por el pasillo adelante.

Entro en el despacho sin prestarle más atención y cierro la puerta.

- Buenos días – saludo a la decana.
- Buenos días – me devuelve el saludo – bueno, es un decir.
- Todavía queda mucho día – digo amablemente mientras me acerco a su mesa.
- Sí – dice levantándose para tenderme la mano – espero que mejore.

Le estrecho la mano para saludarla y me siento en la silla que me ofrece al otro lado de su mesa.

- Ante todo muchas gracias por venir – comienza – soy consciente de que es una persona atareada y le agradezco el esfuerzo.
- No hay de que – contesto.
- Pues mejor vamos al grano – dice la mujer – quería ofrecerle un puesto de profesora en la facultad.

Me quedo callada, pues no pensaba que fueran los tiros por ahí. Me imaginaba más ofreciéndome participar en alguna conferencia.

- Sería tan solo un día a la semana – continua – para impartir clase de Psicología de la Nutrición a los alumnos de cuarto curso.
- ¿Qué día de la semana sería? – pregunto, pues no todos los días podría.
- En un principio los martes – me informa – pero podríamos verlo.
- Tendría que estudiarlo – digo – tengo pacientes y necesito reprogramar la agenda.

Me tiende un dossier con la documentación de las condiciones que me acaba de ofrecer y quedamos en que la llamare con mi respuesta a final de semana.

Con ello en la mano nos despedimos rápidamente y salgo del despacho dirigiéndome hacia la salida. Saco mi teléfono del bolsillo, el cual lleva vibrando desde que entré en el despacho y compruebo que es Laura la que me ha estado bombardeando a mensajes. Le contesto con un “luego te cuento” y sigo leyendo el resto de mensajes cuando una mano me coge del brazo y frena mi paso.

- ¿Te hiciste muy amiguita del Dr. Sacks? – Alfredo sisea en mi oído.
- Suéltame – le ordeno con el mismo tono amenazante.

Nos retamos con la mirada y yo no me amedrento. Muy al contrario, tengo que controlarme para no soltarle un gancho a la mandíbula y dejarle KO allí mismo.

Él, que puede ser muchas cosas pero que entre ellas no está la estupidez, me suelta y me mira con su mejor cara de desprecio de arriba abajo.

- No te conozco Carol – dice.
- Dra. Matas para ti – le contesto con tono gélido.

Después de unos segundos en los que intenta entender mi forma de tratarle, se pone rojo de ira y se va dejándome en el pasillo como si así hubiera ganado alguna clase de batalla.

Lo que él no sabe, es que hace ya tiempo que ha perdido la guerra conmigo.

Miro el reloj son las 11:30 de la mañana y es pronto para ir a mi casa, dado que no tengo ningún paciente citado durante la mañana y hace tan buen día en Madrid decido ir a dar un paseo. Me desplazo en el Metro hasta la céntrica plaza madrileña de La Puerta del Sol, con la intención de ir desde allí andando hasta mi casa y, de paso, entrar en alguna que otra tienda a darme un capricho.

No he terminado de soltar las bolsas en mi cama cuando suena el teléfono. Estoy segura que es Laura y contesto sin saber quién llama.

- Tenemos que hablar – reconozco la voz de Alfredo al otro lado de

la línea.

- No – digo – te equivocas por completo.
- Déjame subir por favor – dice con un tono que no reconozco.
- He dicho que no – insisto – tu y yo ya lo tenemos todo dicho.
- Si no quieres que suba a tu casa – insiste – baja y tomamos un café.

Me quedo en silencio cuando soy consciente por sus palabras de que está en el hall. Como puede ser ahora tan pesado, si en quince años no me ha hecho ni puñetero caso.

- Está bien – cedo.

Dejo las bolsas tiradas en la cama y bajo al hall. Salgo del ascensor le veo esperándome junto al mostrador de recepción. Ando hacia la calle sin ni siquiera saludarle y él, acostumbrado a otro trato se queda quieto, pero en cuanto se da cuenta de que no voy a ir hacia él me sigue. Enseguida se pone a mi altura y sigue mis rápidos pasos hacia la cafetería más cercana.

- ¿Por qué te comportas así? – pregunta – Nunca habías sido tan...
- ¿Tan qué? – pregunto airada parándome en medio de la calle.
- Mal educada – termina.
- Vete a la mierda Alfredo – le miro con toda mi mala leche desde los diez centímetros que le saco.

- ¿Lo ves? – dice todo lleno de razón.
- Yo lo único que veo es que mi ex, ese que me dejó por no querer compartirle con todas sus amantes, ahora no me deja en paz y se dedica a perseguirme de una manera enfermiza – suelto de carrerilla.
- Yo... - comienza a hablar y mira hacia otro lado nervioso – creo que me equivoqué.
- ¿Qué? - casi me atraganto.
- Me equivoque – repite – todas esas chicas jóvenes...
- ¿Cuántas fueron? – pregunto sin poder remediarlo.
- Eso no tiene importancia – contesta – ninguna como tú.
- No me lo puedo creer – digo estupefacta.
- Vuelve conmigo – dice mientras me coge de la mano.
- ¿¡QUE!?! – levanto la voz más de lo normal y la gente que pasa por la acera nos mira.

Estoy tan alucinada por el morro de Alfredo, que no soy consciente de que me coge por la nuca y me acerca a él. En el momento que sus labios tocan los míos, reacciono y le empujo separándole de mí. Esos labios, por los que hubiera matado hace tan solo unos meses, ahora me repelen. Su forma de besar no tiene nada que ver con la manera en que me besa José María y mi cuerpo y mi mente lo rechazan por completo. Siento hasta una punzada de repulsión en el estómago.

- ¡NO! – grito – ni se te ocurra acercarte a mí.
- Carol...
- No vuelvas a intentarlo – le digo con voz gélida – nunca.

Alfredo me mira como si no se esperara para nada mi reacción. ¿Pero que se creía este gilipollas, que iba a caer en sus brazos lánguidamente como si no hubiera pasado nada?

Joder.

¿Esa es la imagen que tiene de mí?

Le sigo retando con la mirada cuando veo que desvía sus ojos de los míos y los clava hacia algo o alguien detrás de mí. Enseguida sé quién es por la dirección ascendente que han tomado sus ojos y el gesto de rabia que tiene su mirada. Siento como la mano de José María me coge de la cintura y se me pone la carne de gallina, giro la cabeza y le dedico una sonrisa. Él me mira y me besa suavemente en los labios, después vuelve a mirar hacia Alfredo y este nos mata con la mirada.

- Estas cometiendo el error de tu vida – dice con rabia.
- Te equivocas – contesto – ese ya lo cometí hace mucho tiempo.

Cojo la mano de mi chico y me doy media vuelta en dirección a mi apartamento.

Los días pasan y yo me siento completa en todos los sentidos. He aceptado la

oferta de la decana y comienzo con las clases en breve. Únicamente hay algo que me deja un mal sabor de boca y esto es provocado, como no, por Celia.

Esa noche hemos quedado con Laura y Jordi para ver una película en casa de José María. Tenemos la mesa de centro llena platos con palomitas, patatas y demás aperitivos y cada uno de nosotros cuenta con un tercio de cerveza, por supuesto el de Laura sin alcohol.

Mi chico tiene una enorme colección de películas en DVD y de entre todas ellas elegimos “Pulp Ficion” un clásico del cine que me sorprende que tenga ya más de dos décadas. Disfrutamos del humor ultra-violento de Quentin Tarantino enredados cada uno con nuestra respectiva pareja en los dos enormes sofás con los que cuenta la sala de estar de José María, mientras este nos va contando todos los detalles y anécdotas sobre la película que se sabe de memoria.

*“¿Sabéis que el título Pulp Fiction designaba a las novelas y revistas impresas en papel barato dedicadas a narrar historias de crimen y misterio? Lo que en español llamaríamos “novelas de quiosco”, vamos.”*

O...

*“Reunir el reparto para Pulp Fiction fue una tarea complicada por tres razones. La primera, que Tarantino estaba empeñado en que todos los actores principales cobrasen lo mismo, sin importar su caché.”*

- Debería de sabérmelo – dice Jordi mientras da un trago a su cerveza – me lo has contado cincuenta veces.

Pero José María sigue a su rollo sin hacerle caso y a mí me divierte ver a los dos amigos de toda la vida interactuar.

*“La segunda, que el guión estaba pobladísimo de individuos en busca de un rostro.”*

- El tuyo hubiera dado perfecto para más de un papel – le pica Jordi – si te hubieran conocido Uma se hubiera quedado sin el trabajo.

Me rio junto a Laura por el comentario de Jordi.

*“Y, la tercera, que el director no se aclaraba acerca de qué interpretes quería en la película.”*

- ¿Lo ves? – sigue Jordi – te hubiese salido estupendo el bailecito con el Travolta.

La imagen que se me viene a la cabeza me hace partirme de risa y mi chico me mira con las cejas alzadas, lo que me hace reír aún más.

A mitad de la película llega hacia mí la respiración acompasada de Laura, que se ha quedado dormida con las piernas sobre las de Jordi mientras este le masajea con mimo los pies descalzos. Regreso rápidamente la mirada hacia la pantalla, pues aunque estamos todos en la misma estancia, me avergüenza ser

una intrusa en su intimidad. Siento la mano de mi chico acariciar mis rizos y le miro. Él me devuelve la mirada y me guiña un ojo. Todo mi cuerpo reacciona a su gesto y se me eriza la piel.

En ese momento soy consciente de que estoy total y completamente loca por él.

Esa noche me quedo a dormir en su casa. Sé, aunque él por su forma de ser no lo deja salir, que está muy nervioso con la incertidumbre de lo que se va a encontrar al día siguiente en el juicio con Celia. Ella no es una persona de la cual te puedas fiar y es muy capaz de utilizar a Nina para conseguir sus propósitos o, en caso contrario, para hacerle todo el daño que pueda. Sé que es algo muy delicado y no le quiero preguntar, prefiero que sea él el que me cuente cuando se sienta preparado.

Estamos tumbados uno junto al otro en su cama. Acabamos de hacer el amor y mi cara descansa en su ancho pecho mientras él me acaricia la espalda.

- ¿Me acompañarás mañana? – pregunta.

Levanto la cara y le miro a los ojos.

- ¿Quieres? – le devuelvo la pregunta.

- Si – dice con seguridad.

- Entonces allí estaré – digo mientras trepo por su cuerpo y le beso en los labios.

- Estoy preocupado por lo que esa mujer tenga planeado – reconoce.
- La ley no la va a dejar hacer lo que quiera – digo convencida.
- Lo sé – admite – pero el daño que le va hacer a Nina... no se lo voy a perdonar en la vida.

En ese momento odio a Celia con todo mí ser.

Como se puede ser tan ruin, para utilizar a una niña pequeña como rehén para conseguir sus propósitos. Es tan despreciable que algo primario y agresivo crece dentro de mí y me tengo que controlar para no soltar por mi boca un par de adjetivos calificativos que están rebotando en mi cerebro. No lo hago porque en ese momento lo que menos necesita él es que nadie le malmeta. Estoy convencida de que le está costando un triunfo lograr mantener la calma y no voy a ser yo la que le saque de ese forzado estado.

Seguimos hablando durante un buen rato sobre lo que nos depara el día siguiente, antes de caer dormidos.

## **EL JUICIO, UN TESTIGO ANÓNIMO Y EL COMIENZO DE UNA NUEVA VIDA.**

Llegamos en un taxi, acompañados por Jordi, al Palacio de Justicia donde se encuentra el Juzgado de Primera Instancia.

El abogado de José María ha recomendado llevar al menos dos testigos, por si acaso los pide el juez para corroborar que la menor es cuidada correctamente por su padre.

Mientras entramos por la puerta, varias personas reconocen a José María y se giran para mirarnos pero nosotros seguimos nuestro camino sin hacer caso. Pienso en lo incómoda de la situación para él. No debe de ser nada fácil ser reconocido en una situación tan personal como esta y me tensó sin poder evitarlo. En seguida siento un leve apretón en mi mano, como si él fuera consciente de mis pensamientos y me estuviera intentando calmar.

Le miro, me mira y me quedo más tranquila al comprobar que él lleva con estoica calma la incómoda situación.

Observo a mí alrededor buscando a Celia sin éxito. Vuelvo a dirigir mi atención hacia José María y compruebo como mira hacia todos lados, seguramente con la misma intención que yo. Le apretó la mano de la misma

manera que hace unos segundos ha hecho el conmigo y él me devuelve el gesto para después soltarme.

Tenemos que pasar por el control de seguridad y necesita vaciarse los bolsillos.

Pasamos el trámite sin problemas y José María coge de nuevo mi mano con su mano izquierda y su teléfono móvil con la derecha. Después de buscar en sus contactos, pulsa el botón verde y se lo coloca en la oreja.

- Buenos días Javier – dice – ya estamos aquí.

Se calla mientras escucha y después de unos segundos y un escueto “de acuerdo”, cuelga y se dirige hacia los ascensores.

Llegamos a una sala en la que hay bastantes personas esperando. Miro a mi alrededor buscando de nuevo cuando, un hombre pequeño embutido en una toga, se acerca a nosotros.

El abogado de José María va directo al grano y nos informa de lo que nos podemos esperar dentro de la sala de vistas. El letrado ve probable que ella vaya a utilizar algún testigo y, seguramente, utilice el trabajo de José María para alegar la falta de tiempo para el cuidado de la menor.

Yo escucho en silencio y me trago mis propios pensamientos sobre el tema.

Celia aparece enseguida junto con una mujer muy parecida a ella, me dedica

una mirada de asco y después de observar nuestras manos unidas, mira a José María directamente a los ojos con tanta rabia que me da hasta miedo. Inmediatamente cambia su gesto por uno de víctima y se dirige hacia una mujer que va vestida con toga y que la saluda educadamente con la mano.

José María se aparta a un lado junto a su abogado para hablar de una manera más discreta y Jordi y yo nos quedamos sentados en los bancos de la sala de espera sin decir nada.

Nunca se me había hecho tan larga media hora, que es lo que ha tardado en salir el funcionario y llamar por su nombre completo a mi pareja.

José María me dedica una mirada de fingida tranquilidad, mientras entrega su D.N.I. a la persona que le ha nombrado y entra por la puerta junto con la mujer que le está complicando la vida sin ninguna razón lógica.

El tiempo pasa y se me acaban las ideas para pasar el rato. Tanto Jordi como yo estamos mirando nuestros móviles, pues ni siquiera podemos comentar lo que pueda estar pasando dentro, sin que un montón de curiosos que se sientan a nuestro lado nos escuchen. Además, la hermana de Celia está sentada sola, justo frente a nosotros y siento como nos mira de vez en cuando.

- Voy al servicio – le digo a Jordi mientras me levanto.
- Ajá – dice, mientras sigue tecleando.

Me dirijo hacia donde he visto que estaban los aseos y me meto en una de las

cabinas. Cuando salgo no puedo evitar dar un respingo de sorpresa al ver a la hermana de Celia apoyada en la encimera de los lavabos con los brazos cruzados.

La esquivo y me voy hacia la salida sin volver a mirarla.

- Espera – dice tras de mí – por favor.

Me paro con la mano ya en el picaporte de la puerta y me giro para encararla.

- Me hubiera gustado hablar con José María, pero no puedo hacerlo sin que ella me vea – dice.

La miro sin abrir la boca, dejándola que siga hablando.

- Celia es mi hermana y la quiero como tal – empieza – pero Nina es mi sobrina, casi mí hija, pues la tengo yo más en mi casa que su propia madre, y no se merece ser utilizada de la manera que Celia está haciendo.

Se calla esperando a que yo diga algo, pero continúo con la boca cerrada.

- José María siempre ha sido un padre estupendo para mi sobrina – dice – mi hermana siempre le ha utilizado a su antojo y, aun así, él siempre ha estado ahí aguantándola solo por su hija. Incluso cuando ella ha estado fuera de si por alguna de sus crisis, él ha anulado parte de los conciertos de su gira para cuidar de ella.

- ¿Crisis? – pregunto sin poder evitarlo.
- Si – dice con gesto interrogante – sufre trastornos delirantes.
- No lo sabía – contesto.
- Soy consciente de tu trabajo – me dice la mujer – así que no es necesario que te explique los síntomas. Simplemente decirte que ella considera que José María es suyo y que se lo has robado. También piensa que le quieres robar a su hija.
- Ya – digo sabiendo perfectamente de lo que me está hablando – necesita ayuda.
- Si – dice la mujer – pero mientras la convencemos, la niña no puede estar expuesta a cualquier altibajo de su madre. No me fio de mi hermana, doctora.

La miro dejándola espacio para que siga hablando.

- Toma – me tiende un sobre.
- ¿Qué es esto? – pregunto extrañada.
- Son todos los informes médicos de mi hermana – responde – junto con una declaración jurada mía y de mi marido exponiendo todo lo que hemos vivido estos años.
- Pero...
- Entrégasela al funcionario de la puerta para que se la entregue al abogado de José María.

- Gracias – es lo único que se me ocurre en esos momentos.
- Cuidad de Nina – pide con lágrimas en los ojos.

Veo temblar la espalda de la mujer según sale por la puerta del baño y, después de unos segundos, salgo por la misma puerta con el sobre en la mano y me dirijo hacia la sala donde espera Jordi. Paso de largo por su lado y me acerco a la puerta de la sala justo cuando el funcionario está llamando como testigo a la hermana de Celia, la cual reconozco por los apellidos que he escuchado cuando han nombrado junto a los de José María. Me acerco a la puerta con el sobre en la mano y el funcionario me dedica una mirada furibunda.

- Es usted Carla... - pregunta.
- No – le corto – pero tengo este sobre de parte de ella.
- Perdón – dice mirando el sobre que le tiendo.
- Ella se ha ido – explico – pero me ha dejado este sobre para que se lo entregue.

Me mira con cara de pocos amigos y después se gira y entra en la sala dándome con la puerta en las narices. Yo miro hacia Jordi que me está observando con ojos interrogantes y me encojo de hombros como única respuesta.

Después de unos minutos, en los cuales me estoy sintiendo totalmente

ridícula plantada allí con el sobre en la mano, sale de nuevo el funcionario y me coge el sobre de mala gana. Se mete de nuevo en la sala y yo me voy junto a Jordi.

- ¿Qué ha sido eso? – pregunta.
- Creo que la solución del problema – contesto.

Pasan los minutos y seguimos esperando. Estoy mirando mi Facebook sin verlo, pues mis pensamientos están en otra parte, cuando unos gritos histéricos se escuchan a través de las puertas de la sala. Reconozco inmediatamente a la Celia que estuvo en el apartamento de José María rompiendo cosas y me envaró.

Jordi resopla a mi lado como si ya hubiera vivido una situación igual.

Dos vigilantes de seguridad suben corriendo por la escalera y entran en la sala. En menos de cinco minutos vemos salir a Celia esposada soltando insultos y amenazas a gritos a todo el mundo. Me pongo de pie por inercia, pero Jordi me coge la mano y tira de mí para que me vuelva a sentar.

Enseguida salen los abogados y los procuradores hablando entre ellos. Tras ellos José María con un gesto gélido en la cara, el cual no soy capaz de interpretar.

Me quedo sentada pues no quiero meter la pata. Pero en cuanto me ve, viene hacia mí, me levanto y me besa los labios para después abrazarme. Da la

mano a su amigo sin soltarme y ahora si sonrío, aunque de una manera algo triste.

- Gracias a los dos por venir, pero al final no ha sido necesarios más testigos – dice - me han concedido la custodia de Nina.
- Enhorabuena – Jordi le da unas palmadas en la espalda.

Después de unos minutos el funcionario le entrega el D.N.I. nos despedimos del abogado y nos vamos a casa.

Los siguientes días no son un paseo de rosas.

Celia ha sido ingresada forzosamente en la planta de psiquiatría del Hospital Clínico hasta estabilizarla y, después, tendrá que dar cuentas ante la justicia penal de los delitos cometidos en la sala de vistas del tribunal en el que se juzgaba la custodia de Nina. Según me ha contado José María, y soy consciente de que ha suavizado la mayoría de los hechos, en el momento en que Su Señoría abrió el sobre de su hermana revisando el contenido y, en consecuencia, dictaminando la sentencia que daba la custodia a su padre, Celia entró en un ataque de ira arremetiendo verbal y físicamente contra el tribunal.

Incluso llegó a coger bruscamente de la toga al juez, mientras los abogados intentaban calmarla sin éxito.

José María intenta actuar con toda la normalidad que le permite la situación.

Yo soy muy consciente de que por muy fuerte que sea, una mala noticia como la que ha recibido sobre la realidad de la madre de su hija, es una situación la cual hay que asumir y José María, aparte de otras muchas cosas, se siente culpable por no haber sabido nada al respecto.

La única verdad es que no hay culpables, simplemente Celia actuó como su mente le dictó y seguro que no era consciente de estarle haciendo ningún mal a su hija. Las justicias son relativas, las personas nos comportamos como nos enseñan y muchas veces las enseñanzas son dirigidas para quedar estigmatizados en la manipulación. Pero, siendo egoísta, el que realmente me importa es mi chico y por él es por el que lo doy todo para sacarle de la melancolía en la que lleva sumido desde que se celebró el juicio.

He pensado en hablar con él sobre cómo se encuentra pero no lo he hecho todavía, pues creo que no está preparado para ello.

Las personas necesitamos nuestro tiempo para estas cosas y la mayoría de las veces eres solo tú quien debe asumirlas y soportarlas bien, para que lo que te rodean no sufran por algo que debes gestionar tú solo y piensas que toca disimular, poner cara de circunstancia y saber salir airoso de los trances duros. Pero la realidad es que los milagros no existen y, tarde o temprano, todo sale.

Esperaré a que esté preparado y allí estaré para terminar guiarle en lo que

pueda.

Es viernes, el día marcado por el juez para que Nina sea entregada a su padre. Vamos a buscarla al lugar en el que ha sido dispuesto para ello y, por expresa petición de él, le acompaño en tan delicado trámite.

Salimos por la rampa del garaje en su coche, vamos en dirección hacia el juzgado donde, en presencia de un funcionario, la tía le entregará la niña a su padre.

Nos paramos en el semáforo de la plaza y veo como le tiembla la mano sobre la palanca de cambios. Le acaricio y se me da un apretón cariñoso.

- ¿Estás bien? – pregunto.
- Nervioso – reconoce.
- Es normal, respira hondo y sé tú mismo eres su padre y, por lo que yo he podido comprobar, muy bueno.
- Muchas gracias – responde acercándose a mí para besarme.

El semáforo se pone verde y continuamos nuestro camino.

En cuanto entramos en el recito, el abogado de José María nos está esperando y nos guía hacia el lugar donde está Nina. Según entramos en la habitación la niña salta de la silla en la que está sentada junto a su tía Carla y se lanza a los brazos de su padre.

Mi chico coge a su hija en brazos y la estrecha contra su cuerpo.

- Mamá está malita – dice con su inocente voz infantil.
- Si – contesta José María.
- Dice la tía que ahora voy a vivir contigo – sigue la niña.
- Claro que si – la contesta a su hija - ¿estás contenta?
- ¿Pero podré volver a ver a la tía y a los primos? – pregunta mirando a su padre a los ojos.

Veo cómo José María echa un vistazo a Carla y esta asiente.

- Claro que si – responde él.
- Entonces sí, papá – responde – muy contenta.

No se me pasa por alto, e imagino que tampoco al resto, que la niña no ha puesto la condición de volver a ver a su madre.

Completamos lo tramites y salimos del juzgado con la niña cogida de la mano de su padre, en dirección al coche y a una nueva vida.

## **LA BODA DE MI MEJOR AMIGA**

Compruebo por enésima vez la hora en la pantalla del móvil. Son las once y media de la mañana del treinta de junio. Subo corriendo junto a Nina las escaleras del hotel Hard Rock Ibiza, mientras reímos divertidas por la situación y los nervios que nos llevan acompañando desde que nos hemos levantado esa mañana temprano.

Venimos de la peluquería del hotel, en la cual llevamos metidas desde las ocho dejando que trabajen, sobre todo conmigo, en nuestras respectivas matas de pelo.

Yo luzco un semi-recogido que permite a todos mis rizos, profesionalmente definidos eso sí, volar sueltos sobre mi cara y espalda y también he sido maquillada estupendamente por una profesional.

Nina está preciosa con su brillante melena oscura recogida de una manera parecida a la mía. Ella tenía muy claro que teníamos que ir peinadas igual, aunque la peluquera le ha dado un toque algo más infantil, colocándole flores de color blanco dispersas por su cabello. También le han dado un poquito de brillo en los labios para que fuera “maquillada” como yo. A esto he cedido, porque soy consciente que en menos de una hora el brillo habrá desaparecido

de sus labios y los volverá a tener limpios como corresponde a una niña de su edad.

Entramos como una exhalación por la puerta de la junior suite en la que llevamos dos días alojados y nos dirigimos directas a su dormitorio. Nina ya no aguanta un segundo más sin estrenar. Allí, sobre la cama, se encuentran los preciosos vestidos de fiesta estilo *adlib* que encargamos hace ya más de un mes a la diseñadora Pepa Bonett a través de Internet y que hemos recogido ayer en su tienda de Ibiza.

José María ha estado un poco reticente en vestirse de blanco, no es su color preferido precisamente, pero al final se ha decidido por un conjunto de camisa y pantalón de lino de la misma diseñadora, que le queda impresionantemente bien.

Lo que no se haga por un buen amigo...

Acabamos de ponernos nuestros vestidos y de calzarnos con las sandalias que nos recomendó la diseñadora. Estamos recogiendo las bolsas y cajas de encima de la cama, cuando escucho la vocecilla de Nina con un marcado tono de sorpresa.

- ¡Hala! – dice – ¡que guapo papá!

Me doy la vuelta, pues estoy de espaldas a la puerta y no me he dado cuenta de que estaba ahí, José María nos mira apoyado en el marco con una ceja

levantada y su particular media sonrisa chulesca.

Le miro de arriba abajo y trago saliva.

No se puede estar más bueno.

Escucho la risa de Nina que me mira divertida.

- Discrepo – dice mi chico.

Joder.

¿Lo he dicho en voz alta?

Ahora es él el que ésta mirándome a mí de una manera que me hace ruborizarme y, cogiéndome por la cintura, me besa suavemente en los labios.

- ¡Puaj! – oigo decir a Nina y me hace reír – déjala o la estropearas el maquillaje.

- Pues entonces dame tu uno a mí – le dice José María alzándola del suelo.

- No, no, no – se retuerce Nina para liberarse – yo también estoy maquillada.

Le pone morritos enseñándole el brillo de labios que ya apenas se mantiene.

Él, con gesto interrogante, me mira a mí y le devuelvo su misma mirada con los brazos en jarras.

- Son cosas de chicas – dice Nina adoptando la misma postura que

yo.

Como hombre inteligente que es, lo deja estar.

Los rayos de sol del incipiente verano bañan la playa d'en Bossa y llegan hasta nosotros tamizados a través de las suaves telas blancas que cuelgan de la pérgola que nos protege.

Nina, José María y yo, estamos sentados en primera fila junto a la familia directa de los novios. Somos los testigos y en un momento dado, tendremos que levantarnos para firmar.

Frente a nosotros, un precioso arco de flores naturales enmarca una mesa blanca de madera y dos sillas para los protagonistas de la celebración. Una alfombra roja ha sido extendida en línea recta desde la puerta que conecta el hotel con la playa, atravesando por el centro de las numerosas sillas para los invitados y la cual recorrerá en breves momentos mi querida amiga Laura, en busca del hombre que ha conquistado su corazón.

Nina aprieta mi mano en el momento que empieza a sonar la música de tambores y gaitas. La música tradicional la interpreta un cuarteto contratado por el hotel para amenizar estas ceremonias típicas de la tierra. Jordi llega a su puesto vestido totalmente de blanco y nos mira con tanta felicidad en la cara, que solo por ese gesto tan sincero entiendo a mi amiga por haberle elegido.

Le estoy mirando con una sonrisa tonta en la cara, cuando él me ignora y vuelve la cara hacia el recorrido que acaba de hacer él mismo.

Una maravillosa versión de Laura aparece sola, nunca le ha gustado la idea de que nadie la entregue, ella prefiere entregarse por sí misma a su hombre.

Su padre, que la conoce de toda la vida como es natural, no se ha sentido en ningún momento ofendido. “Como me voy a sentir ofendido por algo que yo te he enseñado mi vida” dijo el hombre cuando hablaron del tema.

Va descalza y el vestido de novia *adlib* le sienta tan bien, que un murmullo de aprobación resuena por toda la bancada. Incluso he escuchado algún silbido que otro procedente de la zona donde se sientan sus primos. Su creciente barriga de embarazada sobresaliendo entre las blancas telas la hace aún más entrañable.

Jordi y Laura no dejan de mirarse a los ojos en ningún momento de la ceremonia. Les da igual las palabras de la concejala que está oficiando la ceremonia, les da igual la gente que nos vamos levantando para firmar en el libro y les da igual cuando los músicos suben el tono de sus instrumentos anunciando el final de la ceremonia. Solo tiene ojos el uno para el otro. Por imposible que parezca, se han casado en una íntima soledad únicamente para ellos, aunque en realidad, hayan estado rodeados de gente.

Comemos bastante más de lo recomendable en el banquete servido por el

restaurante del hotel, degustando los manjares típicos de la isla y unos cuantos más. La tarde se pasa en un santiamén entre risas, bailes y copas que se trasladan a la terraza de la piscina cuando el fuerte calor del mediodía va remitiendo.

Los niños hace horas que se han despojado de sus ropas de gala, sustituyéndolas por sus trajes de baño y están jugando en la piscina con el equipo de animación del hotel.

El resto de los invitados disfrutamos de la *jam session* que se ha organizado espontáneamente.

Los numerosos músicos invitados al evento se han hecho con el pequeño escenario al aire libre en el que tocaba la orquesta del hotel y se están turnando para subir a cantar o tocar, según se tercié. Por supuesto los músicos residentes están encantados de la vida por tener la oportunidad de tocar junto a todos esos músicos tan reconocidos.

Estoy sentada en una mesa junto a Laura, las dos estamos con los pies descalzos bebiendo un coctel parecido a un mojito, pero sin alcohol. Mi chico se acaba de subir al escenario junto a Jordi y están hablando al oído de los músicos que asienten con una sonrisa en los labios.

Me mira, me guiña un ojo y me preparo para escuchar el tema que ha elegido para cantarme, porque se por su mirada que el tema me lo está dedicando a

mí.

Se apoya en la silla de barra que han subido hasta el escenario mientras comienzan a sonar los acordes de la guitarra tocada por Jordi.

*“Otra noche en la ventana el cielo*

*se estrella muy lejos de aquí.*

*Otra noche esperando parece que el sol*

*no vaya a salir.*

*Y mirando al techo mis ojos dibujan*

*un bonito rostro que imaginé.*

*Y me tiro de cabeza, parece que el suelo*

*está más duro que ayer.*

*Pero ya no estás aquí.*

*Desapareciste con el viento*

*en una noche de abril.*

*Quiero creer que sigues existiendo.*

*Si tuvieras poco tiempo, aunque fuera*

*un momento para vivir,*

*te daría cien mil besos, cada uno con  
un verso que escribí para ti.*

*No es nada fácil vivir sin perfumes que  
me acostumbré con el tiempo*

*Ni con camisones que están vacíos*

*Desapareció tu olor con el viento.*

*Pero ya no estás aquí.*

*Desapareciste con el viento*

*en una noche de abril.*

*Quiero creer que sigues existiendo.*

*Si tuvieras poco tiempo, aunque fuera*

*un momento para vivir,*

*te daría cien mil besos, cada uno con*

*un verso que escribí para ti.”*

Soy consciente de que Laura me está mirando de soslayo, pero estoy tan embebida en mi chico, que no me quita el ojo de encima mientras me canta, que no la presto atención. Me siento aislada de todo el mundo y todos mis sentidos se centran en él, solo hay algo que me hace reaccionar y es el cuerpo de la pequeña Nina que se hace sitio para sentarse en mi regazo. La beso en la mejilla y la abrazo apretando la toalla que lleva sobre los hombros. Me sorprendo a mí misma por el gesto maternal. Miro de nuevo hacia mi chico y leo en sus labios como vocaliza “te amo”. Ahora ya no puedo evitar la mirada de Laura, pues me acaba de dar un codazo en el costado.

- Reacciona Carol – dice riéndose – que te has quedado embobada.

Y he de reconocer que mi amiga tiene razón, estoy total y locamente “embobada” por él.

## **LA LOCA BODA DEL CANTANTE Y LA PSICÓLOGA EN LA VEGAS APOSTANDO POR EL AMOR.**

La pareja ha volado a Estados Unidos para celebrar su primer año de matrimonio de una manera divertida y disfrazados como las estrellas de la década de los 50.

Ella como Marilyn Monroe y él como Elvis Presley. Así es como han renovado su amor Carolina y José María. La pareja se ha trasladado hasta Las Vegas un año después de casarse por el juzgado para darse un segundo 'sí, quiero'. Esta vez el 'templo' elegido ha sido el de Graceland, una capilla que lleva más de 50 años uniendo a personas de todo el mundo.

La doctora en psicología y el cantante han aprovechado un viaje que han realizado a México para asistir a la boda de un amigo y así hacer escala en los Estados Unidos y celebrar esta divertida boda. Ha sido la madrileña la que ha publicado la imagen del enlace en sus redes sociales y la fotografía no ha tardado en generar miles de comentarios alabando la original idea que han tenido los enamorados. "¡Y un año después... LAS VEGAS!", ha escrito Carolina junto a un emoticono de un anillo de diamantes.

El matrimonio cierra con broche de oro su primer año de casados. Desde que se casaran el 19 de marzo de 2017 en los juzgados de Pradillo en Madrid, han sido muchas las declaraciones de amor que se han hecho públicamente.

En un futuro, aún por determinar, quieren tener hijos. José María ya es padre de una niña junto a una cantante de Jazz que no está pasando por sus mejores momentos. El cantante luchó por la custodia de su hija, un gesto que demuestra su cariño por los niños. De momento, y hasta que la maternidad toque a la puerta de la doctora, prefieren seguir disfrutando de su amor y del buen momento que están atravesando.

**FIN**